EDITH WHARTON

Encanto y compañía



Siete relatos en el más puro estilo Wharton: una mirada profunda, certera y, por qué no decirlo, dramática, del alma femenina. La escritura es, como siempre, elegante, pero lo que de ella extraemos son las almas de mujeres en toda su crudeza, en su infelicidad, muy en su papel desvaído, secundario, de soporte, siempre a dos pasos por detrás del marido. En estos siete relatos es el matrimonio, la relación matrimonial, el eje sobre el que gira cada historia. Curiosamente, en ningún caso hay hijos de por medio, quizás para que el análisis de la relación de pareja sea más limpio, sin las interferencias añadidas que los hijos suelen producir. La propia existencia de la escritora probablemente le dio mucho tema para sus relatos. Su anodino e infeliz matrimonio y su posterior divorcio le permiten analizar su interior y poner sobre el papel sus vivencias. Los relatos están ordenados y presentados cronológicamente y seguidos por un Postfacio de Laura Gimeno.

Edith Wharton

Encanto y compañía

Título original: *Mrs. Mansteys View (1891), The Fullness of Life (1893), The Moving Finger (1901), The Pretext (1908), Diagnosis (1930), Charm Incorporated (1934), Permanent Wave (1935)*
Edith Wharton, 1935
Traducción: Laura Gimeno Pahisa & Gonzalo Gómez Montoro & Ascensión Cuesta
Laura Gimeno, autora del postfacio y traductora de *The Fullness of Life, The Moving Finger, Diagnosis* y *Charm Incorporated*; Gonzalo Gómez Montoro, traductor de *Mrs. Mansteys View* y *The Pretext*; Ascensión Cuesta, traductora de *Permanent Wave*
Motivo de la cubierta: *Afternoon tea party* (1890-1891), Mary Cassatt

LAS VISTAS DE LA SEÑORA MANSTEY
(1881)

Las vistas de la ventana de la señora Manstey no eran especialmente llamativas, pero al menos para ella estaban llenas de interés y belleza. La señora Manstey ocupaba el cuarto trasero del tercer piso de una pensión de Nueva York, en una calle donde los cubos de ceniza permanecían en la acera hasta tarde, y los socavones en el pavimento habrían hecho tropezar al mismo Quintus Curtius. Era la viuda de un dependiente de un almacén mayorista cuya muerte la había dejado sola, pues su única hija se había casado en California y no podía costearse el largo viaje a Nueva York para ver a su madre. Quizá la señora Manstey debió de haberse ido a vivir con su hija al Oeste, pero ya llevaban tantos años separadas que ninguna de ellas necesitaba la compañía de la otra, y su contacto, durante mucho tiempo, se había limitado al intercambio de unas cuantas cartas rutinarias, escritas con indiferencia por parte de la hija, y con dificultad por parte de la señora Manstey, cuya mano derecha se estaba quedando rígida por culpa de la gota. Aunque hubiera echado más en falta la compañía de su hija, la enfermedad degenerativa de la señora Manstey, que le hacía temer los tres tramos de escalera que había entre su cuarto y la calle, la habría hecho desistir en la víspera de tan largo viaje. Sin duda, y por estos motivos, hacía tiempo que había aceptado como normal su vida solitaria en Nueva York.

En realidad no estaba tan sola, pues algunos amigos todavía hacían el esfuerzo de subir de vez en cuando a su habitación, pero

las visitas se iban haciendo menos frecuentes con los años. La señora Manstey no había sido una mujer sociable, y mientras vivía su marido le bastaba con la compañía de éste. Durante muchos años había abrigado el deseo de vivir en el campo, de tener un gallinero y un jardín; pero este anhelo se había desvanecido con el tiempo, dejando únicamente en el corazón de esta mujer tan poco comunicativa una ternura imprecisa por las plantas y los animales. Quizá era esta ternura la que la hacía aferrarse con tanto fervor a las vistas de su ventana, unas vistas en las que la persona más optimista habría tenido en un principio dificultades para descubrir algo digno de admiración.

Desde su mirador privilegiado (una ventana curva ligeramente saliente, donde crecía una hiedra y una serie de bulbos de aspecto insano), la señora Manstey miraba en primer lugar el jardín de su pensión del que, no obstante, sólo podía tener una visión limitada. Aun así, su mirada abarcaba las ramas más altas del ailanto que había bajo su ventana, y sabía de memoria cómo el macizo de dicentra formaba muy pronto cada año corazones rosas con su tallo doblado.

Pero más interés tenían los jardines allende el suyo. Al estar adosados la mayoría de ellos a pensiones, se encontraban en estado de suciedad y desorden crónicos, determinados días de la semana con prendas variadas y manteles deshilachados. A pesar de esto, la señora Manstey pensaba que había muchas cosas admirables en las amplias vistas que dominaba. De hecho, algunos de estos jardines no eran más que terrenos baldíos empedrados, con hierba en las grietas del suelo y sin sombra en primavera, salvo la que proporcionaba el follaje discontinuo de los tendederos. A la señora Manstey no le gustaban estos jardines, pero en cambio le encantaban los otros, los verdes. Se había habituado al desorden de éstos; ya no le molestaban los barriles rotos, las botellas vacías o los senderos sin barrer. Tenía la afortunada facilidad de quedarse con el lado agradable de lo que había ante ella.

En el recinto que había justo al lado, ¿no abría un magnolio sus flores blancas y duras al cielo azul desleído de abril? ¿Y no había, un poco más abajo de la divisoria, una verja que se llenaba cada mes de mayo con ramas lilas de glicinia? Algo más allá, un castaño de Indias alzaba su candelabro de flores amarillo palo y rosa sobre una fronda de gruesas ramas; mientras que en el patio de enfrente junio era grato por el aroma de un lilar descuidado, que crecía pese a los innumerables obstáculos que se oponían a su desarrollo.

Pero si la naturaleza ocupaba el lugar privilegiado en las vistas de la señora Manstey, las casas y sus moradores tenían para ella un interés de carácter mucho más personal. Le desagradaban enormemente las cortinas color mostaza que habían colgado hacía poco en la ventana del médico que vivía enfrente; pero resplandecía de placer cuando le daban una mano de pintura a los viejos ladrillos de la casa que había más abajo. Los ocupantes de las viviendas no solían asomarse a las ventanas traseras, pero las sirvientas siempre estaban a la vista. A la señora Manstey le parecían en su mayoría sucias, desordenadas y gritonas. Conocía sus modales y las odiaba. Sin embargo, guardaba toda su simpatía para el cocinero silencioso de la casa recién pintada, que sufría los malos modos de su ama, y que al caer la noche alimentaba a escondidas a los gatos callejeros. En una ocasión, le dolió en el alma la dejadez de una criada que olvidó durante dos días darle de comer al loro que tenía a su cuidado. Al tercer día, y a pesar de su mano con gota, la señora Manstey había empezado a escribir una carta que comenzaba así: «Señora, hace ahora tres días que su loro comió por última vez», cuando la criada olvidadiza apareció en la ventana con una taza de alpiste en la mano.

Sin embargo, cuando la señora Manstey estaba más meditativa, lo que más le gustaba era la huidiza perspectiva de los jardines lejanos. En el crepúsculo, cuando las lejanas agujas de piedra marrón parecían fundirse en el amarillo fluido de poniente, le encantaba perderse en los vagos recuerdos de un viaje a Europa realizado años atrás, y ahora reducidos en su memoria a una débil

fantasmagoría de indistinguibles pináculos y cielos de ensueño. Quizás la señora Manstey en el fondo era una artista; en cualquier caso, era sensible a los muchos cambios de color que pasan desapercibidos al ojo común; y tan querido para ella era el verdor de la primavera temprana como la negra enramada contra el cielo frío y color azufre al término de un día nevado. También disfrutaba de los deshielos soleados de marzo, cuando los retazos de tierra asomaban a través de la nieve como manchas de tinta extendiéndose en una hoja de papel secante; y, aún más, de las brumas que formaban las ramas hinchadas y sin hojas que sustituían a las nítidas formas geométricas del invierno. Incluso miraba con interés el rastro del humo de una fábrica lejana, y echó de menos este matiz en el paisaje cuando la fábrica cerró y el humo desapareció.

Durante las largas horas que pasaba en su ventana, la señora Manstey no permanecía ociosa. Leía un poco, y tejía un sinfín de calcetas; pero las vistas rodeaban y moldeaban su vida como el mar lo hace con una isla solitaria. Cuando acudían las escasas visitas, le costaba dejar de contemplar la tarea de limpiado de la ventana de enfrente, o de observar ciertos puntos verdes en un arriate vecino que podrían, o quizá no, convertirse en jacintos, mientras fingía interesarse por las anécdotas que contaba el visitante sobre algún nieto desconocido. Los verdaderos amigos de la señora Manstey eran los habitantes de los jardines, los jacintos, los magnolios, el loro verde, la criada que daba de comer a los gatos, el médico que estudiaba hasta bien tarde tras las cortinas color mostaza, y la confidente de sus más tiernas meditaciones era la aguja de la iglesia que flotaba en el ocaso.

Un día de abril, mientras estaba sentada en su lugar habitual con la calceta a un lado, y los ojos fijos en el cielo azul moteado con nubes redondas, un golpe en la puerta anunció la entrada de su patrona. La señora Manstey no le tenía afecto a la dueña, pero soportaba sus visitas con la resignación propia de una dama. Sin embargo, hoy le costaba más que de costumbre desviar la mirada del cielo azul y el magnolio floreciente hacia la cara insustancial de la

señora Sampson, y la señora Manstey era consciente de este esfuerzo obvio al tiempo que lo hacía.

—El magnolio ha florecido este año antes de lo habitual —apuntó ella cediendo a un impulso infrecuente, porque rara vez aludía a las cosas que más le interesaban. En primer lugar, no era un tema que soliese gustar a sus visitas y, además, ella no tenía don de palabra, y no hubiera podido expresar sus sentimientos como le habría gustado.

—¿El qué, señora Manstey? —preguntó la patrona, echando una ojeada a la habitación, como si así fuera a encontrar la explicación a las palabras de la señora Manstey.

—El magnolio del jardín de al lado… del jardín de la señora Black —repitió la señora Manstey.

—¿Es eso, de veras? No sabía que había allí un magnolio —dijo la señora Sampson, con aire despreocupado. La señora Manstey la miró, ¡no sabía que en el jardín de al lado había un magnolio!

—Por cierto —continuó la señora Sampson—, al hablar de la señora Black me ha venido a la memoria que las obras de la ampliación empiezan la semana próxima.

—¿La qué? —le tocó preguntar esta vez a la señora Manstey.

—La ampliación —dijo la señora Sampson, asintiendo con la cabeza en dirección al magnolio inadvertido—. ¿Usted sabía, claro está, que la señora Black iba a construir una ampliación de su pensión? Sí, señora. He oído que se va a extender hacia la parte de atrás, justo hasta el final del jardín. Cómo puede permitirse construir una ampliación en estos tiempos tan difíciles no lo sé, pero siempre estuvo loca por construir. Regentaba una pensión en la Calle Diecisiete, y casi se arruina por poner ventanas curvas y no sé qué más; yo pensaba que eso le habría quitado las ganas de construir, pero me temo que es una enfermedad, como la bebida. En cualquier caso, las obras empiezan el lunes.

La señora Manstey se había puesto pálida. Siempre hablaba despacio, así que la patrona no prestó atención a la larga pausa que vino después. Al final, la señora Manstey dijo:

—¿Sabe cuál será la altura de la ampliación?

—Eso es lo más absurdo de todo. Van a construir una ampliación que llegará hasta el tejado del edificio principal. Vaya, ¿ha oído usted alguna vez algo parecido?

La señora Manstey volvió a quedarse callada.

—¿No le supondrá a usted una gran molestia, señora Sampson? —preguntó.

—Creo que sí. Pero no se puede hacer nada. Si a la gente se le mete en la cabeza construir ampliaciones, no hay ninguna ley que pueda evitarlo, de eso estoy segura —sabedora de esto, la señora Manstey guardaba silencio—. No se puede hacer nada al respecto —repetía la señora Sampson—, pero aun siendo como soy una *buena* feligresa, no lamentaría que Eliza Black se arruinase. Bueno, que tenga un buen día, señora Manstey; me alegro de que se encuentre tan cómoda.

¡Tan cómoda… tan cómoda! No bien quedó a solas, la anciana se giró de nuevo hacia la ventana. ¡Qué hermosas vistas había ese día! El cielo azul con sus nubes redondas hacía que todo brillase, el ailanto ponía un matiz amarillo verdoso, los jacintos brotaban, las flores del magnolio parecían más que nunca escarapelas talladas en alabastro. Pronto florecería la glicinia, y luego el castaño de Indias, pero no para ella. Entre sus ojos y todo esto pronto se alzaría una barrera de ladrillo y mortero; dentro de poco desaparecería hasta la aguja, y todo su mundo radiante quedaría tapado. La señora Manstey devolvió intacta la bandeja con la cena que le habían llevado esa tarde. Permaneció en la ventana hasta que el ventoso ocaso se desvaneció en un oscurecer color murciélago. Después, tras acostarse, yació sin poder dormir en toda la noche.

Al día siguiente se levantó temprano y se puso a la ventana. Llovía, pero incluso a través de la gasa e inclinada la escena tenía su encanto… y la lluvia era tan buena para los árboles. El día anterior había notado que el ailanto se estaba poniendo mustio.

—Claro que me puedo mudar —dijo la señora Manstey en voz alta, y poniéndose de espaldas a la ventana recorrió con la mirada

su habitación. Claro que se mudaría, igual que podían desollarla viva, pero lo más probable era que no sobreviviera a ninguna de las dos cosas. Aunque fuese mucho menos importante para su felicidad que las vistas, su habitación era una buena parte de su existencia. Había vivido en ella diecisiete años. Conocía cada mancha del papel de la pared, cada roto en la moqueta; la luz caía de una manera determinada sobre sus grabados, sus libros se habían deteriorado en los estantes, sus bulbos y su hiedra estaban habituados a la ventana y sabían cómo debían inclinarse hacia el sol—. Todos somos demasiado viejos para mudarnos —dijo.

Aquella tarde escampó. El cielo reapareció húmedo y radiante a través de las nubes rasgadas; el ailanto brillaba; la tierra de los arriates parecía fértil y cálida. Era jueves, y el lunes empezaban las obras de la ampliación.

El domingo por la tarde le llevaron una tarjeta a la señora Black mientras ésta recogía los restos de la cena de los huéspedes en el sótano. La tarjeta, con bordes negros, llevaba el nombre de la señora Manstey.

—Es una huésped de la señora Sampson; imagino que quiere mudarse. Bueno, el año que viene le podré asignar un cuarto en la ampliación. Dinah —dijo la señora Black—, dile a la señora que subiré en un minuto.

La señora Black encontró a la señora Manstey de pie en la amplia sala adornada con estatuillas y antimacasares; en esa casa no podía sentarse.

Agachándose rápidamente para abrir el registro, que dejó escapar una nube de polvo, la señora Black avanzó hacia su visitante.

—Me alegro de conocerla, señora Manstey; siéntese por favor —indicó la patrona con su voz próspera, la voz de una mujer que puede permitirse construir ampliaciones. La señora Manstey se sentó; no podía negarse.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora? —continuó la señora Black—. Ahora tengo la casa completa, pero voy a construir una

ampliación, y…

—Es de la ampliación de lo que quisiera hablar —dijo de pronto la señora Manstey—. Soy una pobre mujer, señora Black, y nunca he sido feliz. Tendré que hablarle primero de mí para… que usted lo entienda.

Atónita e imperturbable, la señora Black asentía durante este paréntesis.

—Nunca tuve lo que quise —prosiguió la señora Manstey—. Mi vida fue siempre una decepción tras otra. Durante años quise vivir en el campo. Todo el tiempo soñaba con esto, pero nunca lo conseguimos. No había ninguna ventana soleada en nuestra casa, y por eso todas mis plantas se morían. Mi hija se casó hace años y se marchó… además, nunca nos interesaron las mismas cosas. Después murió mi marido y me quedé sola. De eso hace diecisiete años. Me fui a vivir a la pensión de la señora Sampson, y desde entonces he estado allí. Estoy un poco enferma, como puede ver, y no salgo a menudo; sólo los días que hace buen tiempo, y si me encuentro muy bien. Así puede entender que me siente tanto tiempo junto a mi ventana… la ventana trasera del tercer piso…

—Bueno, señora Manstey —dijo la señora Black, comprensivamente—, yo podría darle una habitación trasera, probablemente; una de las nuevas habitaciones en la am…

—Pero yo no me quiero mudar, no puedo —dijo la señora Manstey, casi gritando—. Vine para decirle que si construye esa ampliación no tendré vistas, desde mi ventana… ¡Ninguna vista! ¿Lo entiende?

La señora Black pensó, que estaba frente a una lunática, y había oído que a los lunáticos había que seguirles la corriente.

—Vaya, vaya… —observó, empujando un poco su silla hacia atrás —. Eso es terrible, ¿verdad? Bueno, no lo había pensado. Es cierto, la ampliación *interferirá* en sus vistas, señora Manstey.

—¿Lo entiende usted? —suspiró la señora Manstey.

—Claro que lo entiendo. Y yo también lo siento mucho. Por eso, no se preocupe señora Manstey. Creo que podemos arreglarlo.

La señora Manstey se levantó de su asiento, y la señora Black se deslizó hacia la puerta.

—¿Qué quiere decir con arreglarlo? ¿Quiere decir que puedo hacerla cambiar de idea con respecto a la ampliación? Oh, escúcheme, señora Black. Tengo dos mil dólares en el banco y podría arreglármelas, sé que podría arreglármelas, para darle a usted mil si… —la señora Manstey calló mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Vamos, cálmese, señora Manstey, no se preocupe —repetía la Señora Black, tranquilizándola—. Seguro que podemos arreglarlo. Siento no poder quedarme y hablar de esto más tiempo, pero es que a esta hora tengo mucho que hacer, poner la cena…

Su mano estaba en el pomo de la puerta, pero con repentino vigor la señora Manstey la agarró de la muñeca.

—No me está dando usted una respuesta definitiva. ¿Quiere decir que acepta mi propuesta?

—Vaya, lo pensaré, señora Manstey, prometo que lo haré. No la molestaría por nada del mundo…

—Pero las obras empiezan mañana, según me dijeron —persistió la señora Manstey.

La señora Black dudó.

—No empezarán. Se lo prometo. Enviaré un mensaje al constructor esta misma noche.

La señora Manstey apretó más fuerte.

—No me estará engañando, ¿verdad? —dijo.

—No… no —tartamudeó la señora Black—. ¿Cómo puede pensar algo así de mí, señora Manstey?

Lentamente, la señora Manstey redujo la fuerza con que la agarraba, y pasó a través de la puerta abierta.

—Mil dólares —repitió, deteniéndose en el vestíbulo; luego salió de la casa y bajó cojeando los escalones, apoyándose en la verja de hierro colado.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Black, cerrando y echando los cerrojos a la puerta de entrada—. ¡No sabía que la vieja estaba loca!

Y con lo callada y distinguida que parece.

La señora Manstey durmió bien aquella noche, pero la mañana siguiente, temprano, la despertó el ruido de un martilleo. Fue a la ventana tan rápido como pudo y, al asomarse, vio que el jardín de la señora Black estaba lleno de obreros. Algunos llevaban cargas de ladrillos desde la cocina hasta el patio; otros empezaban a demoler el anticuado balcón de madera que adornaba cada piso de la pensión de la señora Black. La señora Manstey vio que la habían engañado. Al principio pensó confiarle su disgusto a la señora Sampson, pero pronto la embargó una fuerte sensación de desánimo, y volvió a la cama, sin molestarse en ver lo que estaba sucediendo.

Sin embargo, por la tarde temprano, y sintiendo que debía hacer frente a lo peor, se levantó y se vistió. Fue una tarea ardua, porque sus manos estaban más rígidas de lo habitual, y los corchetes y los botones parecían escapársele.

Cuando se sentó frente a la ventana, vio que los obreros habían desmontado la parte superior del balcón, y que los ladrillos se habían multiplicado desde la mañana. Uno de los hombres, un tipo tosco de cara hinchada, cogió una flor del magnolio y, tras olería, la tiró al suelo; otro hombre, que acarreaba una carga de ladrillos, pisó la flor al pasar.

—Ojo, Jim —llamó uno de los hombres a otro que fumaba en pipa—, si tiras cerillas cerca de esos barriles de papel verás cómo el viejo yesquero arde antes de que te des cuenta.

La señora Manstey, inclinándose hacia delante, vio que había varios barriles de papel y basura bajo el balcón de madera.

Finalmente cesaron las obras y cayó el crepúsculo. El ocaso era perfecto, y una luz rosada, que transfiguraba la lejana aguja, permaneció en el Oeste hasta bien tarde. Cuando oscureció, la señora Manstey bajó las persianas y se dispuso, con su manera habitual y metódica, a encender la lámpara. Siempre la llenaba y la prendía con sus propias manos; guardaba una tetera de keroseno en un estante forrado de cobre en el interior de un armario. Mientras la

luz de la lámpara llenaba la habitación, ésta adquiría su acostumbrado aspecto sosegado. Al igual que su dueña, los libros, los cuadros y las plantas parecían prepararse para otra noche tranquila, y la señora Manstey, fiel a su costumbre, acercó su sillón a la mesa y empezó a hacer punto.

Esa noche no pudo dormir. El tiempo había cambiado, y fuera soplaba un vendaval que tapaba las estrellas acercándoles las nubes. La señora Manstey se levantó una o dos veces y miró por la ventana, pero no se distinguía nada de sus vistas, salvo una o dos luces tardías en las ventanas de enfrente. Al final estas luces desaparecieron, y la señora Manstey, que había visto cómo se apagaban, empezó a vestirse. Lo hacía con manifiesta rapidez, porque sólo se puso una bata fina encima del camisón, y se envolvió la cabeza con una bufanda. Después abrió el armario y sacó con cuidado la tetera de keroseno. Tras deslizar un puñado de cerillas de madera en su bolsillo se dispuso, cada vez con más precaución, a abrir la puerta, e instantes después bajaba por la escalera oscura, guiada por una trémula lucecita de gas del vestíbulo inferior. Finalmente alcanzó la parte baja de las escaleras y empezó el descenso más difícil a la oscuridad total del sótano. Allí, sin embargo, podía moverse con mayor libertad, ya que había menos peligro de ser oída. Sin apenas tardar, consiguió abrir la puerta de hierro que daba al jardín. Una ráfaga de viento frío la golpeó al salir, y avanzó a tientas, temblando, bajo los tendederos.

Esa madrugada, a las tres en punto, una alarma de incendios trajo a los bomberos a la puerta de la señora Black, y también sacó a sus ventanas a los asustados huéspedes de la señora Sampson. El balcón de madera trasero de la pensión de la señora Black estaba ardiendo, y entre los que miraban el avance de las llamas se encontraba la señora Manstey, asomada a la ventana con su bata ligera.

El fuego, sin embargo, se extinguió pronto, y los asustados ocupantes de la casa, que habían huido con lo puesto, volvieron a reunirse al amanecer, encontrando que los daños causados eran

pocos al margen de la rotura de los cristales de las ventanas y los techos ennegrecidos. En realidad, la más perjudicada por el fuego fue la señora Manstey, a la que se encontró por la mañana respirando fatigosamente con pulmonía, consecuencia previsible, como todos observaron, de haber estado asomada a una ventana abierta con su edad y en bata. Se veía claramente que estaba muy enferma, pero nadie había adivinado la gravedad del diagnóstico del médico, y las caras reunidas esa tarde alrededor de la mesa de la señora Sampson mostraban temor y preocupación. Ningún huésped conocía bien a la señora Manstey; «era reservada», decían, y parecía creerse superior a ellos; aunque siempre es desagradable tener a alguien muriéndose en casa, y como una señora le dijo a otra: «Igual podíamos haber sido tú o yo, querida».

Pero tan sólo era la señora Manstey, y se estaba muriendo tal como había vivido, solitaria, si no sola. El médico había enviado una enfermera cualificada, y la señora Sampson, con paso quedo, venía de vez en cuando; pero a la señora Manstey ambas le parecían remotas y difusas como las figuras de un sueño. No dijo nada en todo el día; pero cuando le preguntaron por la dirección de su hija movió la cabeza. A veces, la enfermera tenía la impresión de que escuchaba atentamente algún ruido que no terminaba de llegar; después volvía a dormitar.

La mañana siguiente, al alba, estaba muy débil. La enfermera llamó a la señora Sampson, y mientras las dos se agachaban sobre la anciana la vieron mover los labios.

—Levantadme… de la cama —susurró.

La alzaron en brazos y ella, con su mano rígida, señaló la ventana.

—Ah, la ventana… quiere sentarse junto a la ventana. Solía pasarse el día ahí sentada —explicó la señora Sampson—. Imagino que no puede hacerle ningún daño.

—Ya nada puede hacerle daño —dijo la enfermera.

Llevaron a la señora Manstey junto a la ventana y la sentaron en su silla. El amanecer estaba fuera, un radiante amanecer de

primavera; la aguja había atrapado un rayo dorado, aunque el magnolio y el castaño de Indias todavía dormían en la sombra. En el jardín de la señora Black todo estaba en silencio. Las vigas carbonizadas del balcón yacían donde habían caído. Era evidente que desde el incendio los obreros no habían vuelto a su trabajo. El magnolio había abierto unas cuantas flores esculturales; las vistas permanecían intactas.

A la señora Manstey le costaba respirar; cada vez le era más difícil. Intentó que le abrieran la ventana, pero no lo entendían. Si hubiera podido aspirar el aire, dulce con el penetrante olor del ailanto, se habría sentido aliviada; pero al menos las vistas seguían allí… la aguja estaba dorada, los cielos se habían templado pasando del perla al azul, el día estaba luminoso del Este al Oeste, e incluso el magnolio ya quedaba al sol.

La cabeza de la señora Manstey cayó hacia atrás, y murió sonriente.

Ese día se reanudaron las obras de la ampliación.

LA PLENITUD DE LA VIDA
(1893)

I

La noticia de la muerte de la señora Grancy me golpeó como si fuera un error garrafal, un mazazo del destino, bárbaro e inevitable. Era como si todas las fuerzas renovadoras hubiesen sido paralizadas por el bloqueo de una rueda. No es que la señora Grancy contribuyera apreciablemente al impulso del aparato social: su única aportación era la de llenar a la perfección su lugar concreto en el mundo. Hay tantas gentes que parecen estatuas mal compuestas y que, o bien desbordan de sus nichos en algún momento, o bien los dejan vacíos en otro momento. El nicho de la señora Grancy era la vida de su marido; y si alguien nos objetara que el espacio no era suficientemente grande como para que quedase un hueco, tan sólo puedo decir que, en última instancia, tales distinciones podían tan sólo ser determinadas por instrumentos más precisos que cualquier utilidad preestablecida. En definitiva, la utilidad de Ralph Grancy era más bien incorpórea: una de esas influencias constructivas que, en vez de cristalizar en formas definidas, se mantiene como si fuera un medio para el desarrollo de un pensamiento claro y un sentimiento excelente. Él irrigaba religiosamente su propia y polvorienta parcela vital, y la fecunda humedad se expandía más allá de sus límites. Y si, para seguir con la metáfora, la vida de Grancy era un cercado

cultivado con diligencia, su esposa era la flor que él había plantado en medio; o más bien el árbol emparrado que le proporcionaba descanso y sombra en su base y el viento de los sueños en sus ramas más altas.

Todos —su pequeño pero fiel grupo de seguidores— pensamos en un momento dado que parecía bastante probable que Grancy nos fallara. Le habíamos visto medirse las fuerzas con un estúpido obstáculo tras otro: mala salud, pobreza, malentendidos y, lo peor de todo para un hombre de su categoría, el suave e insidioso egoísmo de su primera esposa. Le habíamos visto sumergirse en el plomizo abrazo de su afecto, como un nadador arrastrado por la corriente de fondo; pero justo cuando nos desesperábamos, siempre volvía a salir a flote, cegado, jadeando, pero retomando vigorosamente el camino hacia la orilla. Cuando finalmente la muerte de su esposa lo liberó, el asunto fue saber cuánto de él se había llevado ella consigo. Emergía solo, dejando al descubierto ramitas raquíticas y blanquecinas, como un árbol que ha sido desparasitado. Pero paulatinamente empezó a sacar nuevas hojas; y cuando conoció a la señora que se iba a convertir en su segunda esposa —su esposa de verdad, como reconocieron sus amigos—, el hombre floreció por completo.

La segunda señora Grancy había pasado de los treinta cuando él se casó con ella y estaba claro que ella ya había cosechado esas alegrías de la mediana edad que se originan en la desesperación de la juventud. Pero aunque había perdido la apariencia de los dieciocho años, había mantenido su luz interior; si sus mejillas carecían del brillo de la inmadurez, sus ojos se mantenían jóvenes con la juventud almacenada de media vida. Grancy la conoció por primera vez en algún lugar de Oriente —creo que era la hermana de uno de nuestros cónsules allí—, y cuando la trajo a casa, a Nueva York, llegó entre nosotros como una extranjera. La idea del nuevo matrimonio de Grancy había sido un *shock* para todos nosotros. Después de calcinarse de ese modo, la mayoría de hombres se hubieran mantenido alejados del fuego; pero estuvimos de acuerdo

en que él estaba predestinado a los errores sentimentales; y esperamos con resignación a la plasmación de su último error. Entonces llegó la señora Grancy; y lo entendimos. Era la más bella y completa explicación posible. Nos deshicimos de nuestra derrotada omnisciencia y le dimos rápida sepultura con los despilfarras de la bienvenida. Por primera vez en muchos años, Grancy no nos preocupaba. «¡Ahora hará algo importante!», profetizó el menos optimista de nosotros; y el más sentimental lo enmendó: «¡Ya lo ha hecho al casarse con ella!».

Fue Claydon, el pintor de retratos, quien se arriesgó con esta hipérbole y el que muy pronto, cuando se lo pidió el feliz marido, se preparó a defender su idea con un retrato de la señora Grancy. Todos estábamos —incluso Claydon— dispuestos a reconocer que lo inusitado de la señora Grancy era, hasta cierto punto, una cuestión relacionada con el entorno. Sus gracias eran complementarias y necesitaban de la llamada del compañero para revelar el destello de color bajo sus alas de color neutro. Pero si ella necesitaba a Claydon para interpretarla, ¡cuánto mayor fue el servicio que ella le rindió a él…! Claydon la describió, profesionalmente, como el marco perfecto para él; pero si ella definía, ella también agrandaba, y si ella lo ponía todo en perspectiva, también despejaba terreno nuevo, abría nuevas vistas, reivindicaba áreas de actividad que se habían echado a perder bajo la dura ley de la privación. Esta interacción de simpatías no estaba exenta de expresión visible. Claydon no era el único que creía que la presencia de Grancy —o al menos el mero hecho de mencionar el nombre de él— tenía un efecto visible en el aspecto de la esposa. Era como si una luz cambiara, como si se apartara una cortina, o para utilizar otra de las metáforas de Claydon, como si Amor —el artista infatigable— estuviera perpetuamente buscando una «pose» más feliz para su modelo. A la luz de esta interpretación, la señora Grancy adquirió el encanto que hace que los rostros de algunas mujeres parezcan un libro del que nunca se llega a pasar la última página. Siempre había algo nuevo que leer en los ojos de ella. Lo que Claydon leyó en ellos —o al menos en esas pistas dispersas

del ritual, tal y como le llegaban a través de las puertas del santuario — nos fue revelado a su debido tiempo en el retrato. Cuando el cuadro fue expuesto, en seguida fue aclamado como una obra maestra, pero aquellos que conocían a la señora Grancy sonreían y decían que salía favorecida en él. Claydon, no obstante, no se había encargado de pintar a *su* señora Grancy —ni tampoco a la nuestra— sino a la de Ralph; y Ralph reconocía a la suya con una sola mirada. En su primera visión, se dio cuenta de que Claydon lo había entendido. Por lo que se refiere a la señora Grancy, cuando se le mostró el cuadro finalizado, se giró hacia el pintor y, simplemente, comentó: «Vaya, ¡me has hecho mirando hacia Oriente!».

El cuadro, pues, con todo su valor, parecía un mero incidente en el desarrollo del destino doble de la pareja, una nota a pie de página en el texto miniado de sus vidas. No fue hasta después cuando adquirió el significado de las últimas palabras que se pronuncian en un umbral que nunca ha de volver a cruzarse. Grancy, un año después de la boda, había abandonado su casa de la ciudad y se llevó su felicidad a una hora de allí, a un pequeño lugar entre las colinas. Sus variadas obligaciones e intereses lo conducían frecuentemente a Nueva York, pero forzosamente lo veíamos menos a menudo que cuando su casa había servido de punto de encuentro para nuestros entusiasmos comunes. Daba pena que tal influencia tuviera que desaparecer, pero todos sentíamos que sus largos atrasos en materia de felicidad debían ser pagados en la moneda que él escogiera. La distancia desde la que la afortunada pareja nos irradiaba cariño no era tan grande como para que la amistad no la pudiera colmar; y nuestra noción de ocio ideal revistió la forma de unos domingos pasados en la biblioteca de Grancy, con su sedante apariencia rural y el retrato de la señora Grancy iluminando sus estudiosas paredes. El cuadro se encontraba allí en el mejor entorno posible; y solíamos acusar a Claydon de visitar a la señora Grancy para poder contemplar el retrato. Él contestaba a esto diciendo que su retrato *era* la señora Grancy; y había momentos en que tal afirmación parecía incuestionable. De hecho, uno de nosotros —creo

que debió de ser el novelista— afirmó que Claydon se había librado de enamorarse de la señora Grancy sólo por haberse enamorado del cuadro; y era notable que él, para quien un cuadro finalizado no era más que un mero envoltorio de trabajos futuros, mostraba una ternura perenne hacia ese logro en concreto. Sonreímos después al pensar cuán a menudo, cada vez que la señora Grancy estaba en la estancia, su presencia se reflejaba en nuestra conversación como un reflejo de cielo radiante en una repentina borrasca. Claydon, apartado de la mujer real, solía sentarse como si estuviera escuchando al cuadro. Su actitud, entonces, parecía sólo parte de lo habitual en esas tardes pintorescas, cuando las combinaciones de vida más familiares sufrieron un cambio mágico. Algunas versiones de la felicidad humana son como un lago sin salida al mar; pero la de los Grancy era un mar abierto, extendiéndose por una superficie optimista e ilimitada hacia los intereses cambiantes de la vida. Había espacio de sobra en esas aguas para todas nuestras aventuras respectivas; y siempre, más allá de la puesta de sol, un espejismo de islas afortunadas hacia las que nuestra proa se dirigía.

II

Fue en Roma, tres años más tarde, cuando supe de su muerte. La esquela decía «repentina»; me alegré de ello. También me alegré —quizás vilmente— de estar lejos de Grancy en un momento en el que el silencio debió de parecer obtuso, y la palabra, desdeñosa.

Aún estaba yo en Roma cuando, unos meses después, él llegó allí inesperadamente. Había sido nombrado secretario de legación en Constantinopla e iba a incorporarse a su puesto. Había aceptado el cargo, según había declarado francamente, para «escaparse». Nuestras relaciones con la «Puerta de Levante» ofrecían una perspectiva de trabajo duro, y eso, nos contó, era lo que necesitaba.

No podría nunca sentirse satisfecho de sentarse entre las ruinas. Vi que, como la mayoría de nosotros en momentos de extrema tensión moral, estaba actuando, comportándose como creía que le correspondía hacerlo a un hombre frente a un desastre. La postura instintiva del dolor es un compromiso inestable entre la incredulidad y la, postración; y el orgullo siente la necesidad de encontrar una actitud mejor ante tal enemigo. Grancy, de naturaleza reflexiva y volcada hacia el pasado, había escogido el papel del hombre de acción que responde golpe por golpe y se opone con frente de acero a los embates del destino; pero la solidez de la armadura daba cuenta de su debilidad interna. Sólo hablamos de lo que no pensábamos, y nos separamos, al cabo de unos días, con una sensación de alivio que demostraba lo inadecuado de la amistad para, en tales casos, llevar a cabo el cometido que tiene asignado por la tradición.

Poco después, mi propio trabajo me hizo volver al país, pero Grancy se quedó varios años en Europa. La diplomacia internacional se mantuvo fiel a la promesa de darle trabajo, y durante el año en el que actuó como *chargé d'affaires* se desenvolvió, bajo duras condiciones, con celo y discreción notables. Una redistribución política le quitó el puesto justo cuando había demostrado su utilidad al gobierno; y el siguiente verano oí que había regresado, que se encontraba en casa, de vuelta al país.

Cuando volví a la ciudad le escribí y su respuesta llegó a vuelta de correo. Contestó como si lo hiciera con su voz natural, instándome a que pasara el siguiente domingo con él, y sugiriendo que debía traer conmigo a cualquier miembro del antiguo grupo a quien pudiese convencer de que se juntara conmigo. Encontré que era una buena señal, y no obstante —¿debo reconocerlo?— me sentí vagamente decepcionado. Quizás tenemos tendencia a sentir que las penas de nuestros amigos deberían guardarse como esos

monumentos históricos a los que se les saca la hiedra invasora periódicamente.

Esa misma noche en el club me encontré con Claydon. Le conté lo de la invitación de Grancy y le sugerí que fuéramos juntos; pero él alegó un compromiso. Me dolió porque siempre había sentido que él y yo estábamos más cerca de Ralph que los demás, y si los antiguos domingos debían reanudarse, hubiera preferido que nosotros dos pasáramos el primero a solas con él. Se lo dije a Claydon y ofrecí adaptar mi horario al suyo; pero reaccionó con una negativa muy clara.

—No quiero ir a casa de Grancy —dijo sin rodeos.

Esperé un momento, pero él no agregó ninguna aclaración.

—¿Lo has visto desde que regresó? —me aventuré a preguntar.

Claydon asintió con la cabeza.

—¿Y está tan espantosamente mal?

—¿Mal? No: está muy bien.

—¿Muy bien? ¿Cómo puede estarlo a menos de que haya cambiado más allá de lo verosímil?

—Oh, tú lo reconocerás… —dijo Claydon, con una desconcertante disminución de énfasis.

Su ambigüedad estaba empezando a exasperarme, y sentí que no tenía acceso a alguna información a la cual yo tenía tanto derecho como él.

—Tú ya has estado allí, supongo.

—Sí, ya he estado allí.

—¿Y habéis terminado el uno con el otro, la amistad está perdida?

—¿Terminado el uno con el otro? ¡Qué más quisiera yo…!

Se levantó nerviosamente y apartó bruscamente la revista de la que mi comentario le había distraído.

—Mira —dijo mientras se ponía de pie frente a mí—: Ralph es el mejor tipo que pueda existir y no hay nada en el mundo que no haría por él, menos ir allí de nuevo.

Y habiendo dicho esto salió de la habitación.

Claydon era suficientemente impredecible para que yo pudiera encontrar una docena de significados diferentes a sus palabras; pero ninguna de mis interpretaciones me satisfizo. Decidí, en cualquier caso, dejar de buscar un acompañante; y el siguiente domingo viajé solo a casa de Grancy. Éste vino a esperarme a la estación y al instante me di cuenta de que había cambiado desde nuestro último encuentro. Por entonces estaba en plena lucha, pero si bien él y su dolor aún vivían juntos, ya no era en calidad de enemigos. Físicamente la transformación era igual de visible pero menos tranquilizadora. Si el espíritu triunfaba, el cuerpo mostraba sus cicatrices. A sus cuarenta y cinco años, había encanecido y andaba encorvado y con andares de viejo. No obstante, su serenidad no era fruto de la resignación debida a la edad. Me di cuenta de que no quería resignarse a abandonar la partida. Casi inmediatamente empezó a hablar de nuestros antiguos intereses; no con esfuerzo, como en nuestro encuentro anterior, sino simple y naturalmente, con el tono de un hombre cuya vida ha vuelto a su curso habitual. Recordé, con un toque de reproche a mí mismo, cómo desconfiaba yo de su capacidad de restablecimiento; pero mi admiración por su fuerza de reserva ahora se teñía con la idea de que, después de todo, una felicidad como la que él vivió, debía de haberse pagado contante y sonante. La sensación se incrementó a medida que nos acercábamos a la casa y me di cuenta de que su esposa estaba inextricablemente ligada a mi recuerdo del lugar y cómo toda la escena era tan sólo una extensión de esa presencia tan vivida.

Dentro de la casa nada había cambiado, y mi mano no se habría sorprendido al verse empuñada en un cálido apretón por la mano de ella. Era la hora del almuerzo y Grancy me condujo en seguida al comedor, donde las paredes, los muebles, el mismo plato y la porcelana, parecían un espejo en el que hacía sólo un momento la cara de ella se hubiera reflejado. Me pregunté si Grancy, tras la recuperada tranquilidad de su sonrisa, escondía la misma sensación

de proximidad a ella, y veía perpetuamente entre él y la realidad al radiante e incansable fantasma de la esposa. Habló de ella una o dos veces, con naturalidad, de manera fortuita, y su nombre parecía flotar en el aire después de que él la nombrara, como un acorde que siguiera vibrando. Si él notaba la presencia de su esposa era evidentemente como un medio que lo envolvía, la atmósfera moral que él respiraba. Nunca antes me hubiera imaginado cómo los muertos pueden sobrevivir tanto.

Después del almuerzo dimos un largo paseo a través de los otoñales campos y bosques, y caía ya la noche cuando entramos de nuevo en la casa. Grancy iba delante en dirección a la biblioteca, donde, a esa hora, su mujer siempre nos había dado la bienvenida a nuestra vuelta con un fuego brillante y una taza de té. La habitación daba al Oeste, y mantenía una luz clara muy particular después de que toda la casa se hubiera oscurecido. Recordé qué joven había parecido ella en esta pálida y dorada luz, que irradiaba sus ojos y su pelo, o perfilaba su silueta aniñada cuando pasaba por delante de las ventanas. De todas las habitaciones de la casa, la biblioteca era la más particularmente suya; y allí sentí que su proximidad podía tomar forma visible. Entonces, de pronto, mientras Grancy abría la puerta, la sensación se desvaneció y una especie de resistencia se topó conmigo en el umbral. Miré en torno a mí. ¿Había cambiado la habitación? ¿Alguna mano profana había borrado los indicios de la presencia de ella? No; allí también el marco estaba tal cual. Mis pies se hundieron en la alfombra Daghestán de pelo largo de siempre; las estanterías captaban la luz de la lumbre en las hileras de ricas y desgastadas encuadernaciones; la butaca de ella seguía en su antiguo lugar al lado de la mesa del té; y desde la pared opuesta su rostro me hacía frente.

Su rostro… pero *¿era* el suyo? Me acerqué y estuve de pie mirando el retrato. La mirada de Grancy había seguido a la mía y le oí moverse a mi lado.

—¿Ves algún cambio en él? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —contesté.

—Quiero decir: que han pasado cinco años.

—¿Para *ella*?

—¿Por qué no? ¡Mírame! —señaló su pelo gris y las sienes fruncidas—. ¿Qué crees que la mantuvo tan joven? ¡Era la felicidad! Pero ahora… —levantó la vista hacia ella con ternura infinita—. Me gusta más así —añadió—. Es lo que ella hubiera deseado.

—¿Hubiera deseado?

—Que pudiéramos envejecer juntos. ¿Crees que a ella le hubiera gustado quedarse atrás?

Me quedé enmudecido, mi mirada iba de las facciones cansadas por el dolor de mi interlocutor al rostro pintado allá arriba. No estaba arrugado como el de él; pero un velo de años parecía haber descendido sobre el retrato. El brillante pelo había perdido su elasticidad, las mejillas su claridad, la frente, su luz; la mujer entera se había marchitado.

Grancy puso su mano en mi brazo.

—¿No te gusta? —dijo él tristemente.

—¿Gustarme? ¡La he… la he perdido! —solté.

—Y yo la he encontrado —contestó él.

—¿En *eso*? —exclamé con un gesto lleno de reproche.

—Sí; en *eso* —se giró con una actitud casi desafiante—. ¡El otro se había transformado en una farsa, en una mentira! Así es como hubiera sido su aspecto… así es como es su aspecto, quiero decir. Claydon debería de saberlo, ¿no?

Me giré de pronto.

—¿Claydon hizo esto para ti?

Grancy asintió con la cabeza.

—¿A tu regreso?

—Sí. Mandé llamarle al cabo de una semana de haber llegado…

Se apartó y atizó el fuego que ardía sin llamas. Le seguí, contento de dejar la pintura detrás de mí. Grancy se lanzó a una silla cercana al hogar, así que la luz daba en su rostro sensible y cambiante. Echó la cabeza atrás, protegiendo sus ojos con la mano, y empezó a hablar.

III

—Vosotros, compañeros, conocías mi historia anterior lo suficiente para imaginaros lo que mi segundo matrimonio significó para mí. Digo imaginar, porque nadie pudo entenderlo, realmente. Supongo que siempre he tenido un lado femenino: la necesidad de un par de ojos que miren conmigo, de un pulso que marque el mismo compás que el mío. La vida es algo grande, naturalmente; un espectáculo magnífico; ¡pero me cansé tanto de observarla solo! Aun así, siempre está bien vivir, y he gozado de mucha felicidad… del tipo más evolucionado. De lo que nunca gocé fue de la felicidad simple e inconsciente que uno respira como si fuera el aire…

»Bueno… la conocí a ella. Fue como encontrar el clima en el que yo debía vivir. Sabéis lo que ella era; ¡cómo multiplicaba los puntos de contacto con la vida de uno, cómo iluminaba las cavernas y tendía puentes sobre los abismos! Bueno, os juro (aunque supongo que toda esa sensación estaba latente en mí) que lo que acostumbraba a pensar, camino de casa al final del día, era simplemente que cuando yo abriera la puerta, ella estaría sentada allí, con la luz de la lámpara cayendo de una forma específica sobre un pequeño rizo en su cuello… y cuando la pintó Claydon, capturó justamente esa mirada que acostumbraba a lanzarme cuando llegaba; me he preguntado, a veces, cómo podía saber él la forma en que ella me miraba cuando estábamos solos. ¡Cómo me alegré con ese cuadro! Acostumbraba a decirle a ella: "Ahora eres mi prisionera… nunca te perderé. ¡Si te cansaras de mí y me dejaras, dejarías tu auténtico ser en la pared!". Siempre fue una de nuestras bromas el hecho de que ella se iba a cansar de mí…

»Tres años así… y luego murió. Fue tan repentino que no hubo ningún cambio, ninguna degradación. Fue como si se hubiera vuelto fija, inamovible, como su propio retrato: como si el Tiempo se hubiera interrumpido en su momento más feliz, tal y como Claydon

un día había tirado su pincel y había dicho: "No puedo hacerlo mejor que esto".

»Me fui, como sabes, y estuve fuera cinco años. Trabajé tan duro como pude, y después de los primeros meses negros me alcanzó un poco de luz. Pensando que ella se interesaría por lo que yo estaba haciendo, empecé a sentir que ella *estaba* interesada; que ella estaba allí y que lo sabía. No estoy utilizando ninguna jerga psíquica, solamente estoy intentando explicar la sensación que tuve de que una influencia tan completa, tan abundante como la suya no podía cesar como un chubasco de primavera. Habíamos vivido tan dentro del corazón y la mente del otro, que la conciencia de lo que ella habría pensado y sentido iluminaba todo lo que yo hacía. Al principio ella acostumbraba a venir con timidez, prudentemente, como si no estuviera segura de encontrarme; después se fue quedando más y más tiempo, hasta que al final se convirtió en el mismo aire que yo respiraba… Hubo malos momentos, claro está, cuando su proximidad se mofaba de mí con la pérdida de la mujer real; pero gradualmente la distinción entre las dos se borró y el mero recuerdo de ella se volvió tan cálido como si fuera de carne y hueso.

»Entonces volví a casa. Desembarqué por la mañana y me dirigí directamente aquí. La idea de ver su retrato se adueñó de mí, y mi corazón latía como el de un amante cuando abrí la puerta de la biblioteca. Era por la tarde y la habitación estaba llena de luz. La luz iluminaba el cuadro: el cuadro de una mujer joven y radiante. Ella me sonreía fríamente a través de la distancia que nos separaba. Tuve la sensación de que ella ni tan sólo me reconocía. Y entonces me vi reflejado en el espejo de allí: ¡un hombre de cabellos grises al que ella nunca había conocido!

»Durante una semana los dos vivimos juntos: la extraña mujer y el hombre extraño. Acostumbraba a sentarme noche tras noche e interrogar su rostro sonriente; pero no obtuve nunca una respuesta. ¿Qué sabía ella de mí, después de todo? Estábamos irrevocablemente separados por los cinco años de vida que se interponían entre nosotros. A veces, mientras estaba aquí sentado,

hasta llegué casi a odiarla; ya que su presencia había ahuyentado al dulce espíritu, mi esposa real que había llorado, envejecido, luchado conmigo durante todos esos años espantosos… Era la peor soledad que he conocido jamás. Entonces, gradualmente, empecé a notar un aire de tristeza en los ojos del cuadro; una mirada que parecía decir: "¿No ves que *yo* también me siento sola?". ¡Y de pronto se me ocurrió cuánto ella habría odiado quedarse atrás! La recordé comparando la vida a un libro grueso, que no puede leerse fácilmente a menos de que dos personas lo sostengan juntas; ¡y pensé con qué impaciencia ella habría pasado las páginas que nos separaban! Así que se me ocurrió: "Es el cuadro el que se interpone entre los dos; el cuadro es el que está muerto, no mi mujer. Sentarse en esta habitación es como velar a un cadáver". A medida que esta sensación se agudizaba, el retrato se transformó en una especie de precioso mausoleo en el que ella había sido enterrada con vida: podía oír sus golpes contra las paredes del lienzo, llorando débilmente mientras pedía ayuda…

»Un día me di cuenta de que ya no podía aguantarlo más y mandé llamar a Claydon. El vino y le conté por lo que había estado pasando y lo que quería que él hiciera. Al principio rehusó categóricamente tocar el cuadro. A la mañana siguiente fui a dar un largo paseo y cuando regresé a casa me encontré con él sentado aquí, solo. Me miró con dureza un momento y luego dijo: "He cambiado de opinión; lo haré". Dispuse una de las habitaciones del norte como estudio y se encerró allí durante un día; luego mandó que me llamaran. El cuadro estaba allí tal y como lo ves ahora… ¡era como si ella me esperara en el umbral y me fuera a abrazar! Intenté agradecérselo, decirle lo que eso significaba para mí, pero él me interrumpió.

»"Hay un tren a las cinco, ¿no?", preguntó. "Tengo que acudir a una cena esta noche. Sólo tengo tiempo de salir corriendo para la estación y puedes hacer que me manden mis cosas después de que me haya ido". No le he vuelto a ver desde entonces.

»Me puedo imaginar lo que le costó tocar su obra maestra, pero, después de todo, para él sólo era un cuadro echado a perder, ¡pero para mí significaba recobrar a mi esposa!».

IV

Después de esto, durante diez años o más, asistí al extraño espectáculo de una vida de esfuerzo esperanzado y productivo basada en la edificación de un sueño. No cabía ninguna duda, entre los que vieron a Grancy en esta época, que él sacaba su fuerza y coraje de la sensación de que su esposa participaba místicamente en sus tareas. Cuando volví a visitarle unos meses después, vi que el cuadro había sido retirado de la biblioteca y situado en un pequeño estudio en el piso de arriba, al que él había trasladado su escritorio y unos cuantos libros. Me contó que *siempre* se sentaba allí cuando estaba solo, reservando la biblioteca para las visitas de los domingos. Los que echaron en falta el cuadro no comentaron nada sobre dicha ausencia, naturalmente, y los pocos que sabían su secreto, lo respetaban. Paulatinamente, todos sus viejos amigos se habían vuelto a congregar a su alrededor, y nuestras tardes de domingo recobraron algo de su antiguo carácter; pero Claydon nunca reapareció entre nosotros.

Cuando ahora reflexiono sobre ello, veo que Grancy debió de fracasar desde el momento en que regresó a casa. Su espíritu invencible no dejaba traslucir y ocultaba los signos de debilidad que más tarde se reafirmaron en mi recuerdo de él. Parecía que tuviera un cúmulo inagotable de vida del que abastecerse, y más de uno de nosotros fue el beneficiario de esa sobreabundancia.

Sin embargo, cuando un verano volví de mis vacaciones en Europa y oí que había estado a punto de morir, entendí

inmediatamente que habíamos pensado que se encontraba bien tan sólo porque él así lo había querido.

Me apresuré a visitarlo en el campo y lo encontré en medio de una lenta convalecencia. Entonces sentí que lo habíamos perdido y él leyó mi pensamiento sólo con mirarme.

—Ah —dijo—. Ahora soy un hombre viejo, no hay duda. Me imagino que deberemos de ir a medio gas después de esto; ¡pero aún no necesitaremos remolque!

El pronombre plural me sorprendió, e involuntariamente miré hacia el retrato de la señora Grancy. Rasgo por rasgo, vi mi miedo reflejado en el cuadro. Era el rostro de una mujer *que sabe que su marido está muriéndose*. Mi corazón se paró cuando pensé en lo que Claydon había hecho.

Grancy había seguido mi mirada.

—Sí, esto ha cambiado —dijo tranquilamente—. Durante meses, sabes, la cosa me anduvo rondado… nos peleamos largamente, y fue peor para ella que para mí. —Después de una pausa añadió—: Claydon ha sido muy amable; está tan atareado ahora que casi ni le veo, pero cuando pedí que le llamaran el otro día, vino en seguida.

Yo estaba en silencio y no hablamos más de la enfermedad de Grancy; pero cuando me fui me pareció dejarlo encerrado solo con su sentencia de muerte.

La siguiente vez que fui a verle, tenía mucho mejor aspecto. Era domingo y me recibió en la biblioteca, así que no volví a ver el cuadro. Siguió mejorando y hacia la primavera empezamos a sentir que, como él había dicho, aún podría viajar un largo camino sin ser remolcado.

Una noche, al volver de una visita que había confirmado mi sensación de tranquilidad, me encontré con Claydon cenando solo en el club. Me pidió que me uniera a él, y mientras tomábamos café nuestra conversación derivó hacia su trabajo.

—Si no tienes demasiado trabajo —dije finalmente—, deberías encontrar un momento para volver a casa de Grancy.

Levantó la cabeza rápidamente:

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque ya se encuentra bastante bien otra vez —contesté con cierta crueldad—. Los pronósticos de su mujer eran erróneos.

Claydon me miró fijamente un momento.

—Oh, *ella* lo sabe —afirmó con una sonrisa que me dio escalofríos.

—¿Así pues vas a dejar el retrato tal como está? —insistí.

El se encogió de hombros.

—¡Aún no me ha pedido que vaya!

Un camarero llegó con los puros y Claydon se levantó y se juntó con otro grupo.

Tan sólo quince días después, el ama de llaves de Grancy me telegrafió. Vino a recogerme a la estación con la noticia que él iba «mal» y de que los médicos estaban con él. Tuve que esperar un rato en la biblioteca vacía antes de que los médicos aparecieran. Tenían la actitud desconcertada de los empíricos que han sido desbancados por el gran Sanador; y sólo me quedé lo suficiente para oír que Grancy no estaba sufriendo y que mi presencia no le podía hacer ningún daño.

Lo encontré sentado en su sillón del pequeño estudio. Me alargó su mano con una sonrisa.

—Ves, ella tenía razón, después de todo —dijo.

—¿Ella? —repetí, perplejo por un instante.

—Mi esposa —señaló el cuadro—. Naturalmente yo sabía que ella no tenía ninguna esperanza desde un principio. Lo vi —bajó la voz—, después de que Claydon estuviera aquí. ¡Pero no quería creérmelo al principio!

Cogí sus manos entre las mías.

—¡Por el amor de Dios, no te lo creas ahora! —le imploré.

Él sacudió la cabeza suavemente.

—Es demasiado tarde —dijo—. Me podía haber imaginado que ella lo sabía.

—Pero, Grancy, escúchame —empecé, y entonces paré. ¿Qué podría decir para convencerle? No había ningún argumento en el que pudiéramos encontrarnos; y después de todo sería más fácil para él morir sintiendo que ella lo *había* sabido. Extrañamente, me di cuenta de que Grancy había errado su propio tiro…

V

El testamento de Grancy me nombraba a mí como uno de los albaceas; y mi homólogo, al tener otros asuntos entre manos, me suplicó que me hiciera cargo de la tarea de llevar a cabo las últimas voluntades de mi amigo. Esto hizo necesario que informara a Claydon de que el retrato de la señora Grancy le había sido legado; y él contestó a vuelta de correo que mandaría recogerlo en seguida. Yo estaba en la casa desierta cuando se llevaron el retrato; y cuando la puerta se cerró tras él, sentí que la presencia de Grancy también había desaparecido. ¿Le tocaba a él ahora seguirla a ella, y podía un fantasma rondar a otro?

Después de esto, durante un par de años, no supe nada más del cuadro y aunque de vez en cuando me encontré con Claydon, apenas teníamos nada que contarnos el uno al otro. No tenía ningún motivo definible en su contra, e intenté recordar que había hecho una gran cosa al sacrificar su mejor cuadro por un amigo; pero mi resentimiento tenía toda la tenacidad de la sinrazón.

Un buen día, sin embargo, una dama cuyo retrato él acababa de pintar me suplicó que fuera con ella a verlo. Rehusar resultaba imposible, y fui con poca desgana porque sabía que no era el único amigo a quien había invitado. Los demás estaban agrupados alrededor del caballete cuando entré, y después de tomar parte en el coro de aprobación me aparté y empecé a pasear por el estudio. Claydon era un coleccionista y generalmente merecía la pena

observar sus objetos. El estudio era una habitación tapizada, larga con un arco, con cortinas en uno de los extremos. Las cortinas estaban levantadas, mostrando una estancia más pequeña, con libros y flores y unas cuantas piezas de bronce y porcelana. La mesita del té que se encontraba en este aposento interior revelaba que se podía entrar, así que me metí. Un jarrón *bleu poudré* me llamó la atención inicialmente, y luego me giré para examinar un esbelto Ganímedes en bronce, y al hacerlo me encontré cara a cara con el retrato de la señora Grancy. Lo miré sin comprender y ella me devolvió una sonrisa con todo el resplandor de su juventud recobrada. El artista había borrado cada rastro de sus trazos posteriores y la pintura original había reaparecido. Sola, ocupaba la pared con paneles, reafirmando su radiante supremacía por encima de su entorno tan cuidadosamente escogido. En seguida me di cuenta de que toda la habitación era un tributo al cuadro; que Claydon había amontonado tesoros a los pies de la mujer que él amaba. Sí, era la mujer a quien él había amado, y no al cuadro; y mi resentimiento instintivo encontró una explicación.

De pronto sentí una mano en mi hombro.

—Ah, ¿cómo pudiste? —exclamé, volviéndome hacia él.

—¿Cómo pude? —replicó—. ¿Cómo *no* pude? ¿No me pertenece ella a mí ahora?

Me aparté impacientemente.

—Espera un momento —dijo con un gesto para detenerme—. Los otros se han ido y quiero contarte algo. Oh, ya sé lo que has pensado de mí… ¡Me lo puedo imaginar! Crees que maté a Grancy, supongo…

Me sorprendió su vehemencia repentina.

—Creo que intentaste hacer algo cruel —dije.

—Ah… ¡qué visión más cerrada de la vida tenéis vosotros, los otros! —murmuró—. Siéntate un momento… aquí, desde donde podamos observarla; y te lo contaré.

Se echó en la otomana a mi lado y se sentó a observar el cuadro, con sus manos agarradas alrededor de sus rodillas.

—Pigmalión —empezó lentamente— convirtió una estatua en una mujer real; *yo* convertí mi mujer real en un cuadro. Poca compensación, pensarás… ¡pero no tienes ni idea cuánto de una mujer te pertenece una vez la has pintado! Bueno, en cualquier caso, al menos saqué lo mejor de ello. Le di lo mejor de mí; y ella a cambio me dio lo que una mujer como ésa te da por el mero hecho de existir. ¡Y después de todo me recompensó suficientemente al hacer que la pintara como nunca volveré a pintar…! Había una parte de ella que era sólo mía, y ésa era su belleza; ya que nadie más lo entendía. Para Grancy esto era hasta la mera expresión de sí misma… lo que el lenguaje es para el pensamiento. Incluso cuando vio el cuadro no adivinó mi secreto: ¡estaba tan seguro de que ella le pertenecía completamente! Como si un hombre pudiera pensar que posee la luna porque ésta se refleja en la charca delante de su puerta.

»—Bueno… cuando volvió y me mandó buscar para que cambiara el cuadro fue como si me pidiera que cometiera un asesinato. Quería que la convirtiera en una mujer vieja… ¡a ella, que había sido divinamente, inalterablemente joven! ¡Como si cualquier hombre que realmente amara a una mujer pudiera pedirle que sacrificara su juventud y belleza por él! Al principio le dije que no podía hacerlo, pero después, cuando me dejó solo con el cuadro, ocurrió algo extraño. Supongo que fue porque siempre le había tenido ese inexplicable afecto a Grancy; iba en contra de mis principios rechazar lo que me había pedido. Da igual, mientras estaba sentado mirándola, parecía que me dijera: "no soy tuya sino suya, y quiero que hagas de mí lo que él te pida". Y eso es lo que hice. Me podría haber cortado la mano cuando terminé el trabajo; me imagino que te dijo que yo jamás volvería para ver el cuadro. Pensó que yo tenía demasiado trabajo… nunca lo entendió…

»Bueno… finalmente el año pasado pidió que me llamaran de nuevo; lo recordarás. Fue después de su enfermedad, y me dijo que había envejecido veinte años y que quería que ella también envejeciera… no quería que ella se quedara atrás. Todos los médicos

pensaban que iba a mejorar, y él lo pensaba también; y yo también cuando lo vi de entrada. Pero cuando me giré hacia el cuadro… ah, y ahora no te pido que me creas; pero te juro que era *su* cara la que me dijo que él se estaba muriendo, ¡y que quería que él lo supiera! Ella tenía un mensaje para él y quiso que yo lo entregara.

»Se levantó súbitamente y se dirigió hacia el retrato; luego se sentó a mi lado de nuevo.

»—¿Cruel? Sí, me lo pareció al principio; y si esta vez resistí fue *por él* y no por mí. Pero todo el rato sentía los ojos de ella llamándome la atención, y gradualmente me hizo entenderlo. Si ella hubiera estado allí en carne y hueso (parecía decirme), ¿no habría visto antes que cualquiera de nosotros que él se estaba muriendo? ¿Y él no habría leído la información en su cara? ¿Y no sería horrible si él lo descubría ahora en los ojos de un extraño? Bien… eso es lo que ella quería de mí y lo hice. ¡Por fin los uní hasta el final!

Levantó la mirada hacia el cuadro de nuevo.

—Pero ahora ella me pertenece —repitió…

EL PRETEXTO
(1908)

I

Cuando la puerta principal se cerró tras su visitante, la señora Ransom pasó de la sala de estar al angosto pasillo con un saltito, y de allí subió, por la estrecha escalera, a su dormitorio.

Aunque todavía era ágil y delgada, no siempre se movía con tanta rapidez; hasta ahora, no había tenido en su vida muchas cosas por las que apresurarse, a excepción de las rutinarias tareas domésticas, que obligan a moverte aunque no ayudan desarrollar la elasticidad; pero algo de recobrado ímpetu juvenil, originado por su conversación con Guy Dawnish, se manifestaba ahora en su manera infantil de subir las escaleras, en su impaciencia adolescente por encerrarse, ruborizada y con el pulso acelerado, en su habitación.

¿Su rubor? ¿De verdad se había ruborizado?

Se acercó al estrecho espejo coronado por un águila situado sobre su sencillo y pulcro tocador: la única concesión a las debilidades de la carne que había entre sus reliquias, como sucedía en todas las casas anticuadas de Wentworth. El rostro reflejado en esta superficie tan poco aduladora —porque hasta los espejos de Wentworth erraban por exceso de rigor— no parecía, a primera vista, el escenario apropiado para desplegar las emociones más íntimas, y su propietaria se ruborizó aún más al darse cuenta.

Su pelo rubio, ahora demasiado ralo, ya no ocultaba las venas azules de su frente blanca… una frente que fácilmente imaginaba uno inclinada hacia mesas profesorales, en amplios e inhóspitos salones donde una luz nívea e invernal caía implacablemente sobre filas de «mujeres estudiosas». Su boca también era fina y un poco crispada; sus labios eran demasiado pálidos, y tenía patas de gallo. Era una cara que se había marchitado esperando las alegrías de la juventud.

Bueno… pero ¿y si todavía pudiera ruborizarse? Instintivamente, retrocedió un poco para que su escrutinio no fuera tan microscópico, y el hermoso y persistente tono rosado extendió un velo sobre su palidez, los hoyos de sus sienes y las pequeñas arrugas de la inexperiencia en sus labios y ojos. ¡Qué bien venía un poco de color! Hacía que sus ojos parecieran profundos y brillantes. Ahora sabía por qué las mujeres de mala vida se ponían colorete… Se sonrojó aún más sólo de pensarlo.

De pronto, notó por primera vez que el cuello de su vestido era demasiado bajo. Dejaba al descubierto las líneas hundidas del cuello. Hurgó febrilmente en un cajón ordenado e inodoro y, cogiendo un poco de terciopelo negro, se lo ató al cuello. Sí… así estaba mejor. Le proporcionaba el relieve que necesitaba. Relieve… Variedad… ¡eso era! Nunca había tenido ninguna de las dos cosas, ni en su apariencia ni en su entorno. Era tan sosa como el dibujo del papel de la pared… y así era su vida. Y toda la gente a su alrededor tenía el mismo aspecto. Wenworth era la clase de sitio en el que los maridos y las mujeres iban pareciéndose cada día, gradualmente, el uno al otro… una o dos de sus amigas, recordaba ella, le había dicho recientemente que ella y Ransom empezaban a parecerse…

¿Pero por qué siempre había permitido ella, tan mansamente, que su aspecto se aviniera a su situación? Quizá una apariencia más alegre le hubiera acarreado mejor suerte. Incluso ahora… se volvió de nuevo hacia el espejo y soltó las apretadas hebras de pelo sobre su ceja, pasó el fino extremo del peine por debajo con un rápido movimiento encrespado, y después las dispuso, más ligeras y

abundantes, sobre su cara impaciente. Sí… estaba bastante mejor; había diferencia. Se sonrió a sí misma con tímida coquetería, y sus labios parecieron más rosados mientras sonreía. Después dejó el peine y la sonrisa se apagó. Había diferencia, ciertamente… pero ¿estaba bien intentar hacer que el pelo de una pareciera más espeso y ondulado de lo que en realidad era? Entre eso y ponerse colorete la línea ética parecía casi imperceptible, y el espectro de sus rígidos ancestros de Nueva Inglaterra se erigió ante ella con gesto reprobador. Estaba segura de que ninguna de sus abuelas había simulado nunca un rizo o provocado un sonrojo. ¡Un sonrojo, ni más ni menos! ¿Qué motivos habrían tenido ellas para sonrojarse a lo largo de sus tediosas vidas? ¿Y por qué, santo cielo, lo había hecho ella? Se sentó en la rígida mecedora de caoba junto a su mesa de trabajo e intentó serenarse. Desde niña la habían enseñado a «serenarse»… pero nunca antes sus sensaciones y deseos habían sido tan dispersos, tan difusos en un terreno tan impreciso y desconocido. Hasta ahora habían permanecido en fajos clasificados con cuidado y fácilmente accesibles, y en los estantes superiores de una conciencia moral perfectamente ordenada. Y ahora… ahora que por primera vez era necesario recogerlos… ahora que los trocitos de sí misma, alados y dispersos, bailaban alocadamente bajo los errantes vientos de la imaginación, no sabía ningún conjuro que pudiera hacerlos volver a la carpeta. La mejor forma, sin duda —si es que su desconcierto lo permitía— era regresar al principio —al principio, al menos, de la visita de hoy—, recapitular, palabra por palabra y mirada por mirada…

Apoyó las manos en los brazos de la mecedora, contuvo su balanceo con un fuerte movimiento del pie, y miró hacia su propio interior…

Para empezar, ¿qué tenía la visita de hoy que no tuvieran las demás? De repente vio muy claro que había habido muchas otras, casi a diario, desde la llegada de Guy Dawnish a Wentworth. Incluso en el invierno anterior —el invierno en que llegó de Inglaterra—, las visitas de éste habían sido tan numerosas como para que Wentworth

advirtiera que —con total naturalidad— la señora Ransom «atendía» al joven y solitario inglés confiado al cuidado de su marido por un distinguido abogado inglés, al que los Ransom habían conocido en una de sus breves visitas a Londres, y con quien habían mantenido relaciones profesionales desde entonces. Todo esto pertenecía al orden natural de las cosas, tal y como autorizaba el código social de Wentworth. Todo el mundo era amable con Guy Dawnish —algunos de forma bastante impertinente, como Margaret Ransom había observado con una sonrisa— pero se aceptaba como algo adecuado que ella fuera la más amable, pues él era en cierto modo propiedad de ella, ya que la familia de éste en Inglaterra, agradeciendo tan efusivamente su amabilidad, había dado la aprobación pertinente sin la cual, en Wentworth, cualquier relación social entre sexos se consideraba pecaminosa y era vista con reprobación. ¡Sí! E incluso este segundo invierno, cuando las visitas se hicieron tan frecuentes, tan aceptadas como parte de la rutina diaria, nadie había dado ninguna señal de sorpresa o sospecha…

La señora Ransom sonrió con un poco de amargura. Estaba protegida por su edad, sin duda… su edad y su pasado, y la imagen que el espejo le devolvía…

El pomo de la puerta giró de pronto, y a la resistencia del pestillo siguió un golpe impaciente.

—¡Margaret!

Se sobresaltó —mientras su brillo se desvanecía—, y abrió la puerta para dejar entrar a su marido.

—¿Por qué te has encerrado? Pero ¡si aún no te has vestido! —exclamó.

El señor Ransom podía acceder a su propio vestidor por un recodo del pasillo, pero era propio de la atosigante familiaridad que escogiera como algo normal el camino más directo, que atravesaba el dormitorio de su mujer. A ella nunca le había molestado esta costumbre, sino que se había habituado a ella, aceptada como inevitable, y retrasaba su rápido aseo hasta asegurarse de que él estaba ya en su habitación, o bien lo terminaba antes de oír los

pasos de su marido por la escalera, puesto que una escrupulosa y tradicional mojigatería había sobrevivido milagrosamente a la brutal supresión de todas las intimidades.

—Oh, no me voy a vestir esta noche… sólo voy a tomar té en la biblioteca después de que te hayas ido —contestó distraídamente—. Tus cosas están fuera —añadió, levantándose.

Él parecía sorprendido.

—La cena es a las siete. Supongo que los discursos empezarán a las nueve. Pensaba que ibas a venir a escucharlos.

Ella titubeó.

—No lo sé. No creo. La señora Sperry está enferma, y no tengo a nadie más con quien ir.

El miró su reloj.

—¿Por qué no recurres a Dawnish? ¿No estaba aquí hace un momento? ¿Por qué no se lo preguntaste?

Se giró hacia su tocador y cogió, nerviosa, el peine y el cepillo. Su marido le había dado esa mañana dos entradas para el salón de las damas de Hamblin Hall, donde se iba a celebrar una gran cena pública —banquete ofrecido por el profesorado de Wentworth a los eminentes profesores visitantes— y quería pedirle a Dawnish que fuera con ella: le había parecido la cosa más natural del mundo, hasta que llegó el final de la visita, y entonces, después de todo, no se lo dijo…

—Ya es demasiado tarde —murmuró ella, inclinándose sobre su alfiletero.

—¿Demasiado tarde? No si lo llamas por teléfono.

Su marido fue hacia ella, y ella se giró rápidamente para darle la cara, no fuera a sospechar que estaba intentando evitar su mirada. ¡En qué hipocresía andaba ya metida!

Amigablemente, Ransom puso una mano en su hombro.

—Ven, Margaret. Sabes que voy a hablar para el colegio de abogados —ella advirtió, en su voz, un punto de sorpresa al tener que recordarle esto.

—Oh, sí. Quería ir, por supuesto…

—Bien, entonces… —él abrió la puerta de su vestidor, y vio de refilón la falda de la criada que se retiraba—. Aquí está Maria. ¡Maria! Llama al señor Dawnish… el que está en casa de la señora Creswell, ya sabes. Dile que la señora Ransom quiere que la acompañe a oír los discursos de esta noche… los discursos, ¿lo entiendes?… y que venga a buscarla a las nueve menos cuarto.

Margaret oyó el «Sí-señor» con acento irlandés en las escaleras, y se quedó quieta mientras su marido añadía en voz alta:

—Y tráeme unas toallas cuando subas —después se giró y entró de nuevo en la habitación de su mujer.

—Vaya, a Guy le daría mucha pena perderse esto. Le interesa tanto la forma de hacer las cosas que tenemos aquí… y no sé si alguna vez me ha oído hablar en público —¡otra vez un puntito de fatuidad! ¿Sería posible que Ransom fuese un hombre fatuo?

Se detuvo ante ella, e inesperadamente concentró su mirada miope y distraída en su cara.

—¿No vas a ir así, verdad? —preguntó. Los cristales de sus gafas deslumbraban.

—¿Así cómo? —balbuceó ella, llevándose la mano deliberadamente al terciopelo de su cuello.

—Con el pelo hecho un lío. ¿Te lo has lavado? Te pareces a la hija de los Brant al final de un partido de tenis.

La hija de los Brant era su bestia negra —el horror de todo el Wentworth bienpensante; la hija de la perdición, con encajes y pelo muy rizado, almidonada y con tacones, que venía —de Nueva York, por supuesto— a pasar largas, tumultuosas y perturbadoras estancias en casa de su tía de Wentworth, sembrando el caos entre los estudiantes de primer año, y dejando, a su marcha, una furiosa ola de críticas que removía las aguas durante semanas. Ella también había intentado seducir a Guy… fracasando y haciendo el ridículo. Y que la comparasen con ella ahora… ¡que la acusaran de parecer «neoyorquina»! Ah, qué estúpidos eran a veces los maridos; y Ransom, mientras, estaba ahí, grueso y sin embargo sin sustancia, en su madurez adusta y jurídica, con su barba hirsuta del color del

polvo, y sus sempiternos quevedos; le parecía a su mujer una súbita encarnación de este arquetipo tradicional de estupidez. No es que ella se hubiera considerado, pobrecita, una «femme incomprise»[1]. Por el contrario, se había enorgullecido de que su marido la comprendiese casi tanto como ella a él, es decir, perfectamente. Wentworth prestaba mucha atención a los «motivaciones»; y Margaret Ransom y su marido habían vivido en una absoluta comunión de motivaciones. El día más feliz de su vida fue cuando, sin consultárselo a ella, rechazó la oferta de asociarse a una importante compañía de Nueva York, porque prefería el honor de ejercer en Wentworth, de ser conocido como jurisconsulto de la Universidad. En realidad, Wentworth siempre había sido el vínculo entre ambos; les unía su veneración hacia la insigne sede de estudios, y por su humilde —aunque vivida— conciencia de tener su estilo. El «estilo» de Wentworth es inconfundible: impregna toda la actividad social, desde el peinado de las mujeres a la elaboración de la comida. Tiene sus leyes suntuarias así como su currículo de aprendizaje, y se basa en juzgar no sólo a sus habitantes, sino a todo el mundo —ilustrando, criticando y dejando en el ostracismo a todo un universo descarriado—, y para el criterio de Wentworth la inobservancia de su norma lleva aparejada la desaparición del estilo de Wentworth.

En un mundo sin tradiciones, sin respeto, sin estabilidad, estos decadentes focos de prejuicios y orden protocolario ejercen una atracción irresistible sobre todos aquellos a los que la democracia no ha satisfecho sus instintos. Con su «estilo», sus referencias al pasado, sus aversiones y condenas irrevocables, su rígida línea moral conservada intacta frente a un entorno agitado por las novedades, Wentworth había sido la poesía y la historia de la vida de Margaret Ransom. Sí, lo que verdaderamente había apreciado en su marido era el hecho de que fuese la auténtica encarnación de Wentworth; esta identificación de Ransom, por poner un ejemplo, con los asuntos legales de Wenworth, venía de tan antiguo y era tan estrecha que él casi era parte indisociable de la Universidad.

Entonces, ¡cómo no iba a hablar para los abogados en el banquete de la facultad!

Hasta ahora, las importantes consecuencias que todo esto había tenido parecían maravillosas…

II

Cuando su marido salió puntualmente de casa, a las diez menos siete, Margaret Ransom se quedó sentada en su dormitorio intentando una vez más poner en orden sus pensamientos. Para ayudarse a conseguirlo, se asomó a la ventana a ver cómo se alejaba la silueta de Ransom a lo largo de la calle sombreada por los olmos. Caminaba casi a solas entre los cuidados espacios de césped sin flores, los porches blancos, los salientes de los inútiles gabletes de piedra, que le daban a la calle vacía la estampa de villa universitaria americana. Siempre había estado orgullosa de vivir en Hill Street, donde residía la gente de la Universidad; orgullosa de asociar la distante espalda de su marido —mientras caminaba a diario hacia su oficina— con otras espaldas literarias y pedagógicas, espaldas detrás de las que se susurraba, para maravilla de los visitantes convenientemente impresionados: «Espera a que ese tipo se dé la vuelta… es fulano de tal».

Éste había sido su mundo, un mundo desprovisto de vivencias personales, pero lleno de intensa sensación de privilegio y distinción, de no ser como esos millones de seres que, privados de las inestimables ventajas de vivir en Wentworth, ejercían en cualquier otro lugar su profesión condenados de antemano a la irrelevancia.

¡Y ahora…!

Se levantó y se giró hacia su escritorio donde había dejado caer, al entrar, el manojo de fotografías que Guy Dawnish le había entregado. Mientras estuvo sentado a su lado, señalando y

comentándolas, ella casi no se había enterado de los detalles; pero ahora regresaban con redoblada nitidez, acompañados de las inflexiones de su voz joven y grave. Esto era Guise Abbey, la casa de su tío en Wiltshire donde, bajo la tutela de su abuelo, Guy había pasado su niñez: era una alta fachada Jacobea con gabletes y muchas chimeneas, cubierta de hiedra, y coronada (de eso estaba segura) por las ramas donde se aposentaba una venerable colonia de nidos de grajos. Y en esta otra imagen —el jardín tapiado en Guise— aparecía su tío, Lord Askern, una figura maciza, con aspecto de tener gota, plantado robustamente en la terraza, con una escopeta al hombro y un par de setters a sus pies. Y aquí estaba el río en la parte baja del parque, con Guy «paseando» en batea a una chica con un sombrero de ala grande… ¡cómo odiaba Margaret el ala que ocultaba la cara de la chica! Y aquí estaba la pista de tenis, con Guy en medio de un grupo de alegres jóvenes cruzados de piernas y con pantalones de franela, y chicas hermosas alrededor de la mesa de té bajo el gran tilo: en el centro el coadjutor sostenía pan y mantequilla, y a media distancia un mayordomo se acercaba con más tazas.

Margaret acercó a sus ojos la fotografía en la que la cara de la chica más cercana a Guy Dawnish había salido borrosa por falta de luz: estaba inclinada de perfil sobre él, que a su vez tenía la cabeza levantada y reía. Ningún sombrero ocultaba este perfil, que destacaba claramente sobre el follaje que había detrás.

—¿Y quién es esa chica tan guapa? —había dicho Margaret, reteniendo la fotografía que él trataba de apartar, y extrañada por el hecho de que era la única, de todo el grupo, a la que no había aludido con su nombre.

—Oh, no es más que Gwendolen Matcher… la conozco de toda la vida… Mira esto: son las casas de beneficencia de Guise. ¿A que son bonitas?

Y después —sin que ella tuviera el valor de preguntar si la chica de la batea también era Gwendolen Matcher— pasaron a las fotografías de sus habitaciones en Oxford, del estudio de un primo

en Londres —uno de los nietos de Lord Askern era «artista»—, de la casa de campo de Gales llena de rosas en la que, a la muerte del viejo conde, se había retirado su nuera, la madre de Guy.

Cada fotografía abría una ventana a la vida que Margaret había intentado imaginar desde que lo había conocido: una vida tan rica, tan romántica, tan *llena* —por decirlo con palabras de la vida diaria— de abolengo histórico y alusiones poéticas, que casi se sentía agobiada por el lejano tufillo que desprendía. Las mismas palabras que utilizaba la fascinaban y apabullaban. Parecía haber nacido con todo tipo de relaciones políticas, históricas y oficiales, que hacían que la situación de los Ransom en Wentworth fuera tan anodina como el estante superior de un armario oscuro. Alguien de la familia era intendente de la Corona… un tío era miembro de la Corporación Real de Faros y Balizas de Trinity House… alguien más era decano de una facultad… algún otro estaba al mando de un buque de la armada en Devonport… El ejército, la Marina, la Cámara de los Comunes, la Cámara de los Lores y los más venerables lugares de aprendizaje aparecían entrelazados en la nutrida trastienda de la conversación ligera e inconsciente de este joven. Porque la inconsciencia era innegable. Margaret ya había conocido a algún visitante transoceánico que citaba nombres importantes y evocaba contactos de postín. Lo poético de la situación de Guy Dawnish residía en el hecho de que ésta, en esencia, formaba parte de circunstancias antiguas y hechos aceptados. Así era la vida en Inglaterra… Por supuesto, en Wenworth (adonde lo habían enviado por influencia de su tío, para realizar prácticas durante dos años en las cercanas centrales eléctricas de Smedden)… en Wentworth, aunque todo fuese «extraordinariamente hermoso», era distinto. El hecho de estar formándose como ingeniero eléctrico —con la esperanza de conseguir un secretariado en la gran Compañía Smedden, en las afueras de Londres— que, en el mejor de los casos, le haría volver a casa para llevar una vida de «rutina» industrial, este hecho, aunque fuese de una monotonía más que sabida, no lo desvinculaba de su pasado familiar brillante y encumbrado, de esa

vida con múltiples facetas en la que parecían reflejarse colectivamente los más resplandecientes episodios de todo el corpus de la novelística inglesa. Claro que tendría que trabajar —los hijos del hijo menor casi siempre tenían que hacerlo— pero su tío Askern (como Wentworth) era «extraordinariamente espléndido», y Guise siempre estaba abierto para él, y este otro tío, el decano, era un tipo muy importante también… yen la ciudad siempre podría «arreglarse» con su inteligente tía, Carolina Duckett, que había tenido un «matrimonio desastroso», y que era muy pobre, pero que conocía a mucha gente estupenda y divertida y siempre había sido especialmente buena con él.

No era —y ni en sus propios pensamientos tenía Margaret que defender su inocencia—, no era lo que Wentworth llamaba el «lado material» de la situación de su amigo lo que la cautivaba. Su austeridad estaba a prueba de tales tentaciones: su entusiasmo pertenecía al reino de la imaginación. Lo que la subyugaba era la inusitada generosidad con la que le ofrecía una inmensa cantidad de tradición de la que Wentworth sólo podía ofrecer una tacita. La asediaba con un millón de Wentworths… como si dijera: «Tengo para elegir todo esto… ¡y en cambio te he escogido a ti!».

Porque esto, se decía a ella misma con un poco de vértigo, era a lo que conducía todo: la conclusión hacia la que sus concienzudos esfuerzos por recordar la habían ido empujando paulatinamente: con todo esto en su poder, Guy Dawnish abandonaba Wentworth con pesar.

—Al principio estuve aquí un poquito solo… ¡pero ahora! —Y otra vez—: Será bonito volver a verlos a todos, claro está… pero hay algunas cosas que uno no abandona tan fácilmente…

Si sólo hubiera conocido Wentworth, habría sido maravilloso el hecho de que la escogiera a ella entre todo lo que había en Wentworth… pero al haber conocido esa otra vida, y al ponerla junto a ella en la balanza… ¡pobre Margaret Ransom, a la que en este momento únicamente parecían pesarle sus años! Ah, y podría producirle a ella, en los nervios y en la mente, y en el pulso poco

ejercitado, un exaltado tumulto de sensaciones, el torrente de una gran oleada de vida, bajo la cual la memoria luchaba en vano por reafirmarse, por particularizar justo las que habían sido sus últimas —sus ultimísimas— palabras…

Cuando la conciencia emergió, temblando, de su asalto retrospectivo, empujó a Margaret Ransom —que se sentía como una mera hoja en un vendaval— hacia el escritorio desde el cual fluía habitualmente su correspondencia inocente y voluminosa. Tenía que escribir una carta ahora… mucho más corta pero más difícil que cualquiera de las que había tenido que redactar.

«Querido señor Dawnish —empezó—, después de telefonearle hace un instante he decidido que no…».

La voz de Maria, en la puerta, anunció que el té estaba servido en la biblioteca:

—¿Se pondrá, supongo, la seda marrón *pa'l* discurso?

En el orden habitual de la existencia de los Ransom, el aseo de la señora se realizaba sin ayuda; y esta sencilla pregunta —a la vez amistosa y respetuosa— le daba a Margaret una idea clara de la importancia de la ocasión. El que debiera responder: «Pero si no voy a ir…», cuando ir formaba parte tan manifiestamente de la solemnidad doméstica que en el piso de abajo hacía revolotear ufanos pensamientos; y que ante dicho entusiasmo ella dijera una palabra que implicara indiferencia o duda… ni hablar, dejando al descubierto la cosa transplantada, desarraigada en la que había estado a punto de convertirse ella; hacer esto era… ¡bueno! infinitamente más duro que realizar la acción alternativa de rasgar la hoja de la carta bajo su incierta pluma.

Sí, dijo, llevaría la seda marrón…

III

Todo el calor y el resplandor proveniente de la mesa larga e iluminada —sobre la cual el humo de muchas comidas todavía flotaba formando una niebla de sabroso olor— parecía elevarse hacia la galería de las señoras, y concentrarse enteramente en las ardientes mejillas de una silueta esbelta que se hallaba Oculta tras el saliente de una columna.

Margaret Ransom nunca consideró que estaba sentada en la sombra. Pensaba que toda la luz de los candelabros daba de lleno en su cara… y en algunos momentos tuvo la impresión de que todas las cabezas que había en torno a la gran herradura de abajo —calvas, desgreñadas, lacias, pajizas o enmarañadas—, tenían un par de ojos adicionales, situados en un ángulo desde el que podían recorrer implacablemente cada centímetro de su cara, tal y como lo hacían las lámparas eléctricas.

El crujir de los programas consultados alborotó el ambiente de la galería durante la pausa que sucedió a un discurso, y el señor Sheff (el tío de la hija de los Brant) se inclinó hacia delante para decir con entusiasmo:

—¡Y ahora vamos a escuchar al señor Ransom!

Desde la mesa se alzó un rumor aún más fuerte, y las cabezas (sin relajar su vigilancia hacia lo que sucedía arriba) parecieron fundirse, fluir juntas como una obsequiosa riada, hacia el extremo superior de la herradura, donde todos los hilos de la conciencia de Margaret Ransom de pronto se transformaron en algo parecido a una pequeña partícula, nada más que eso… una mota negra que subía, flotaba en el aire, se disolvía entre movimientos giratorios, se dilataba, enorme, preponderante… se convertía en la figura de su marido «que hablaba».

—Es el calor… —suspiró Margaret, presionándose los labios blanquecinos con un pañuelo, y reuniendo fuerzas para poder retroceder aún más en la sombra.

Sintió que la tocaban en el brazo.

—Es horrible… ¿nos vamos? —sugirió una voz.

—Sí, sí, vámonos —susurró ella, sintiendo, con gran alivio, que aquello era lo único que se podía hacer, la única solución concebible. Sentarse y escuchar a su marido ahora… ¿cómo llegó a pensar que podría soportarlo? Por suerte, ante el persistente alboroto de abajo, las palabras iniciales de su marido resultaron inaudibles, y ella sólo tuvo que exponerse al fuego cruzado de las comprensivas miradas femeninas, esgrimidas a sus espaldas entre abanicos y programas agitados, mientras, guiada por Guy Dawnish, se las arreglaba para alcanzar la puerta. Hacía tanto calor que ni siquiera el señor Sheff se sorprendió demasiado… hasta mucho después…

La escalera de caracol estaba desierta, medio a oscuras y en completo silencio. Abajo, en la sala de reunión del comité, Dawnish encontró la inevitable jarra de agua, y le llenó un vaso, mientras ella se reclinaba hacia atrás. Tan sólo tenía enfrente a un rector ceñudo en un marco muy blasonado. La severa mirada académica cayó sobre ella como un anatema cuando pudo levantarse y seguir a su compañero fuera del edificio.

Hamblin Hall se erige al final de un «Campus» verde y extenso, con su séxtuple hilera de olmos: el orgullo y la singularidad de Wentworth. Elevándose sobre la cúpula de la biblioteca universitaria —situada frente a un extremo de la olmeda—, la luna pálida de primavera difundía por el cielo una suavidad perlada, y tornaba en amarillo dorado las luces de las ventanas de la facultad. Frente a este débil resplandor, la bóveda de la biblioteca adquiría una gracia bramantina, la torre blanca de la iglesia congregacional se transformaba en un campanario coronado por un espíritu alado, y los escasos pórticos de los salones más viejos en columnatas de templos clásicos.

—Esto es mejor… —dijo Dawnish, mientras descendían los escalones y pasaban bajo la sombra de los olmos.

Avanzaron un corto trecho en silencio, antes de que él volviera a hablar.

—Estás cansada de andar. Vamos a sentarnos unos minutos.

A decir verdad, ella sentía los pies pesados como el plomo y, no lejos de allí, un conjunto de bancos del parque, dispuestos en torno al pedestal de un patriota de bronce, invitaban a sentarse. Pero Dawnish la condujo por un sendero lateral que, en medio de matorrales, llevaba hacia una explanada herbosa entre dos edificios.

—Hará más fresco junto al río —dijo él, mientras seguía andando sin esperar una posible respuesta. No hubo ninguna: a ella, por el momento, le resultaba más fácil dejarse llevar sin hacer ningún ademán que manifestara cualquier tipo de resistencia convencional por su parte. Y además no había nada malo en esto: lo malo hubiera sido quedarse allí sentados, en plena luz, fingiendo escuchar a su marido, una mujer abnegada entre las de su clase…

Como ambos sabían, el sendero descendía hasta el escogido e inimitable lugar que era Wentworth: ese fugitivo meandro del río donde, antes de precipitarse en las enormes corrientes que bañaban las horribles industrias de South Wentworth y Smedden, simulaba durante varios centenares de metros el lento curso de un riachuelo de una universidad antigua, con sauces en las orillas y una franja de césped que se extendía desde el terreno de Hamblin Hall hasta los cobertizos de los botes en la curva más lejana. Aquí también había bancos bajo los sauces, y se estaba tan cerca del río que, al discurrir éste, su susurro suavizaba y llenaba el silencio reverberante que había entre Margaret y su acompañante, y la hacía sentir que sabía por qué la había traído hasta allí.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó delicadamente, mientras se sentaba junto a ella.

—Oh, sí. Sólo necesitaba que me diera un poco el aire.

—Me alegro de que hayas venido. Los discursos eran muy interesantes, por supuesto… pero prefiero esto. ¡Qué noche más hermosa!

—Sí.

Hubo una pausa que ahora, después de todo, la aliviadora compañía del río parecía poder llenar a duras penas.

—Me gustaría saber qué hora es. Debería irme a casa —dijo, por fin, Margaret.

—Oh, no es tarde. Van a estar allí varias horas… todavía.

Ella emitió un débil sonido inarticulado. Quería decir: «No… el discurso de Robert va a ser el último…», pero no alcanzó a pronunciar el nombre de Ransom, y en ese momento no se le ocurrió otra forma de refutar las palabras de su compañero.

El joven se reclinó hacia atrás voluptuosamente, tranquilizado por el mutismo de ella.

—Sabes, es mi última oportunidad… y quiero aprovecharla al máximo.

—¿Tu última oportunidad?

¡Qué tonta era por repetir sus palabras con ese tonillo de interrogación! Le había dado la iniciativa igual que lo habría hecho la chica Brant.

—Para estar contigo… así. No he tenido tantas. Y queda menos de una semana.

Ella trató de reírse.

—Quizá parezca que es más tiempo si dices cinco días.

¡Qué sosa había sido otra vez! Y sabía que algunas personas decían de ella que era inteligente. Afortunadamente, él no pareció notarlo; pero su propia risa siguió resonando en sus oídos: ¡el trino coqueto de la madurez! Decidió que si él volvía a hablar —si decía algo—, ella no haría más esfuerzos por escabullirse: lo abordaría directamente, seriamente, sinceramente… no sería desleal dos veces.

—Además —continuó él, poniendo su brazo sobre el respaldo del banco, y girándose hacia ella de tal modo que su cara parecía un oscuro bajorrelieve con borde de plata—, además, hay que algo que quiero decirte desde hace tiempo.

El sonido que llegaba desde el río pareció cesar por completo: el mundo entero se quedó en silencio.

Margaret había confiado demasiado en su inspiración. Otra vez se quedó sin nada que decir, sin nada más inteligente que repetir, en el

mismo tono estúpido de interrogación:

—¿Que decirme…?

—Sólo a ti.

Él era quien parecía tener ahora las limitaciones y las dificultades: ella lo adivinó por el cambio que advirtió en su actitud —él normalmente era capaz de mantenerse en esa elegante posición de inmovilidad durante un tiempo— y por sus palabras atropelladas, que hicieron que la voz de ella también vibrara en su propia garganta.

—Has sido tan buena conmigo —empezó de nuevo—. No es culpa mía si me has hecho pensar que lo comprenderías todo… que me lo permitirías todo… ver como un hombre debería haber aguantado, y luchar contra algo… mientras tuviera fuerza… Puede que ésta sea mi única oportunidad, y no puedo marcharme sin decírtelo.

Se había girado de espaldas a ella, y miraba al río, así que su perfil se recortaba contra la luz de la luna en todo su hermoso y joven abatimiento.

Hubo una breve pausa, como si esperase a que ella hablara; entonces ella se inclinó hacia delante y puso su mano en la de él.

—Si de verdad lo hubiera sido… aun en el caso de que hubiera hecho por ti la mínima parte de lo que dices… de lo que piensas que he hecho… ¿harías por mí, ahora, una cosa a cambio?

Estaba quieto, como si temiera espantar el tacto tímido que notaba en la mano, y ella lo dejó ahí, consciente de que su gesto era sólo una parte del solemne ritual de su despedida.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él en voz baja.

—¡Que no me lo digas! —suspiró ella, con un profundo tono de súplica.

—¿Que no te lo diga?

—Nada… nada… que sólo dejemos nuestra… nuestra amistad… como ha sido… como… como un pintor si un amigo le pidiera que dejase una pintura… sin terminar… tal vez… pero que así quedaría mucho más bella…

Ella sintió que la mano que había bajo la suya se deslizaba, volvía a su sitio y luego a buscar otra vez la de ella, que se había retirado en ese mismo instante… sintió que él empezaba a revolverse como si lo hubieran cogido y girado por los hombros.

—¿Tú… tú…? —tartamudeó él, poniendo una voz extraña, asustada y tierna; pero ella lo atajó rápidamente. Estaba tan preocupada por su decisión inexorable que no era muy consciente del efecto que podrían producir sus palabras.

—¿No lo ves? —se apresuró a decir ella—. ¿No ves que es mucho mejor así…? Sí, ¡quiero dejarlo así!… ¿Cuánto mejor es dejarlo todo intacto… como si… igual que ha surgido… sin intentar decir: «es esto o lo otro»…? Después de todo, será lo que nosotros queramos llamarlo, ¿no te parece? No intentemos buscarle un nombre que… en el que nos pongamos de acuerdo… probablemente no lo encontraremos —rió bruscamente—. ¡Y los fantasmas se desvanecen cuando alguien los nombra! —terminó, con la voz quebrada.

Cuando dejó de hablar, su corazón latía con tanta fuerza que los oídos le retumbaban con un ruido parecido al que hace un río después de llover, y a continuación no percibió lo que él respondía. Pero al recuperar la lucidez se dijo a sí misma que, dijera lo que dijera, no debía oírlo. Y empezó a hablar otra vez —medio en broma medio en serio— con unas súplicas y unos argumentos más ingenuos y elocuentes de lo que nunca se hubiera imaginado capaz. Y luego, de repente, sintió como si unas manos estranguladoras ascendieran desde su corazón a su garganta, y tuvo que parar.

Su compañero permanecía inmóvil. No había intentado retomar su mano, y sus ojos no estaban puestos en los de ella, sino en el río. Pero para ella su cercanía se había convertido en algo exquisito, formidable: algo que ella nunca hubiera imaginado antes. Un arrebato de culpa la sacudió: vagas reminiscencias de novelas francesas y argumentos de ópera. Esto era lo que sentían esas mujeres, luego… esto era «la vergüenza»… Algunas frases del periódico y del púlpito bailaban ante ella… No se atrevía a hablar, y

el silencio de él empezaba a asustarla. ¿Habría latido algún corazón tan rápido en Wentworth?

Finalmente, él se dio la vuelta y, tomando las manos de ella sobriamente, las besó una tras otra.

—Nunca lo olvidaré… —dijo él con voz no muy clara, distinta de la habitual.

Tras recuperar las fuerzas, ella pudo levantarse y hasta poner sus ojos en los de él un momento.

—Gracias —dijo ella, también sobriamente.

Ella se giró, se apartó del banco y retomó el sendero que llevaba de vuelta a los edificios de la Universidad, y él caminó junto a ella en silencio. Cuando alcanzaron el paseo de los olmos, éste estaba poblado por grupos dispersos. Los «discursos» habían terminado, y Hamblin Hall había volcado a su público fuera, a la luz de la luna. Margaret sintió una ráfaga de alivio, seguida por una ola contraria de arrepentimiento. Tenía la sensación peculiar de que su hora… su única hora… se había acabado.

Uno de los grupos que estaba justo delante se dispersó al acercarse ellos, y proyectó el sólido volumen de Ransom contra la luz de la luna.

—Mi marido —dijo ella, acelerando el paso; y nunca olvidaría la visión de su espalda (pesada, de hombros caídos, y aun así un poco pomposa), en un abrigo desfavorecedor que sobresalía por atrás y tapaba el cuello de su camisa. Nunca antes se había fijado en cómo vestía.

IV

Se encontraron otra vez, inevitablemente, antes de que Dawnish se marchara; pero lo que ella temía no sucedió: él no intentó que se vieran a solas.

Incluso le pareció haber visto con claridad, al volver a pensarlo, que él había intentado evitarlo deliberadamente, y esto no le pareció más que una prueba adicional de que lo había «entendido», de la estrecha e indefinible comunión que los situaba a solas en un mundo vacío, como en una cumbre sobre las nubes.

Los cinco días pasaron en un instante; y la llegada del último le trajo a Margaret Ransom una hora de debilidad, de profunda perturbación. Fue cuando las viejas barreras se desmoronaron, las viejas convicciones se desvanecieron: cuando estar con él a solas un momento se convirtió, después de todo, en lo que más deseaba su corazón. Sabía que esa tarde él vendría a decirle «adiós»… y también que Ransom estaría fuera, en South Wentworth. Esperó a solas en su salón pequeño y claro, con sus pocos kakemonos, con una o dos reproducciones pálidas y frías de temas de la antigüedad, con sus sillas resbaladizas estilo Chippendale. Finalmente sonó la campana, y su mundo se volvió una nube rosada y borrosa a través del cual pudo discernir en ese momento la silueta austera de la señora Sperry, esposa del catedrático de paleontología, que había venido a hablar con ella del programa del Club del Pensamiento Superior para el próximo invierno. Debatieron el asunto durante una hora y, cuando la señora Sperry se marchó, Margaret tenía una impresión, algo confusa, de que el curso iba a versar sobre la influencia de la Primera Cruzada en el desarrollo de la arquitectura europea… aunque el lado más sensible de su ser sólo estaba pendiente de que Dawnish aún no había venido.

Él «se dejó caer», como él mismo habría dicho, después de cenar… después de haber encontrado, al parecer, a Ransom por la mañana temprano, y al enterarse de que éste se ausentaría hasta la noche. Margaret estaba en el estudio con su marido cuando la puerta se abrió y Dawnish se quedó allí, de pie. Ransom —que no había tenido tiempo de vestirse— estaba sentado en su escritorio, con una pila de libros de derecho manoseados junto a su codo, y bajo la luz de una lámpara colgante que caía sobre su barba crecida y canosa, su frente cetrina y sus ojos con lentes. Alzándose por

encima de las sombras de la habitación más de lo que era habitual en él, y con un aire más refinado que de costumbre debido a una extraña palidez, se detuvo un momento en el umbral. Después entró dando muchas explicaciones —riendo, aceptando un puro, dejando que Ransom le acercase un sillón—, un Dawnish irreconocible, preocupado e incómodo, hablador y, en cierto modo, más maduro, más misteriosamente dueño de sí mismo.

Margaret retrocedió, sentándose en la sombra, de tal forma que veía la cabeza de su marido primero y, más allá de ésta, la del visitante, tranquila frente a la oscuridad de los anaqueles de los libros. El corazón de ella latía despacio… no sentía ninguna pulsación en el cuello o en las sienes: toda su vida parecía concentrada en su mano que ella había dejado en la rodilla, la mano que él estrecharía cuando se dijeran adiós.

Más tarde su corazón registró todos los cambios posibles, y hubo un momento en que se reprochó a sí misma su cobardía por haber dejado escapar deliberadamente el único momento que había pasado con él, el momento en que ella podría haber sondeado las profundidades de la vida, de la alegría o de la angustia. Pero esos estados de ánimo eran fugaces e infrecuentes. En las horas de más calma se sonrojaba por ello; hasta temblaba pensando que él habría adivinado su arrepentimiento. Se sentía culpable de una falta de refinamiento que él sí habría tenido, debido a su juventud o a su poder, un sentido más sutil, más seguro del peligro que podría suponer un roce burdo: habría manejado la cosa con mucha más delicadeza.

Al principio sus días eran puro fuego y las noches largas y adustas vigilias. Sus pensamientos ya no estaban envilecidos y desfigurados por ninguna noción de «culpa», de deslealtad mental. Ahora se avergonzaba de su vergüenza. Lo que había ocurrido quedaba tan fuera de la esfera de su matrimonio como lo podía estar un acontecimiento en una estrella. Lo único que le había dado

era una vida secreta de alegrías inconfesables, como si todas las primaveras malgastadas de su juventud se hubieran depositado en un estanque escondido, a donde ella pudiera volver ahora y bañarse en él.

Después de eso vino una fase de soledad, a través de la cual la vida en torno a ella acechaba fantasmal y remota. Pensaba que los muertos debían sentirse así, repitiendo los gestos inútiles de los vivos junto a alguna orilla de la laguna Estigia. ¿Habría vivido alguna otra mujer a la que nunca hubiera sucedido nada?, se preguntaba. Y entonces llegó su primera carta…

Era una carta encantadora: una carta perfecta. El pequeño rastro de torpeza y rigidez bajo su espontaneidad de muchacho le dijo más que páginas enteras de elocuencia. Hablaba de su amistad: de los buenos días que habían pasado juntos… Arriesgándose a entrar mientras ella leía, Ransom se fijó en los sellos extranjeros; y ella fue capaz de darle la carta, diciendo alegremente: «Hay un mensaje para ti», y todo el tiempo era consciente de que el mensaje que estaba destinado a ella estaba a buen recaudo en su propio corazón.

La fisonomía de los acontecimientos se volvía confusa los días en que llegaban las cartas, y después nunca podía recordar lo que había hecho o cómo había llevado a cabo las tareas cotidianas. Siempre se sorprendía cuando encontraba la cena en la mesa, como de costumbre, y a Ransom sentado frente a ella, hojeando el periódico de la tarde.

Pero aunque Dawnish seguía escribiendo, fiel a la costumbre inglesa de de los deberes superficiales de la amistad, sus misivas sólo llegaban a intervalos semanales y, entre una y otra, ella tenía tiempo de recuperarse, de recobrar algún tipo de contacto normal con la vida. Y lo habitual, lo rutinario, gradualmente la iba reclamando de nuevo. La red de la costumbre volvió a estrecharse: su vida diaria se convirtió en la sola realidad, y el único momento en que había escapado de ésta se convirtió en un dulce espejismo. No es que hubiera dejado de creer en el milagro que le había ocurrido: todavía guardaba como un tesoro el momento en que estuvo junto

al río. ¿Qué razón había para dudarlo? Podía oír el tono de sinceridad en la voz del joven Dawnish: «No es culpa mía si me has hecho sentir que lo entendías todo…». ¡No! Ella creía en aquel milagro, y la creencia endulzaba e iluminaba su vida; pero se dio cuenta de que aquello, que para ella suponía una transformación absoluta de su vida, podía haber sido, para su compañero, una muestra pasajera de gratitud, de compañerismo infantil alentado por el dolor de la despedida. Había llegado incluso a decirse que era «mejor así»: considerar la escena de esta manera le impedía vivirlo con los sentimientos alternativos del remordimiento y de haber hecho el ridículo, y la embalsamaba en una inmortalidad pálida a la que podía peregrinar en secreto sin que tuviera que reprocharse nada.

Durante mucho tiempo no había sido capaz de pasar junto al banco que estaba bajo los sauces; incluso evitaba caminar por el paseo de los olmos hasta que el otoño hubo desnudado las ramas. Pero ahora, cada día, sentía que daba un paso más en el camino hacia su recuperación; y al final llegó el día en que, andando por la orilla del río, se dijo al acercarse al banco: «No era capaz de pasar por aquí sin pensar en él. ¡Y ahora ni me acuerdo!».

Esto le pareció una prueba tan convincente de su recuperación que, al volver la primavera, empezó a permitirse, de vez en cuando, pasar un rato tranquilo en el banco: una hora ardiente de la que volvía reforzada a su tarea.

No había tenido noticias de su amigo durante seis semanas o más; los intervalos entre las cartas iban espaciándose. Pero esto también era «mejor», y no estaba nerviosa, porque sabía que él había conseguido el puesto para el que se había preparado, y que su vida activa en Londres había empezado. Este pensamiento le recordó, un templado día de marzo, que al salir de casa había echado en su bolso una carta de una amiga de Wentworth que se encontraba de vacaciones en el extranjero. El sobre llevaba matasellos de Londres, algo que mostraba que la señora iba de camino a casa. Margaret se sentó en su banco y, tras sacar la carta, empezó a leerla.

El Londres que describía era el de las tiendas y los museos, lo más alejado posible de los escenarios donde discurría la existencia de Guy Dawnish. Pero, de repente, los ojos de Margaret se posaron en el nombre de éste, y la página empezó a temblar en sus manos.

«Ayer oí algo muy gracioso sobre tu amigo el señor Dawnish. Fuimos a tomar té a la casa del catedrático Bunce (me gustaría que conocieras a los Bunce: su ambiente es tan "estimulante"), y allí conocí a la tal señora Bruce-Pringle que vino el año pasado a estudiar un curso de histología en el edificio anexo. Por supuesto, preguntó por ti y por el señor Ransom, y después me dijo que acababa de ver a la tía del señor Dawnish —la mujer inteligente de la que él siempre hablaba, Lady Caroline no sé qué—, y que toda su familia estaba muy enfadada con él. ¿Sabías que estaba prometido cuando fue a América? Nunca nos lo dijo. Su tía me comentó que no era un noviazgo en firme, sino un acuerdo con una chica de la que siempre había estado enamorado, y que vive cerca de ellos en Wiltshire; y ambas familias esperaban que la boda se celebraría en cuanto regresara. Parece ser que la chica es una heredera (ya sabes lo *bajos* que son los ideales de los ingleses en comparación con los nuestros), y la señora Bruce-Pringle dijo que los parientes del joven estaban encantados de que éste "se hubiera colocado", como ella dijo. Bueno, cuando Guy volvió, le pidió a la chica que lo liberase del compromiso. Ella y su familia se enfadaron mucho, y también la familia de él. Pero él va y dice que mantiene lo dicho, que no se va a casar y que no va a dar ninguna explicación, salvo que tiene "un apego no correspondido" hacia otra persona. ¿Has oído algo más raro? Su tía, que todavía está muy alterada por el asunto, dice que todo ha tenido que pasar en Wentworth, porque no fue a ningún otro sitio en América. ¿Crees que pudo haber sido con la chica Brant? Pero ¿por qué dice "no correspondido", si todo el mundo sabe que ella se habría lanzado a por él?».

Margaret dobló la carta y miró al río. No era el mismo río, sino una corriente mística tocada por la luz de la luna. Los sauces sin hojas tejían un velo de follaje sobre su cabeza, y sintió a su lado la cercanía de ternura juvenil y turbulenta. Todo había pasado ahí mismo, en ese mismo asiento junto al río: le había venido a ella, había pasado a su lado, y ella no había sacado una mano para detenerlo…

¡Bueno! Al abstenerse, ¿no había sido más íntima e inolvidablemente suyo aquel momento? Pudo pensar esto mientras consideraba la escena había sido para él un mero y pasajero efecto de la proximidad; pero ahora que sabía que había alterado el curso entero de la vida de él, ahora que se hacía tangible y real, creaba una existencia aparte, fuera de su propia y atribulada consciencia… ahora parecía casi cobarde el hecho de haber perdido su parte del pastel.

Caminó hacia casa en una ensoñación. De vez en cuando, al cruzarse con un conocido, se preguntaba si el dolor y la gloria se percibirían en su cara. Pero la señora Sperry, que se paró ante ella en la esquina de Maverick Street para decirle algo de la próxima reunión del Club del Pensamiento Superior, no notó en ella ningún cambio.

Cuando llegó a casa, Ransom todavía no había vuelto de la oficina, y ella fue directa a la biblioteca a ordenarle el escritorio. Era parte de su deber diario poner orden en el caos de sus papeles, y últimamente se había agarrado a estas tareas ínfimas y rutinarias como alguien que, cayendo por un precipicio, intentara asirse a los débiles arbustos de las grietas.

Cuando hubo ordenado todas las cartas cogió unos folletos y unos periódicos, y los hojeó para ver si debía conservarlos. Entre los papeles había una página rasgada de un ejemplar del *London Times* del mes anterior. Deslizó los ojos por las columnas y de repente hubo un párrafo que explotó.

«Nos ha sido solicitado que hagamos público que la boda entre el señor Guy Dawnish, hijo del difunto y excelentísimo coronel Roderick Dawnish, de Malby, Wilts con Gwendolen, hija del caballero Samuel Matcher, de Armigham Towers, Wilts, finalmente no se celebrará».

Margaret dejó caer el papel y se sentó, ocultando su cara con el reposa manos manchado del escritorio. Recordaba la fotografía de la pista de tenis en Guise; se acordaba de la chica hermosa a la que Guy Dawnish miraba, riendo. Una racha de lágrimas la sacudió, inundando aquella superficie seca, de sentimientos convencionales, empozados desde profundidades insospechadas. Lo sentía mucho —muchísimo, y aun así se alegraba—, y se sentía inefable, impenitentemente alegre.

V

Y llegó la reacción que la llevó a escribirle. Hasta redactó el borrador de una carta en tono fraternal, casi maternal, de recriminación, en el que le recordaba que «todavía tenía toda su vida ante él». Pero pensó que, después de todo, era algo que también le pasaba a ella; y eso parecía debilitar su razonamiento.

Al final decidió no enviar la carta. Él nunca le había hablado de su compromiso con Gwendolen Matcher, y sus cartas no contenían alusión alguna a ninguna desdicha sentimental en su vida. Para edificar toda una teoría sobre el caso, sólo tenía las pocas palabras rotas de él aquella noche junto al río. Pero iluminada por las palabras «apego no correspondido» la teoría cobraba fuerza, única e inamovible, como un faro gracias al cual los viajeros se orientasen en su camino. Había sido amada… profundamente amada. Pero él había preferido que ella lo supiera antes por su silencio que por sus palabras. Él había entendido que sólo en esos términos podrían continuar su comunión trascendente: que tenía que perderla para

conservarla. Romper ese silencio sería como derramar una copa de agua en un arenal baldío. No habría quedado nada para saciar la sed de ella.

Su vida, desde entonces, estaba sumergida en una belleza serena. Los días transcurrían como un río bajo la luna; cada onda atrapaba el resplandor y la transmitía a la siguiente. Empezó a tomarse un interés reavivado en su círculo familiar de deberes. Las tareas que le habían parecido anodinas y aburridas tenían ahora una cierta bondad en su sacrificio, un significado simbólico en el que sólo ella estaba iniciada. Había sido incansable, había querido viajar; ahora sentía que nunca más tendría ganas de salir de Wentworth. Pero si su deseo de conocer mundo había desaparecido, viajaba en espíritu realizando peregrinaciones invisibles a través de su amigo. Se arrepentía de que en su único y breve viaje a Inglaterra hubiera visto tan poco de Londres, de que su contacto con el paisaje se hubiera realizado principalmente a través de las ventanas del vagón de un tren. Se sumergió en los estudios de arquitectura del Club del Pensamiento Superior, y destacó, en los encuentros de primavera, por su influencia, su capacidad, su inagotable curiosidad en el tema del desarrollo del gótico inglés. Saqueaba los anaqueles de la biblioteca universitaria, pedía prestadas fotografías de las catedrales, estudiaba minuciosamente los pliegos del infolio *The Seats of Noblemen and Gentlemen*. Era como una princesa desterrada que descubre que ha heredado un dominio en su propio país, y que sabe que nunca lo verá, pero que aun así siente, dondequiera que camina, que pisa esas tierras con sus pies.

Estaban a mitad de mayo, y el Club del Pensamiento Superior iba a realizar su último encuentro antes de las festividades de la universidad que, a principios de junio, interrumpían agradablemente la rutina social de Wentworth. El encuentro tendría lugar en el salón de Margaret Ransom, y el día antes estaba arriba sentada preparando sus dobles deberes de anfitriona y oradora, pues había sido invitada a leer el trabajo final del curso. Con el fin de resumir con precisión sus conclusiones en el tema del gótico inglés, había

estado releyendo un análisis de los rasgos estructurales de las principales catedrales inglesas; y se repetía por lo bajo la frase: «Los arcos longitudinales de Lincoln tienen una forma casi elíptica», cuando oyó un golpe en la puerta, y la voz de Maria que anunciaba:

—Hay una señora abajo en la sala.

El alma de Margaret cayó desde las alturas de las bóvedas sombrías al bajo nivel de una visita vespertina en Wentworth.

—¿Una señora? ¿No te dijo su nombre?

Maria estaba confusa.

—Sólo dijo que era una señora… —y en respuesta a la mirada de agradable sorpresa de su ama, dijo—: Bueno, señora, me dijo eso mismo tres o cuatro veces.

Margaret dejó su libro abierto por la descripción de Lincoln, y bajó lentamente las escaleras. Al hacerlo, se repetía a sí misma: «Los arcos longitudinales son elípticos».

En el umbral de abajo tuvo la extraña impresión de que su austero e inanimado salón desbordaba vida y ruido: una impresión producida, como acababa de percibir, por la decidida carrerilla —fue casi un salto— de una pequeña silueta que recorría incansablemente la longitud del salón.

La silueta se detuvo a un metro de Margaret, y la señora —una desconocida— retrocedió lo suficiente como para producir en su anfitriona una clara impresión de su piel amarillenta, su delgadez y su ahínco, antes de que dijera, con una voz que podría dirigirse a una indisciplinada reunión del comité:

—Soy Lady Caroline Duckett: algo que me resultó imposible de aclarar a la muchacha que me dejó entrar.

Una oleada caliente subió desde el corazón de Margaret a su cuello y su frente. Extendió las dos manos impulsivamente.

—Oh, qué alegría… No tenía ni idea…

Su voz se hundió bajo el estricto escrutinio de su visitante.

—No me sorprende —dijo esta última, secamente—. ¿Tampoco dijo que el motivo de mi visita era ver a la señora Ransom?, ¿o me equivoco?

—Oh, sí… ¿por qué no se sienta? —Margaret le acercó una silla. Ella se sentó un poco alejada, con el corazón y la mente zumbando con un confuso intercambio de señales. Esta mujer morena y cortante era la tía de Guy: la «tía inteligente» que había tenido una vida tan dura, pero que siempre se las había arreglado para salir a flote. Margaret recordaba que Guy hablaba de ella con cariño; quizá le parecería más cariñosa después de charlar un rato. Mientras tanto, la primera impresión que daba era de desproporción entre su arrogancia y lo poca cosa que era. Con su físico menudo y plano, su vestido raído y extravagante, era tan desmañada como la esposa de cualquier catedrático de Wentworth; pero su desmaño (Margaret tomó prestada una analogía literaria para definirlo), su desmaño era, en cierto modo, «de medias tintas». Como el insignificante emisario de un gran poder, debía ser juzgada más por sus credenciales que por su persona.

Mientras Margaret procesaba estas impresiones, Lady Caroline, con movimientos rápidos de cabeza, como de pájaro, hacía lo propio con los pálidos y austeros espacios del salón. Sus ojos, separados por una nariz aguda y en forma de pico, parecían estar tan alejados como para poder ver desde distintos ángulos; pero de pronto los concentró en Margaret.

—¿Ésta *es* la casa de la señora Ransom? —preguntó, haciendo hincapié en el verbo que transmitía expectativas no satisfechas.

Margaret asintió.

—Porque las casas americanas de ustedes, especialmente las de los pueblos de provincias, se parecen todas tanto, que pensaba que me había equivocado, y como tengo tan poco tiempo… de hecho, el miércoles me embarco…

Hizo una pausa lo suficientemente larga para dejar que Margaret dijera:

—No tenía la más mínima idea de que estaba en nuestro país.

Lady Caroline no hizo el menor intento de contestar.

—Y mucho de él —continuó su frase— lo he desperdiciado hablando con gente a la que no tenía ningunas ganas de ver, así que

perdóneme si voy directa al grano.

Margaret sintió una repentina tensión en su corazón.

—Por supuesto —dijo, mientras una voz en su interior gritaba: «Él ha muerto… Ha dejado un mensaje para mí».

Hubo otra pausa; después Lady Caroline siguió, cada vez más áspera:

—Así que… en pocas palabras… si pudiera ver a la señora Ransom ahora mismo…

Margaret levantó la vista, sorprendida.

—Yo soy la señora Ransom —dijo.

La otra la miró fijamente un instante, con la misma expresión de prudente incredulidad que había caracterizado su inspección del salón. Entonces se iluminó.

—Oh, le ruego que me disculpe. Debía haber dicho que quería ver a la esposa del señor Robert Ransom, no a la señora Ransom. Pero tengo entendido que en los Estados Unidos no hacen esas distinciones —se detuvo un momento, y después continuó, antes de que Margaret pudiera contestar—. Después de todo, quizá sea lo mismo si, en su lugar, la veo a usted, ya que, evidentemente, usted forma parte del hogar… ¿su hijo y su mujer, supongo, viven con usted? Sí, entonces, a fin de cuentas, es mejor… Le hablaré a usted con toda sinceridad —hablaba como si, por regla general, las circunstancias impidieran que diese rienda suelta a sus impulsos—. Y la sinceridad, por supuesto, es la única forma para salir de esto… esta complicación tan agotadora. ¿Usted sabe, supongo, que mi sobrino está enamorado de su nuera?

Margaret hizo un ademán, pero su visitante continuó sin darse cuenta.

—Oh, por favor, no se piense que finjo tener una moral muy estricta… aunque su madre sí la tiene, ¡pobrecita! Me imagino perfectamente que en un lugar como éste —he estado dando vueltas por aquí dos horas— un joven de la edad de Guy tendría que buscarse algún tipo de distracción, y él no es de los que se meten en cosas censurables. Oh, nosotros solemos aprobar lo que hace… le

habríamos consentido todo el asunto, si no hubiera terminado de un modo tan ridículo, rechazando a la chica con la que se había prometido, y estropeando un acuerdo que afectaba a tanta gente, además de a él. Entiendo que en los Estados Unidos es distinto: los jóvenes sólo se preocupan de ellos mismos. En Inglaterra —en nuestra clase social, quiero decir— es muy importante que un joven se case con un buen partido; y en el caso de Guy puedo decir que a su madre y a sus hermanas (no me incluiré yo, aunque debería hacerlo) las ha dejado, sencillamente, en la estacada —arrojadas por la borda— por su absurdo capricho. Puede entender lo grave que es si le digo que eso y nada más que eso es lo que me ha hecho venir a América. Y mi primera intención era ver directamente a su nuera, ya que su influencia es lo único con lo que podemos contar de momento, y explicárselo claramente, como lo estoy haciendo con usted. Pero, finalmente, me atrevería a decir que es mejor haberla visto antes a usted: usted me da la idea de la actitud que debo adoptar con ella. ¡Estoy dispuesta a encomendarme a su clemencia!

Margaret se levantó de la silla, firme en apariencia y en comparación con el temblor que sentía por dentro.

—No lo entiende usted… —dijo.

Lady Caroline ignorando la interrupción.

—Oh, ¡pero claro que lo entiendo… perfectamente! No estoy juzgando a su nuera. Guy nos ha dejado muy claro que su apego es… que, en pocas palabras, no ha sido correspondido. Pero ¿no ve usted que eso es lo peor de todo? Tendríamos muchas más esperanzas de que se recuperase si la esposa de Robert Ransom hubiera… hubiera…

La voz de Margaret se quebró en un grito.

—Yo soy la esposa de Robert Ransom —dijo.

Si hasta ahora Lady Caroline Duckett había dado a su anfitriona la impresión de ser una persona a la que difícilmente se podía callar, este hecho se añadió perceptiblemente al efecto producido por el profundo silencio en el que ahora estaba sumida.

Estaba sentada y quieta, con sus manos adornadas con grandes brazaletes cogidas alrededor de la boa de piel fina que había desenrollado de su cuello al entrar, con el velo negro y raído subido hasta el borde de un fleco de dudosa autenticidad, sus labios estrechos y abiertos en un grito sofocado que parecía afilarse en los extremos de sus dientes. Tan inconsolable e indefenso era su silencio que Margaret empezó a sentir un poco de pena por debajo de su indignación: un deseo, al menos, de facilitarle las excusas con las que debía terminar toda aquella desastrosa conversación. Pero cuando Lady Caroline reunió fuerzas para hablar no las utilizó para disculparse.

—No puede ser usted —dijo, sencillamente.

—¿Que no puedo? —tartamudeó Margaret, con las mejillas encendidas.

—Quiero decir que tiene que haber un error. ¿No habrá en este pueblo dos señoras de Robert Ransom? La organización de las familias es tan liosa aquí —tuvo un último destello de inteligencia—. ¡Oh, ya veo! ¡Claro, tenía que había preguntado por la señora de Robert Ransom «Júnior»!

La ocurrencia la hizo ponerse en pie con una rapidez que delataba su impaciencia por recuperar el tiempo perdido.

—En Wentworth no hay ninguna otra señora de Robert Ransom —dijo Margaret.

—¿Ninguna otra… ningún «Júnior»? ¿Está usted segura? —Lady Caroline se dejó caer en su asiento otra vez—. Entonces no lo entiendo —murmuró, impotente.

El rubor de Margaret se había pasado a su frente, donde sentía los latidos. Se quedó de pie, mientras su extraña visitante seguía mirándola fijamente con una turbación en la que no había conciencia de haber cometido ninguna indiscreción.

—No lo entiendo, sencillamente —repitió.

De pronto dio un respingo, y moviéndose hacia Margaret puso una mano cariñosamente en su brazo.

—Pero, querida, tú nos puedes ayudar igualmente; nos puedes ayudar a encontrar quién es… y lo vas a hacer, ¿verdad? Porque, como no eres tú, lo que he estado diciendo no te molesta lo más mínimo…

Quitándose de encima la mano de su visita, Margaret retrocedió un paso; pero Lady Carolina enseguida se le acercó otra vez.

—Claro, puedo ver que si hubiese sido usted, se habría molestado: diría que expuse el caso estúpidamente… pero estoy tan desconcertada por lo que acaba de suceder… por que la usara a usted todo este tiempo como pretexto… que de verdad no sé qué debo hacer para aclarar el misterio…

Sujetaba de nuevo a Margaret con fuerza, pero ésta se zafó de ella con un gesto aún más decidido.

—Me temo que yo no puedo aclarárselo —dijo; pero otra vez Lady Carolina la agarró.

—Oh, pero, ¡entiéndame, por favor! Le reprocho duramente a Guy que utilizara su nombre… ¡cuando todos sabemos que usted ha sido tan sumamente amable con él! No puedo decir una sola palabra para defenderlo… pero, claro está, ya que no es usted, lo importante ahora es saber quién es esa mujer.

La pregunta resonó con fuerza, como si las pálidas esquinas puritanas de la habitación la devolvieran haciendo estremecerse a quien la había formulado. En el silencio que siguió Margaret sintió que la sangre volvía a su corazón; entonces dijo, con voz clara y desapasionada:

—No sé nada de la historia del señor Dawnish.

Lady Caroline la miró fijamente y reprimió un grito. Su mano distraída buscó a tientas su boa y empezó a agitarla mecánicamente alrededor de su largo cuello.

—Sería de gran ayuda para nosotros… y para la pobre Gwendolen Matcher —insistió, suplicando—. Y le haría un gran favor al propio Guy.

Margaret permanecía quieta y en silencio mientras su visitante se ponía el guante gastado que se había quitado para poder ajustarse

el velo. Lady Caroline le dio al velo un último tirón.

—He hecho un viaje larguísimo —dijo—, y puesto que no es usted, no entiendo por qué no va a ayudarme…

Cuando la puerta se cerró tras su visitante, Margaret Ransom subió lentamente por las escaleras a su habitación. Mientras arrastraba un pie tras otro, recordó cómo había saltado de un brinco los mismos escalones empinados tras la visita de Guy Dawnish, cuando se miró en el espejo y vio en su rostro el rubor de la juventud.

Cuando llegó a su habitación corrió el pestillo de la puerta como lo hizo aquel día, y se miró de nuevo en el estrecho espejo que había sobre el tocador. Había pasado un año desde entonces: los olmos volvían a brotar, los sauces colgaban su velo verdoso por encima de los bancos dispuestos junto al río. Pero ya no quedaba resto alguno de juventud en su rostro; lo vio como los otros sin duda lo veían siempre. Si ella era tal y como le había parecido a Lady Caroline Duckett, ¿qué aspecto le habría causado a la fresca mirada del joven Guy Dawnish?

Un pretexto: sólo había sido un pretexto. Había utilizado el nombre de ella para encubrir a alguien… o quizá sólo para escapar de una situación de la que estaba harto. No se molestó en cavilar por qué lo habría hecho: todo lo que estuviera relacionado con él le parecía ahora distante y ajeno. No sentía enfado alguno: sólo una tristeza inefable, una tristeza que, ella lo sabía, nunca remitiría.

Se miró larga y continuadamente; quería borrar de sus ojos toda ilusión. Después se giró y se sentó en su asiento habitual junto a la mesa de trabajo. Desde ahí podía dominar la calle vacía y en sombra bajo los olmos por la que, precisamente a esa hora del día, estaba segura de que vería la silueta de su marido caminando de regreso. Lo vería pronto… lo vería durante los muchos años que aún quedaban por venir. Tuvo la repentina y dolorosa conciencia de la enormidad del tiempo que había ante ella. ¡Qué raro que alguien que ya no era joven todavía tuviera —muy probablemente— que vivir tantos años!

Nada cambió en el escenario de su vida, quizá nada cambiaría en ella. Sin duda, viviría y moriría en Wentworth. Y mientras tanto los días pasarían como de costumbre, con las obligaciones habituales. Al revolotear esta palabra en su mente recordó que todavía tenía que darle los últimos retoques al trabajo que iba leer la tarde siguiente en el encuentro del Club del Pensamiento Superior.

El libro que había estado leyendo yacía boca abajo a su lado, donde lo había dejado una hora antes. Lo cogió y, lenta y dolorosamente, como una niña aplicada que deletrease las sílabas, siguió con el resto de la frase:

—«Y parten de un nivel no muy superior a ese otro del que parten los arbotantes transversales y diagonales, así dispuestos para producir una curva convexa en la superficie de la bóveda conoidal».

EL DIAGNÓSTICO
(1930)

I

—No hay nada que temer, absolutamente nada. Naturalmente, no… ¡lo han dicho todos!

Paul Dorrance se alejó del escritorio hacia la ventana de su piso con vistas privilegiadas. La ventana daba al sur, por encima de la abarrotada y altísima Nueva York, más allá de Wall Street, que era el centro visible y el símbolo del trabajo de toda su vida. Dejó escapar un gran suspiro de alivio, porque bajo su incredulidad aparente una secreta tranquilidad se desplegaba lentamente. Los dos eminentes médicos que acababan de visitarlo le habían dicho que volvería a estar bien de nuevo en pocos meses; que sus oscuros miedos eran erróneos; que todo lo que necesitaba era aislarse del trabajo hasta que hubiera recuperado el equilibrio entre cuerpo y mente. Dorrance había mostrado su conformidad sonriendo, y masculló para sí mismo: «Embaucadores infernales; ¡como si yo no supiera cómo me siento!». Sin embargo, apenas un cuarto de hora más tarde, aquellas palabras habían obrado magia en él; y con discreta avidez se había rendido a la sensación de volver a la vida. «¡Diantres, me siento bien de verdad!», decía entre dientes, y volvió bruscamente hacia su escritorio, recordando que no había desayunado aún. ¡La primera vez en meses que se acordaba de eso! Tocó la campana que

tenía cerca del codo y con una media sonrisa de disculpa le dijo a su criado que… «bueno, sí… los doctores dicen que debería comer más… quizás tomaría un huevo o dos con el café… sí, con bacon…». Se irritó de impaciencia hasta que trajeron la bandeja.

Una vez terminado el desayuno, echó un vistazo a los periódicos, sin prisas, con la actitud del hombre ante quien la comedia humana es probable que se desarrolle durante muchos años. «No hay nada por lo que darse prisa, después de todo», era su casi consciente pensamiento. Aquella fórmula, que tanto le había perseguido últimamente, sobre «el tiempo es un carro alado», regresó a la región de la estética pura, ahora que en su caso las alas parecía que volverían a plegarse. «No hay razón por la que no puedas vivir hasta viejo». Eso resultaba agradable oírlo a los cuarenta y nueve años. ¿A quién llamaban viejo hoy en día? Siempre se había imaginado que no le importaría llegar a viejo; ahora empezó a preguntarse qué entendía él por «viejo». Nada que se le pudiera aplicar a él, ciertamente; tal vez misteriosamente se metamorfoseara en un hombre viejo en algún momento del futuro distante, ¿y entonces, qué? Estaba demasiado lejos para visualizarlo, no afectaba a su imaginación. Por supuesto, la vejez no empezaba antes de los setenta; casi cada día los periódicos relataban historias de ancianos vigorosos que celebraban su centésimo cumpleaños. Dorrance se perdió en agradables reflexiones sobre el aumento de la longevidad del género humano, evocando imágenes de contemporáneos de sus abuelos, enfermos y desdentados a una edad en que sus descendientes eran aún carnívoros y estaban siempre alertas.

Una vez leídos los periódicos, su mente divagó agradablemente por las ricas posibilidades que viajar le ofrecía. Un hombre ocupado a quien se le había pedido que interrumpiera su trabajo no podía quedarse en Nueva York. Nombres sugeridores de descanso y ropa veraniega flotaban ante él: las Antillas, las Canarias, Marruecos; ¿por qué no Marruecos, donde no había estado nunca? Y desde allí podría llegar hasta España. Se levantó para alcanzar un volumen en una de las estanterías donde se alineaban sus libros de viaje, pero mientras

giraba las páginas en un estado casi de beatitud irreflexiva, algo le despertó de su sueño.

—Supongo que debería decírselo —dijo en voz alta.

Ciertamente debería decírselo; pero el mero pensamiento acarreaba una serie de complicaciones, obligaciones, explicaciones… la masa agobiante de todo aquello le hizo respirar con dificultad. Se apoyó en el escritorio, cerrando los ojos.

Naturalmente, ella lo entendería. Los médicos dijeron que él se iba a poner bien; eso sería suficiente para ella. Vería la necesidad de que él se fuera unos meses; un año quizás. Ella no podría ir con él; ¡eso era seguro! Así pues, ¿a qué venía tanto escándalo? Gradualmente, insidiosamente, le invadió el pensamiento —al principio tan sólo el hilo de una insinuación— de que éste era el momento para hacerle ver a ella (oh, cuidadosamente) que las cosas no podían durar para siempre —nada duraba tanto— y que, a su edad, y con las nuevas perspectivas de una salud restablecida, se podía suponer que un hombre tendía sus propias ideas, sus planes; podría pensar en el matrimonio; un matrimonio con una chica joven, tener hijos; una casa en el campo… su mente deambuló por ese sueño igual que lo había hecho con la idea de viajar…

Bien, mientras tanto él debía comunicarle cuál era el diagnóstico. Ella se había preocupado tremendamente por él, lo sabía, aunque todo el tiempo lo había afrontado con mucho valor. (¿Debía él, con la independencia de su salud restablecida, confesarse que ese famoso «valor» de ella a veces le sacaba de quicio?). Sí, había sido duro para ella, más duro que para nadie; debía contarle a ella inmediatamente que todo iba bien; todo iba bien en lo que se refería a él. Y con su magnífica generosidad no habría nada más que le importara a ella… al principio. ¡Pobre criatura! ¡Podía oír su voz feliz! «¿Es verdad, es verdad, seguro? ¿Los dos lo dijeron? ¿Estás seguro? Oh, claro… yo siempre lo supe… ¿no te lo había dicho siempre?». Que Dios la bendiga, sí; pero él había sabido todo el tiempo lo que ella pensaba… Regresó al escritorio, y descolgó el teléfono.

Mientras lo hacía, su mirada se posó en una hoja de papel que tenía a los pies, sobre la alfombra. Tenía muy buena vista: en seguida vio que el membrete llevaba el nombre del eminente especialista que su propio médico había traído consigo esa mañana. Quizás el papel era una de las tres o cuatro recetas que le habían dejado; una ráfaga casual desde la puerta o la ventana podía haberla hecho caer de la mesa donde estaban las otras. Se agachó y la recogió…

Entonces la verdad estaba allí. Ese papel en el suelo contenía su destino. Los dos médicos habían redactado el diagnóstico y habían olvidado metérselo en el bolsillo cuando se fueron. Había dos firmas y la fecha. No había error posible… Paul Dorrance estuvo sentado mucho rato con el papel en el escritorio, delante de él. Apoyó la barbilla en sus manos entrecruzadas, cerró los ojos e intentó encontrar su camino entre la oscuridad ilimitada…

¡Cualquier cosa, cualquier cosa menos las imágenes y los sonidos del mundo exterior! Si hubiera tenido la fuerza de moverse, habría corrido las cortinas y se habría encogido en su butaca en una oscuridad total hasta aceptar esta nueva realidad; para él, de ahora en adelante, la única realidad. ¿Pues qué importaba todo ahora excepto que estaba condenado, que se estaba muriendo? ¿Que esos dos sinvergüenzas lo sabían y le habían mentido? ¿Y que, habiéndole mentido, en su insensible prisa profesional, habían arrojado su sentencia de muerte delante de él, se habían olvidado de llevársela, la habían dejado allí, para que la contemplara fijamente en el suelo?

Sí; sería más fácil sobrellevarlo en una habitación oscura como una boca de lobo, una habitación de la que todas las imágenes y sonidos, todas las insinuaciones de vida, quedasen excluidas. Pero el esfuerzo de levantarse para correr las cortinas era demasiado grande. Era más fácil seguir sentado allí, en la oscuridad creada mediante la presión de los puños contra sus párpados. «Bueno, mi buen amigo, así es como será en la tumba…».

Sí; pero si hubiera sabido que la tumba se encontraba allí, tan cerca, tan a la espera, tan infinitamente más importante y real que

cualquiera de las tonterías por las que había desperdiciado tantos años; si alguien se lo hubiera dicho… quizás habría hecho muchas cosas de forma diferente, habría puesto los asuntos en una perspectiva más certera, habría discriminado, seleccionado, ponderado… ¡Oh, no! ¡Mil veces no! ¿Sentirse así derrotado? ¿Irse de hurtadillas a la tumba antes de que fuera cavada para él? Su locura había sido no haber aprovechado bien la vida; que siempre hubiera estado ordenando, discriminando, probando una perspectiva, escogiendo, sopesando… ¡Dios! ¡Cuando apenas había tiempo de aprovechar la vida antes de que la copa que la contenía se agrietara y de engullirla mientras tenía una garganta con que poder tragársela!

Oh, bueno… no sirve de nada lamentarse del pasado. A lo hecho, pecho: lo que no se hizo debía permanecer así toda la eternidad. La eternidad, ¿qué significaba esa palabra? ¿Cómo podían captar el más mínimo retazo de su significado las efímeras criaturas que andaban a tientas durante unos pocos años hasta la tumba? Ah, qué pena, ¡pena, pena…! Ése era el sentimiento que afloraba a la superficie de sus pensamientos. Pena por todos los millones de ciegos que daban palos de ciego, como él mismo, los millones y millones que se creían vivos, como él lo había creído, y que de pronto se encontraban muertos, ¡como él! Pobres mortales todos, con esa semilla de aniquilación que los hacía hermanos. ¡Cuánto deseaba ayudarles, cómo se estremecía cuando pensaba que a menudo había debido de herirles, rozándoles con su necia vitalidad! ¿Cuántas otras vidas había utilizado en el corto lapso de tiempo de su vida? No conscientemente —naturalmente—, ¡y eso era lo peor! La vieja niñera que había trabajado como una negra para él cuando era un niño, y luego desapareció de su vida, para encontrarla años más tarde, pobre, abandonada, muriéndose… bueno, por ella había hecho lo que había podido. ¿Y ese joven tan delgado de su oficina con su molesta tos, que quizá hubiera podido salvarse si se le hubiera dejado irse antes? Aguantó hasta el final porque había una familia que mantener, ¡naturalmente! ¿Y el viejo contable a quien

Dorrance había heredado de su padre, que era sordo y medio ciego, y que tampoco se había marchado hasta que se lo pidieron con mucho tacto? Todo esto había sido, como si dijéramos, la sustancia gracias a la cual Paul Dorrance había forjado su vida fácil, próspera, y exitosa. Pero no, ¡qué tonterías! Había sido suficientemente justo, suficientemente amable, siempre que entendió que se estaba equivocando; sólo que nunca los había realmente compadecido, había considerado pagada su deuda firmándoles un talón o llamando al asilo para conseguirles uña plaza. Mientras que la piedad, ahora se daba cuenta de que… ¡oh, maldición, estaba hablando como en una novela rusa! Tonterías… tonterías… todo el mundo tiene su oportunidad, tarde o temprano. La única forma de reformar el mundo era eliminando la muerte. Y en vez de eso, la muerte siempre estaba presente, estaba allí ahora mismo, en la puerta, en la habitación, a sus espaldas, su muerte, su final-de-todo privado y particular. ¡Ahora! Apartó las manos de su cara. Estaban húmedas.

Un timbre sonó vacilantemente y la puerta se abrió detrás de él. Oyó al criado decir: «La señora Welwood». Se levantó, parpadeando frente al duro impacto de la luz y la vida. «La señora Welwood». Todo seguía y seguía… la gente se comportaba como si no él no estuviera condenado… La puerta se cerró.

—¡Eleanor!

Ella se acercó rápidamente. ¡Qué cercano, vivo, opresivo, parecía todo el mundo! Rara vez ella acudía a su piso; se preguntó vagamente por qué había venido hoy.

Ella tartamudeó:

—¿Qué ha pasado…? Me prometiste que me llamarías a las diez. He estado llamando y llamando. Daba que no había nadie…

Ah, sí: ahora él se acordaba. Miró el auricular. Descansaba sobre el escritorio, donde lo había dejado caer cuando sus ojos se posaron sobre aquel papel. Todo eso había pasado en su vida anterior, antes… Bueno, aquí estaba ella. Qué pálida parecía, con los

párpados un poco hinchados. No obstante, qué fuerte, qué sana… qué robusta. ¡Qué raro! ¡Ella también había estado llorando! Se giró instintivamente, y se colocó entre ella y la luz.

—¿A qué se debe todo este alboroto, cariño? —empezó a decir él con desenvoltura.

Ella se sonrojó ligeramente, como si la hubiera pillado en falta.

—Vaya, es casi la una; y me dijiste que la consulta era a las nueve. Y me prometiste…

Oh, sí, claro. El le había prometido… con la fuerte luz de la mañana en su cara pálida y sus delgados labios, parecía que ella fuera veinte años más vieja. ¿Más vieja que qué? Después de todo, ella ya pasaba de los cuarenta, y nunca había sido hermosa. ¿La había encontrado hermosa alguna vez? Pobre Eleanor… ¡oh, pobre Eleanor!

—Bueno, sí, es culpa mía —reconoció—. Debí de llamar a alguien (mentirijilla para ganar tiempo), y me olvidé de colgar el auricular. Allí está. ¡Es culpa mía!

Cogió sus dos manos —¡cómo temblaban!—, y la atrajo hacia sí.

Ésta era Eleanor Welwood, desde hacia quince años la carga más pesada en su conciencia. Mientras se encontraba allí, cogiéndole de las manos, intentó recordar su estado de ánimo en aquella época. Había quedado cautivado; pero nunca hasta el extremo de desear que ella fuera libre para poder casarse. Su marido era un tipo bastante agradable; los tres pertenecían al mismo grupo social; era en sí una relación deliciosa. Y Dorrance tenía además el pretexto de su anciana madre, sola y enferma, que vivía con él y a quien no podía abandonar. Se entendía tácitamente que los hábitos de la señora Dorrance no debían ser alterados con ningún cambio en el hogar. Así que su amor, por su parte, se enfrió imperceptiblemente (¿o deberíamos decir que maduró?) convirtiéndose en una amistad; y cuando la muerte de su madre lo dejó libre, aún permanecía el cómodo obstáculo de Horace Wellwood. Hora-ce Wellwood no murió; pero un día, como suele decirse, «dejó» que su mujer se divorciara de él. La noticia le costó a Dorrance un par de noches en vela. La

señora Wellwood obtuvo el divorcio discretamente, en un Estado distante y complaciente; pero en realidad había sido Wellwood quien había repudiado a su esposa, y a causa de Paul Dorrance. Dorrance lo sabía, y era consciente de que la señora Wellwood sabía que él lo sabía. Pero él se mantuvo con la mente lúcida, y ella había silenciado su corazón; y la vida siguió como antes, salvo que con el divorcio era más fácil verla, y podía llamarla a casa cuando le apetecía. Y continuaron siendo muy buenos amigos.

Había repasado mentalmente todo esto a menudo, con una satisfacción creciente por su propia sagacidad. Había preservado su libertad, mantenido la devoción de su antiguo amor —o tanta devoción como él quería—, y se había demostrado a sí mismo que la vida no era tan mala si sabías cómo administrarla. Esto era lo que acostumbraba pensar; y, de pronto, dos o tres horas antes, había empezado a pensar de manera diferente respecto a todo, y lo que había parecido sagacidad ahora se desenmascaraba como un egoísmo despiadado.

Continuó mirando a la señora Wellwood, como buscando en su cara algo esencial que él debiera encontrar en ella. Vio que sus labios empezaban a temblar, las lágrimas seguían en sus pestañas, sus facciones se disolvían gradualmente en una aprensión desdibujada de incredulidad. «¡Ah, esto la supera! Esta vez no será "fuerte"», pensó con una satisfacción incontrolable. Parecía necesario en ese momento que alguien sintiera el impacto de su destino como él lo estaba sintiendo; que alguien muriera con él, al menos moralmente, ya que él tenía que morir. Y la extraña perspectiva que se le había ocurrido —esa rara agudeza entre bambalinas de la que de repente era consciente—, le había sugerido que la mayoría de la gente a la que él conocía, por mucho que quisieran creer que lo lamentaban, no se sentirían afectados por su destino en lo más mínimo, se quedarían igual de impasibles, como cuando a él, en la plenitud de su vigor, alguien le había dicho: «Ah, pobre fulanito… ¿no lo sabías? Los médicos dicen que no hay nada que hacer».

Con Eleanor era diferente. Mientras la abrazaba allí, bajo sus ojos, casi podía rastrear el recorrido de su propia agonía en el rostro pálido de ella que se disolvía, casi la podía ver con el aspecto que tendría si fuera su viuda… ¡Su viuda! Pobrecita. Al menos si ella pudiera proclamar su amor y su ansiedad, se podría entregar abiertamente al duelo en su tumba. Quizás ése fuera el único consuelo que él aún podía darle… o ella dárselo a él. Pues la tumba sería menos fría si estaba regada con sus cálidas lágrimas. Tal idea le provocó lágrimas y él la estrechó más cerca. En ese momento su primer deseo consistía en ver cómo sería su apariencia si ella fuera realmente feliz. Su amiga… ¡su única amiga! ¡Cómo podría compensarla por toda su anterior crueldad!

—Eleanor…

—Oh, ¿no me lo contarás? —le suplicó.

—Sí. Claro. Sólo que quiero que primero me prometas una cosa…

—Sí…

—Que hagas lo que yo quiero… cualquier cosa que yo quiera.

Ella aún no lograba calmar el temblor de sus manos, aunque él se las apretaba estrechamente. Ella casi no podía expresarse:

—¿No lo he hecho siempre…?

Lentamente él dijo:

—Quiero que te cases conmigo.

Los temblores de ella se volvieron más violentos, y luego amainaron. La sombra de su terrible miedo parecía desparecer, como la sombra de la vida desaparece de la cara del que acaba de morir. Su rostro parecía joven y transparente; él observó cómo sus labios y mejillas se sonrojaban.

—Oh, Paul, Paul… ¿así pues, las noticias son buenas…?

Él se estremeció un poquito al comprobar su cerrilidad. Después de todo, ella estaba viva (no era culpa suya), estaba simplemente viva, como todos los demás… Magnánimamente, él replicó:

—No te preocupes por las noticias ahora.

Pero para sí mismo murmuró: «¡Sancta Simplicitas!».

¡Ella había creído que él le había pedido que se casara con él porque las noticias eran buenas…!

II

Se casaron casi inmediatamente, y con tan poca pompa como fue posible. La mala salud de Dorrance, vagamente conocida en su círculo de amigos más próximos, fue un pretexto suficiente para acelerar y simplificar la ceremonia; y al día siguiente la pareja zarpó para Francia.

Dorrance no había vuelto a ver a los dos médicos que habían dictado su destino. Le había prohibido a la señora Welwood que hablara del diagnóstico, con él o con ninguna otra persona.

—Por el amor de Dios, no dramaticemos —le ordenó; y ella lo aceptó.

Él le había mostrado el papel tan pronto como ella le había prometido casarse con él; y se había dado prisa, a medida que ella lo leía, en informarla de que, naturalmente, no tenía intención de hacerle mantener su promesa.

—Sólo quería oírte decir «sí» —explicó él, con un toque de emoción tan auténtico, que lo engañó a sí mismo tan absolutamente como la engañó a ella.

Estaba seguro de que no aceptaría su oferta de liberarla; si no, seguramente no se hubiera atrevido a proponérselo. Ahora él entendía que debía casarse con ella; no podía vivir estos últimos meses simplemente solo. Por un instante, sus pensamientos habían jugado sentimentalmente con la idea de que se casaba con ella para saldar una antigua deuda, para hacerla feliz antes de que fuera demasiado tarde; pero esa falsa ilusión había sido arrastrada como una brizna de hierba en el torrente de sus miedos secretos. Una nueva forma de egoísmo, más feroz y más impaciente que el

anterior, dictaba sus palabras y gestos; y él lo sabía. Se casaba simplemente para poner un centinela entre él y el espectro que acechaba en su umbral, con el mismo ciego instinto de supervivencia que había hecho que los hombres, en tiempos pasados, propiciaran la muerte a través del generoso sacrificio de su propia vida. Y tan seguro de sí mismo estaba, que había sentido el oscuro pavor de que ella le fallara hasta que el anillo no estuvo en su dedo; y sintió un gran éxtasis de tranquilidad y gratitud cuando salió a la calle con esa mano cautiva en su brazo. ¿Podía ser que juntos fueran capaces de burlar a la muerte, después de todo?

Desembarcaron en Génova y viajaron por pequeñas etapas hacia los Alpes austríacos. Parecía que el viaje le sentaba bien a Dorrance; soportaba la fatiga mejor de lo que Se esperaba; y era consciente de que su atenta compañera había notado la mejora, si bien se abstenía de poner el dedo en la llaga.

—Sobre todo, no te alegres demasiado —la había avisado, medio sonriendo, el día en que le había contado que estaba condenado—. Cásate conmigo si crees que puedes soportarlo; pero no intentes hacerme creer que voy a ponerme bien.

Ella le había obedecido al pie de la letra, velando por su bienestar, ahorrándole toda fatiga y agitación innecesarias, sirviéndole cuidadosamente, en la brillante superficie de su vigilancia, las flores del viaje desprovistas de las espinas. Las mismas cualidades que la habían convertido en una perfecta amante —modestia, sentido de la oportunidad, el arte de estar presente y visible sólo cuando se la requería— la convertían (tenía que admitirlo) en la esposa perfecta para un hombre aislado de todo excepto de la contemplación de su propio final.

Viajaron rumbo a Viena, donde se decía que un célebre especialista había encontrado la manera de aliviar el sufrimiento causado en casos como el de Dorrance, e incluso alguna vez (Dorrance y su esposa procuraban no mencionárselo mutuamente) había encontrado la manera de controlar la enfermedad, e incluso mantenerla suspendida durante años. «Se lo debo a la pobre, debo

dar una oportunidad al método», argumentó falazmente, ocultando su propia impaciencia por ponerse en manos del gran hombre. «Si ella quiere encadenar su vida a un hombre medio muerto, ¿por qué debería impedírselo?», pensó intentando resumir todas las esperanzadoras posibilidades en las que el médico podría basar su veredicto… «De hecho, he sentido menos dolor últimamente…», pensó Dorrance.

Habían decidido que él iría solo al especialista; su mujer debería esperarle en el hotel.

—¿Pero vendrás directamente después? Cogerás un taxi; ¿no andarás? —le había suplicado, delatando impaciencia por primera vez.

«Sabe que tengo las horas contadas y no puede soportar perder ni una», pensó él sintiendo ahogo en la garganta; y cuando se agachó para besarla tuvo una visión de lo que habría sido —después de la entrevista que tenía por delante y del veredicto que ya temía— regresar a un hotel donde nadie le esperara, subir a una habitación vacía y sentarse solo en medio de su condena.

—Que Dios te bendiga, criatura, naturalmente que cogeré un taxi…

Ahora que la consulta había terminado, y él había descendido desde la puerta del especialista, se encontraba solo en el crepúsculo veraniego, observando cómo los árboles se oscurecían en contraste con la iluminación de las farolas de la calle. ¡Qué cosa más divina una noche de verano, incluso en la calle abarrotada de una gran ciudad! Se preguntó por qué nunca antes había notado ese peculiar encanto. A través de los árboles, el cielo estaba volviéndose cada vez más oscuro, de gris perla a azul, a medida que salían las estrellas. Estaba allí parado, ignorando la hora que era, observando a la gente dándose prisa arriba y abajo sobre el asfalto, el tráfico fluyendo en una corriente ininterrumpida, las incesantes corrientes de la vida urbana que le habían parecido, hacía media hora, suspendidas para siempre…

«No; es demasiado bonito, caminaré» se dijo, despertándose, y tomó la dirección opuesta a la que se encontraba el hotel. «Después de todo, no hay prisa… Viena es una ciudad tan encantadora… creo que me gustaría vivir aquí», cavilaba mientras paseaba por debajo de los árboles…

Cuando al final llegó a su hotel se paró un poco antes del umbral y se preguntó: «¿Cómo se lo voy a decir?». Se dio cuenta de que durante su paseo de dos horas, desde que había salido de la consulta del médico, no había pensado en nada, planeado nada, ni tan sólo había dejado que su imaginación contemplara el futuro, sino que simplemente se dejó absorber por la vida que palpitaba dulcemente a su alrededor, como un viajero cansado que se sumerge, al final del viaje, en un baño caliente. Sólo ahora, al pie de las escaleras, vio el futuro delante de sí, y entendió que estaba tan poco preparado para su retorno a la vida como lo había estado para su partida… «Si al menos se lo toma tranquilamente, sin demasiado alboroto», pensó, temiendo por adelantado cualquier alteración en esas aguas aún tranquilas en las que resultaba tan delicioso hundirse.

—El diagnóstico aquél de Nueva York fue un error, un absoluto error —empezó diciendo vehementemente, y luego hizo una pausa, fascinado, silenciado, por algo en el rostro de su esposa que parecía oponer una resistencia invisible a lo que él estaba diciendo.

Él había deseado que ella no fuera demasiado emocional, pero ahora: ¿qué pasaba? ¿Realmente le molestaba esta apariencia de compostura que, sin duda, ella había luchado por mantener durante el largo rato que estuvo esperándolo? Se levantó y la miró fijamente.

—¿Supongo que no te lo crees? —dijo con una carcajada de irritación sin sentido.

Ella se acercó ansiosamente.

—¡Pues claro que me lo creo, naturalmente!

Ella pareció dudar un segundo.

—Lo que nunca me creí —dijo ella repentinamente— fue lo otro, el diagnóstico de Nueva York.

Él siguió mirándola fijamente, vagamente resentido hacia esta nueva actitud, y por la insinuación de crítica secreta que transmitía. De pronto, se sintió disminuido a ojos de ella, como si ella: le estuviera retrospectivamente quitando alguna prerrogativa. Si no se había creído el diagnóstico de Nueva York, ¿qué opinión secreta sobre él había tenido durante todo este tiempo?

—Oh, ¿nunca lo creíste? ¿Y puedo preguntarte por qué?

Él notó el tono de sarcasmo en su propia voz.

Ella soltó una risita que sonó casi tan absurda como la suya.

—Yo… yo no tengo ni idea. Supongo que no podía soportarlo, simplemente; no podía creer que el destino pudiera ser tan cruel.

Aún con un toque de sarcasmo, él replicó:

—Me alegro de que tu incredulidad te sostuviera.

Interiormente se decía: «Ni una lágrima… ni una muestra de emoción…», y su corazón, dilatado por la inmensa ráfaga de esa vida que retornaba, se contrajo ahora como si le hubieran quitado un tapón invisible y su plenitud estuviera retrocediendo lentamente.

—Es un asunto extraño, de todas maneras… —dijo entre dientes.

—¿Qué cosa, cariño?

—Este retorno a la vida. Aún no estoy seguro de saber en qué consiste.

Ella se le acercó y puso sus brazos alrededor de él, casi con timidez.

—Lo intentaremos descubrir, cariño; juntos.

III

Este magnífico regalo del regreso a la vida, que el médico vienés le había devuelto tan ligeramente como sus colegas de Nueva York

se lo habían quitado, se extendía delante de él como algo externo, fuera de sí mismo, un honor, un rango oficial, que le habían lanzado inesperadamente: no descubrió hasta entonces cuán completamente se había desvinculado de todo el asunto que suponía vivir. Era como si la vida fuera un tumor que el cuchillo del cirujano ya había extirpado, dejándolo, incorpóreo, en el pálido borde de la aniquilación; todo el tiempo en el que había estado diciéndose a sí mismo: «En unas pocas semanas más ya estaré muerto», ¿no había sabido realmente que ya estaba muerto?

—¿Pero y qué vamos a hacer ahora, cariño mío? —oyó que le preguntaba su esposa—. ¿Qué quieres? ¿Quieres volver a casa en seguida? ¿Quieres que mande un telegrama para tener el piso preparado?

La miró asombrado, herido por tal falta de tacto. ¿Irse a casa, a Nueva York? ¿Regresar a su anterior vida allí? ¿Realmente pensaba ella que eso era posible, hasta algo simple y natural? Vaya, el pequeño espacio que había ocupado allí ya se había cerrado, se sentía completamente excluido de esa otra vida, como si su ausencia hubiera durado años. ¿Y qué quería decir ella con «volver a casa»? El antiguo Paul Dorrance que había redactado su testamento, liquidado sus asuntos, renunciado a sus clubs y cargos, jubilado a sus criados y se había casado con su antigua amante, ese Dorrance estaba tan muerto como si hubiera dado ese último paso para el que todos los anteriores habían sido sólo una precipitada preparación. Él *estaba* muerto; este nuevo hombre al que el doctor le había dicho: «¿Cáncer? Nada de eso, no lo hay por ninguna parte. Vaya a casa y dígale a su esposa que en unos meses usted se encontrará tan fuerte como cualquier hombre de cincuenta años al que he visitado»; este nuevo Dorrance, con su nueva salud, su nuevo tiempo libre y su nueva esposa era un intruso para el que debía planearse una existencia completamente nueva. ¿Y cómo se podría decidir algo hasta que no se conociera al nuevo Paul Dorrance un poco mejor?

Consciente de que su mujer esperaba una respuesta, dijo:

—Oh, este tipo puede que esté completamente equivocado. De todos modos quiere que primero siga una cura en algún lado; me ha escrito el nombre. Después de eso ya veremos… ¿Pero no te apetecería más viajar un año o así? ¿Qué te parecería Sudáfrica o India el próximo invierno? —aventuró, después de intentar pensar en algún punto del globo terráqueo aún más remoto que Nueva York.

IV

La cura fue un éxito, el diagnóstico del especialista vienés demostró ser correcto, y el matrimonio Dorrance lo celebró con dos años de viaje por el extranjero. Pero Dorrance nunca volvió a sentir el infinito éxtasis que había experimentado al salir de la consulta del médico en dirección a las calles veraniegas iluminadas por las farolas. Después de eso, en el mismo instante en que entró de nuevo en el hotel, el esfuerzo por readaptarse había empezado; y desde entonces había continuado.

Durante unos meses, los trotamundos, cansados de tanto cambio, se habían instalado en Florencia, cautivados por una villa con arcos en una colina amurallada por cipreses, y el nuevo Paul Dorrance, que el otro ahora debía estudiar y apaciguar incesantemente, había contemplado la idea de llevar una vida de ocio cultivada en su edad madura. Pero pronto se cansó de sus oportunidades y creyó necesario seguir adelante y olvidar con viajes extenuantes su incapacidad para asimilar y reflexionar. Y antes de que hubieran pasado dos años, el antiguo Paul Dorrance, que se había convertido en el mensajero y primer ministro del otro, descubrió que el antiguo y el nuevo eran uno mismo, y que el Paul Dorrance original estaba allí, que no había cambiado, y permanecía inalterable e impaciente por volver a su antiguo nicho, porque era

demasiado tarde para adaptarse a cualquier otro. Así que se reabrió el piso y los Dorrance volvieron a Nueva York.

La perfecta identidad con el antiguo Paul Dorrance estaba indeleblemente grabada en el nuevo ya la primera noche de la vuelta a casa. Aquí estaba, el mismo hombre en el mismo escenario en el que dos años antes había mirado hacia el suelo desde la misma butaca y había visto el diagnóstico de los médicos asesores a sus pies. Era tarde, la habitación profundamente silenciosa, ningún contacto con la realidad exterior se interponía entre él y esa visión alucinada. Casi vio el papel en el suelo, y con el mismo gesto se cubrió los ojos para dejarla fuera. Hacía dos años, y nada había cambiado, después de tantos cambios, excepto que ya no volvería a oír la llamada vacilante en la puerta, no volvería a ver a Eleanor Welwood pálida e inquisitiva en el umbral. Ahora Eleanor Welwood ya no llamaba a su puerta, tenía su propia llave de casa; ya no era Eleanor Welwood sino Eleanor Dorrance, y estaba en estos momentos durmiendo en la habitación que había sido de Dorrance, y que ahora estaba cargada de objetos femeninos, mientras que los suyos estaban incómodamente apretujados en la habitación destinada a los huéspedes.

Sí, ése era el único cambio en su vida; ¡y cuán acertadamente lo simbolizaba el cambio en las habitaciones! Durante sus viajes, incluso después de la recuperación de Dorrance, la presencia de su esposa había sido como un suave acompañamiento musical, un fondo pintado para los ociosos episodios de convalecencia; ahora que estaba a punto de retomar la horma de los viejos hábitos y relaciones, se sentía como si ella ya estuviera expandiéndose por todos lados, confinándolo a un rincón. No le importaba el espacio; así se lo aseguraba a sí mismo, aunque con una punzada de arrepentimiento por la inclinación del sol de invierno que nunca llegaba hasta la habitación de invitados; lo que le importaba era que ahora se daba cuenta de la broma que el destino le había gastado.

Nunca había sido su intención —la del sano, enérgico, maduro Paul Dorrance— casarse con esta mujer apagada por la que ya hacía mucho tiempo que había dejado de sentir algo excepto una amistosa ternura. Era el espanto de la muerte, empezando por los cálidos pliegues de su independencia protegida, lo que le había engañado para que se casara y luego lo que lo había dejado solo para que expiara su locura.

¡Pobre Eleanor…! No era culpa suya si él se había imaginado, en un momento de mórbido examen de conciencia, que la felicidad la transformaría y la agrandaría. Bajo los cambios superficiales seguía siendo la misma: una compañera perfecta mientras él estuvo enfermo y solo; un estorbo involuntario ahora que (también inalterable) él había vuelto a la vida de la que su instinto de supervivencia lo había excluido hacía tiempo. ¿Por qué no había confiado en ese instinto que le había avisado que ella era una mujer para un paréntesis sentimental y no para la despiadada continuidad del matrimonio? Por supuesto, si hasta su cara lo anunciaba. Un perfil encantador, sí; pero de algún modo había algo, si se miraba de frente la cara, que no cuadraba…

De pronto Dorrance le recordó otro rostro; el de una chica que habían conocido en El Cairo el invierno anterior. Se sintió presa de su joven hermosura, vio la afrutada floración de sus mejillas, el ligero vigor animal en cada uno de sus movimientos, oyó su atractiva y generosa risa, y cruzó la mirada con unos ojos que interrogaban los suyos debajo de la extraña inclinación de sus párpados. Alguien había dicho: «Ha recibido una proposición matrimonial de un hombre que le podía dar todo lo que una mujer desea; pero ella rehusó y nadie sabe por qué…». Dorrance lo sabía… Desde entonces ella le había escrito, pero él no había contestado sus cartas. Y ahora aquí se encontraba, instalado de nuevo en la vieja rutina sin la cual no podía vivir, pero que había perdido todo su sabor. «Me pregunto por qué tenía tanto miedo a morir», pensó; y entonces la verdad se le reveló. «Vamos, idiota, si has estado muerto todo el tiempo. Ese primer diagnóstico era el verdadero. Sólo que lo pusieron en el plano

físico, por error…». El día siguiente empezó a introducirse dolorosamente en su rutina solitaria.

V

Una noche, unos dos años más tarde, mientras Paul Dorrance metía la llave en la puerta, se dijo a regañadientes: «Quizás realmente debería llevármela para variar».

En la actualidad no había nada a lo que le tuviera más pavor que al cambio. Ya había tenido su dosis de lo inesperado, y no había congeniado con él. Ahora que se había vuelto a introducir en su rutina solitaria, todo cuanto pedía era poderse quedar allí. Hasta había resultado un esfuerzo, cuando llegó el verano, posponer sus hábitos neoyorkinos e ir con su esposa a la casita del campo. Y la idea de que podía tener que irse con ella, a mediados de febrero, le resultaba verdaderamente perturbadora.

Durante los diez últimos años, ella había estado luchando contra una mala bronquitis que había aparecido después de una gripe. Pero «luchando» no era precisamente la palabra adecuada. Ella, normalmente tan flexible, tan indómita, no había mostrado su habitual capacidad de resistencia, y Dorrance, desde la posición estratégica de su salud recuperada, se asombraba un poco al constatar su falta de coraje. No debería dejarse; él la avisó con delicadeza.

—Yo me encontraba en una situación bastante más dura no hace tantos años, y mírame ahora. No dejes que los médicos te asusten.

Ella le había prometido esa misma mañana que no dejaría que esto pasara, y él se había ido al despacho sin esperar la visita del médico. Pero durante el día empezó a sentir de forma extraña la cercanía de su esposa. Era como si ella lo necesitara, como si hubiera algo que ella le quisiera contar; y él concluyó que

probablemente ella sabía que debería ir al sur, y suponía que necesitaba un mejor clima y tenía miedo a decírselo. «Pobre criatura —claro que la llevaré allí, si el médico lo encuentra realmente necesario». ¿No había hecho siempre todo lo que podía por ella? Le parecía como si hubieran estado casados muchos años, y que como marido tenía una larga e irreprochable trayectoria. Vaya, si ni tan sólo había contestado a las cartas de aquella muchacha…

Cuando abrió la puerta del piso, una mujer forastera vestida de enfermera cruzó el vestíbulo. Dorrance sintió en el acto la extraña atmósfera del lugar, la sensación de algo absorbente y exclusivo que ignora y se aparta de las actividades habituales de los hombres. Había notado la misma atmósfera, en todas sus sombrías consecuencias, el día en que había recogido del suelo el diagnóstico del cáncer.

La enfermera se detuvo para decir «neumonía» y se apresuró por el pasillo que conducía a la habitación de su esposa. El médico iba a regresar a las nueve en punto; había dejado una nota en la biblioteca, dijo el mayordomo. Dorrance supo lo que había en la nota antes de abrirla. Precipitadamente, con la caída vertical de un ave de presa, la muerte volvía a descender en su casa. Y esta vez no había error posible en el diagnóstico.

La enfermera dijo que podía entrar un minuto; pero que no debía estar mucho rato, ya que no le gustaba cómo estaba subiendo la temperatura… y allí, entre las almohadas blancas como el yeso, en la luz de sombras verdes, vio el rostro de su mujer. Lo que más le sorprendió al principio fue la forma en que se había encogido y estrechado después de unas cuantas horas de fiebre; después, que aunque el rostro presentaba una sonrisa apenas perceptible de bienvenida, no había ningún indicio del fulgor que normalmente le daba la bienvenida cuando él aparecía. Recordó cómo una vez, encontrándose con esa luminosidad, había refunfuñado para sus adentros: «Ojalá no desplegara una alfombra roja cuando entro…»; y más tarde se había avergonzado de ese pensamiento. Ella nunca lo apabulló mostrándole su afecto en público; ese juego sutil de luz

permanecía invisible para los demás, y su irritación era causada simplemente por saber que la luz se encontraba allí. «No quiero ser el sol y la luna de nadie», concluyó. Pero ahora ella lo miraba con una nueva expresión, casi igual de crítica que la suya. Su primer pensamiento fue: «¿Es posible que ella no me reconozca?», pero sus ojos se encontraron con los suyos en una mirada de reconocimiento, y él entendió que el cambio sólo se debía al hecho de que ella estaba encerrada en su propio mundo, lejano, independiente del suyo.

—Por favor, salga ahora… —le recordó la enfermera; y él salió de la habitación obedientemente.

Al día siguiente hubo una ligera mejora; los doctores se sentían alentados; la enfermera de día dijo:

—Si por lo menos continuara así…

Y cuando Dorrance abrió la puerta de la habitación de su esposa, pensó: «¡Si por lo menos se pareciera más a la de antes!».

Pero no. Ella aún seguía en ese mundo nuevo e independiente que él había identificado inmediatamente con el que él había habitado durante los meses en los que creyó que iba a morir. «Después de todo, no me he muerto», se recordó a sí mismo; pero el recordatorio no le brindó ningún consuelo, puesto que él sabía exactamente lo que su mujer sentía, él había puesto a prueba la impenetrabilidad de la barrera que la aislaba de los vivos. «La verdad es que no se muere una sola vez», reflexionó, consciente de que él ya había muerto antes; y el recuerdo de la penalidad, ahora recreada delante de él, le provocó un escalofrío en el corazón. ¡Si al menos hubiera podido ayudarla, hacer que entendiera…! Pero la barrera seguía allí, la barrera transparente a través de la cual cualquier cosa en el otro lado le parecía tan diferente. Y hoy era él quien estaba del otro lado.

Entonces se acordó de cómo, en su soledad, había suspirado por los seres ya tan remotos, los seres que se encontraban del lado de la vida; y sintió la misma piedad por su mujer que cuando había creído

que él se estaba muriendo, y había sabido lo que le suponía a ella la agonía de la muerte de él.

Ese día dejaron que él se quedara cinco minutos; al día siguiente, diez; ella seguía mejorando, y los médicos hubieran estado completamente satisfechos si su corazón no hubiera mostrado signos de debilidad. Los corazones, en términos médicos, son relativamente fáciles de tratar; y a Dorrance ella le parecía estar mucho mejor.

Pronto la mejora se acentuó tanto que el médico no se opuso a que él se sentara una o dos horas con ella; se mandó a la enfermera que fuera a pasear y a Dorrance se le permitió que leyera el periódico de la mañana a la enferma. Pero cuando cogió el periódico, su mujer estiró la mano.

—No… quiero hablar contigo.

Él sonrió, y se encontró con su sonrisa. Era como si ella hubiera encontrado una rendija en la barrera y estuviera intentando alcanzarle.

—Querida, pero ¿hablar no te cansará?

—No lo sé. Quizás. —Ella esperó—. Ves, estoy hablando contigo todo el rato mientras estoy aquí tumbada…

Lo sabía. ¡Él lo sabía! ¡Cómo lo atravesaban los dolores de ella!

—Pero verás, querida, alzar la voz…

Ella sonrió con incredulidad, esa sonrisa remota, detrás de la barrera, que tan a menudo él había sentido en sus labios. Aunque ella podía alcanzarlo, la línea divisoria aún estaba allí, y sus ojos se encontraron con una mirada de cansada resignación.

—Pero no hay prisa —sugirió él—. ¿Por qué no esperamos uno o dos días? Intenta mejor tumbarte aquí y no pienses.

—¡No pensar…! —ella se incorporó débilmente sobre uno de sus débiles codos—. Quiero pensar cada minuto, cada segundo. Quiero revivirlo todo, día a día, hasta el último átomo del tiempo…

—¿Tiempo? ¡Pero si habrá mucho tiempo!

Ella seguía apoyada en el codo, fijando sus ojos iluminados en él. No parecía que hubiera oído lo que él le había dicho; su atención

estaba concentrada en alguna visión secreta de la que él sólo era la mera máscara transparente.

—Pues, bien —exclamó ella con una ardiente e inesperada energía—: ¡mereció la pena! Siempre supe…

Dorrance se inclinó hacia ella.

—¿Qué mereció la…?

Pero ella ya se había dejado caer con los ojos cerrados, y yacía allí reabsorbida en la hendidura de las almohadas, fundiéndose con lo inanimado, como una mera parte del mobiliario de la habitación de la enferma. Dorrance esperó un momento, casi sin entender el cambio; y entonces saltó, llamó, gritó, y en unos minutos los profesionales se hicieron cargo de la situación; el aire estaba lleno de éter y alcanfor, el teléfono sonaba, la confusión de la muerte se hizo presente en la habitación. Dorrance supo que nunca conocería lo que ella creía que había merecido la pena…

VI

Estaba sentado en su biblioteca, esperando. ¿Esperando qué? La vida se había acabado para él ahora que ella había muerto. Hasta después del funeral una especie de agitación artificial le había mantenido activo. Ahora ya no se podía hacer nada excepto repasar los últimos días. Cada detalle se le presentaba como un alivio insoportable; y uno de los más destacados había sido la inesperada aparición en la habitación de la enferma del antiguo médico de Dorrance, el mismo médico que, junto con el especialista en cáncer, habían firmado el diagnóstico del caso de Dorrance. Dorrance, desde ese día, naturalmente había dejado de consultarle profesionalmente; y había sido casualidad que no se hubieran encontrado. Pero el médico de Eleanor, a quien habían llamado en el momento de su último ataque al corazón, sin ni tan siquiera notificárselo a Dorrance,

había llamado a su colega. Este último ocupaba una posición de gran prestigio como especialista (la idea hizo sonreír a Dorrance); y además, ¿qué importaba? En ese momento todos sabían —enfermeras, médicos, y sobre todo el mismo Dorrance— que no se podía hacer nada excepto aliviar los dolores de las últimas horas de Eleanor. Y Dorrance se encontró con su antiguo médico sin resentimiento; casi sin sorpresa.

Pero el doctor no había olvidado que él y su antiguo paciente habían sido amigos; y el día después del funeral, al acabar la tarde, había considerado adecuado llamar a la puerta del viudo y darle el pésame. Dorrance, cuando éste entró, le miró con sorpresa, primero encontrando molesta la intrusión, y después sintiéndose secretamente aliviado al liberarse momentáneamente de la abrasadora rueda de sus propios pensamientos. «El tipo es un imbécil, pero quizás me dará algo que me haga dormir…», pensó Dorrance.

Los dos hombres se sentaron, y el médico empezó a hablar con delicadeza de Eleanor. La conocía desde hacía muchos años, aunque no profesionalmente. Habló de su bondad, su caridad, de las muchas veces en las que se había encontrado con sus pobres pacientes que disfrutaban de sus cuidados discretos e infatigables. Dorrance, que había tenido pavor a oír hablar de ella, y, sobre todo, que lo hiciera este hombre, se encontró a sí mismo escuchando estos recuerdos con curiosa avidez. No necesitaba que nadie le contara la amabilidad de Eleanor, su lealtad; pero al mismo tiempo tales elogios le sabían a gloria. Y él retomó el tema no sin cierto afán de venganza, que le azuzaba un vago deseo de hacer sufrir al médico por los resultados de su error ahora ya lejano en el tiempo.

—Siempre daba demasiado de sí misma, ése era el problema. Nadie lo sabe mejor que yo. Nunca fue la misma después de esos meses de la ansiedad incesante a causa de mi caso, que vosotros, los médicos, le hicisteis sufrir.

No había sido su intención decir nada semejante, pero a medida que hablaba, el resentimiento, que él ya creía extinguido, se veía

reavivado con el fuego de sus palabras. Había perdonado a los dos médicos por él, pero no podía perdonarlos por Eleanor, y tenía un deseo furioso de hacérselo saber.

—Ese diagnóstico vuestro casi la mató, aunque no me matara *a mí* —concluyó sardónicamente.

El médico había seguido este arrebato con visible perplejidad. En la abarrotada vida de un médico, ¿qué espacio había para recordar un diagnóstico erróneo? La visión de su olvido hizo que Dorrance continuara con una irritación que iba en aumento:

—El shock *de hecho* la mató… ahora lo veo.

—Diagnóstico… ¿qué diagnóstico? —repitió el médico sin comprender.

—Veo que no te acuerdas —dijo Dorrance.

—Bueno, no; no me acuerdo en este momento…

—Te lo recordaré, pues. Cuando viniste a visitarme con ese especialista en cáncer hace cuatro o cinco años, a uno de vosotros se le cayó el diagnóstico por error cuando os ibais…

—Ah, ¿*es eso*? —la cara del doctor se iluminó con un recuerdo repentino—. ¡Claro! El diagnóstico del pobre hombre que fuimos a visitar antes de venir a tu casa. Ahora me acuerdo de todo. Tu esposa —la señora Welwood entonces, ¿no?— me trajo el papel unas horas después, antes de que lo echara en falta. Creo que dijo que lo habías recogido después de que nos fuéramos, y creías que hacía referencia a *ti*.

El médico soltó una carcajada pensando en ello con desahogo.

—Afortunadamente pude tranquilizarla en seguida.

Se inclinó cómodamente para atrás en su sillón y cambió su voz para darle un tono de condolencia.

—Una vida preciosa, la de tu mujer. Sólo habría deseado que hubiéramos podido prolongársela un poco más. Pero estos casos de fallo cardíaco… al menos puedes decirte a ti mismo que tuviste unos cuantos años felices; y muchos de nosotros ni tan sólo tenemos eso.

El médico se levantó y le tendió la mano.

—Espera un momento, por favor —dijo Dorrance, rápidamente—. Hay algo que quiero preguntarte —Su cerebro daba tantas vueltas que ya no podía recordar lo que había empezado a decir—. No puedo dormir… —dijo.

—¿Sí? —dijo el doctor cobrando una apariencia profesional, pero con una mirada furtiva a su reloj de muñeca.

Dorrance sentía la garganta seca y la cabeza vacía. Luchaba con la dificultad de poner en orden sus pensamientos y de encajar palabras racionales en ellos.

—Sí, pero mi sueño no importa. Lo que quería decir era: ¿lo he entendido bien cuando has dicho que el diagnóstico que se te cayó al irte no era para mí?

El médico lo miró fijamente.

—Dios mío, sí, claro que sí. Tú nunca tuviste el más mínimo síntoma. ¿No te lo dijimos los dos en su momento?

—Sí —asintió Dorrance, lentamente.

—Bueno, si no nos creíste, el susto fue corto, de todos modos —continuó el médico con cierta jocosidad; y le tendió la mano de nuevo.

—Oh, espera —repitió Dorrance—. Lo que realmente quería preguntarte era: ¿qué día dijiste que mi mujer te devolvió el diagnóstico? Pero supongo que no te acordarás.

El médico reflexionó.

—Sí, me acuerdo; ahora me acuerdo de todo. Fue el mismo día. Vinimos a verte por la mañana, ¿no?

—Sí; a las nueve en punto —dijo Dorrance con la sequedad volviéndole a la garganta.

—Bien, la señora Welwood me devolvió el diagnóstico después, a las pocas horas.

—¿Crees que fue el mismo día? (Dorrance se preguntaba por qué continuaba insistiendo en este punto concreto).

El médico de nuevo miró disimuladamente el reloj.

—Estoy seguro de que lo era. Ahora recuerdo que era mi día de consulta y que ella me alcanzó a las dos en punto, antes de que

visitara a mi primer paciente. Nos reímos mucho a costa del gran susto que habías tenido.

—Comprendo —dijo Dorrance.

—Tu mujer tenía una de las risas más dulces que he oído nunca —prosiguió el médico con una expresión de remembranza melancólica.

Hubo un silencio y Dorrance se dio cuenta de que su visitante le miraba con una perplejidad que iba en aumento. Él también se rió ligeramente.

—Pensé que quizá había sido al día siguiente —murmuró entre dientes con imprecisión—; de cualquier manera, me disteis un buen susto.

—Sí —dijo el doctor—. Pero no duró mucho, ¿no? Le pedí a tu mujer que me disculpara ante ti. Ya sabes que estas cosas pasan con los médicos apresurados. Espero que ella te convenciera de que debías perdonarme.

—Oh, sí —dijo Dorrance mientras iba detrás del doctor en dirección a la puerta para dejarle salir.

—Bueno, y en relación con lo que me comentabas de dormir… —dijo el médico en el umbral.

—¿Dormir? —Dorrance lo miró fijamente—. Oh, esta noche dormiré bien —añadió con repentina decisión, mientras cerraba la puerta a su visitante.

ENCANTO Y COMPAÑÍA
(1934)

I

—¡Jim! Tengo miedo… Estoy terriblemente asustada…

La esposa de James Targatt se arrodilló al lado del sillón donde estaba él, el cabello oscuro se apartó de su frente, los ojos quedaron dilatados por las lágrimas, mientras le imploraba a través de esas pestañas increíblemente largas.

—¿Asustada? ¿Por qué… qué pasa? —replicó él, molesto de que le molestaran durante el lento proceso de digestión de la cena que habían tenido en el último restaurante descubierto por Nadeja; ucraniano esta vez. Iban a un restaurante diferente cada noche, normalmente instigados por Nadeja, buscando lo más exótico que ofrecían los más altos círculos de la ciudad de Nueva York.

«Ese esturión estofado con nata…», pensó, agotado.

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Se trata de Boris, cariño. Me temo que Boris va a casarse con una estrella de cine. Esa tal Halma Hoboe, ya sabes… Es la más famosa de todas…

A estas alturas, las lágrimas resbalaban por las mejillas de Nadeja. Targatt apartó el pensamiento del esturión el rato suficiente para preguntarse si algún día empezaría a entender a su esposa, y aun menos a la familia de ella.

—¿Halma Hoboe? Bueno, ¿y por qué no puede? ¿Se ha divorciado de su último marido como es debido?

—Sí, claro… —Nadeja aún seguía llorando—. Pero pensé que quizás a ti te importaría que Boris nos deje. Dice que ahora tendrá que quedarse en Hollywood. Y yo echaré muchísimo de menos a mi hermano. Hollywood está muy lejos de Nueva York… ¿no? Vamos a echar mucho de menos a Boris, ¿verdad, James?

—Sí, sí. Claro. ¡Boris es un gran chico! Es divertido pensar que vamos a emparentar con una estrella de cine. «Mi cuñada Halma Hoboe». Bueno, ya que él no tuvo éxito en el cine… —dijo Targatt mientras parecía un poco aliviado, lo que afloró en su rostro al poco.

—*Ella* deberá pagarle de ahora en adelante las facturas… —murmuró en una voz tan baja, que su mujer no lo oyó.

Alargó la mano para coger un segundo cigarro, dejó descansar la cabeza cómodamente en los cojines de la silla y pensó para sí mismo: «Bueno, quizá mi suerte esté cambiando…»; y es que era la primera vez, después de ocho años de matrimonio con Nadeja, que una información relacionada con la familia de su mujer no le obligaba a firmar un nuevo cheque inmediatamente.

II

James Targatt siempre había evitado cualquier forma de debilidad sentimental; aunque ahora, mientras recordaba su vida, se preguntaba si la única ocasión en que había traicionado este principio no acabaría resultando el mejor golpe de suerte para sus negocios.

No le había costado mucho evitar el matrimonio. Nunca había sentido ningún anhelo de ser padre, ni había creído que casarse con una chica tradicional y cariñosa que odiara la vida mundana y quisiera quedarse en casa zurciendo y fregando beneficiaría en nada

la carrera de un hombre ambicioso. Pensaba que probablemente al final resultaría más barato tener a profesionales que zurcieran y fregaran para uno, incluso si provenían de esos extorsionadores establecimientos de servicio de limpieza que, antes de la depresión, acostumbraban a cobrar un dólar por tales servicios. Y finalmente encontró a una viuda alemana desamparada que le aceptó un salario de miseria; lo alimentaba bien y nada caro, y le mantenía el piso tan limpio y reluciente como un yate deportivo. Por lo tanto, él no tenía en absoluto ninguna obligación de casarse; y cuando de repente lo hizo, ninguna consideración de conveniencia entró en el trato.

Más tarde supuso que aquello que le había pasado es lo que la gente llamaba enamorarse. Eso nunca se lo había permitido antes, y tampoco estaba del todo seguro de que ése fuera el término correcto para la sacudida que le causó la primera impresión de Nadeja. El mismo nombre de ella contaba ya una parte de la historia de forma suficientemente elocuente. Ella provenía de esa masa de indistinguible miseria humana que luchaba por abrirse camino y a la que Targatt denominaba «los náufragos de la guerra». Un día —aún se preguntaba cómo, puesto que siempre se guardaba ferozmente de tales intrusiones—, ella se introdujo a la fuerza en su despacho e intentó venderle (¡mira por dónde…!) un cuadro pintado por su hermano Serge. Ella le contó que pasaban hambre, y probablemente fuera cierto. Pero eso no lo emocionó especialmente. Había escuchado la misma historia demasiadas veces y en boca de mucha gente, y aquello estaba dolorosamente relacionado en su mente con una forma de bandidaje aterrador y rapidísimo conocido como «colecta». Además, la imaginación de Targatt no era particularmente activa, y dado que a él no le faltaba nunca una buena comida, poco le podía conmover que hubiera otros en la situación contraria. Así pues, hasta la fecha no era capaz de explicar cómo ocurrió que comprara el cuadro de Serge en el acto y se casara con Nadeja a las pocas semanas. Le habían golpeado en la cabeza y con un saco de arena; un atraco de lo más habitual. Esa era la única manera de describirlo.

Nadeja ni tan siquiera intentó zurcir o fregar para él —lo que quizás a él ya le conviniera, puesto que le agradaba la comodidad. Al contrario, se hizo amiga de la viuda alemana de inmediato y cargó a la pobre y diligente mujer con el cuidado adicional de su guardarropa, que había sido insignificante antes de casarse pero que se incrementaba a ojos vistas después de que se hubiera convertido en la señora de Targatt. Había una segunda habitación para los empleados encima del piso y Targatt propuso, con cierta desgana, que deberían encontrar a otra chica que ayudara a Hilda, pero Nadeja dijo que no, que no creía que a Hilda le pudiera importar eso, y que la habitación sería ideal para Paul, su hermano menor, que estudiaba para violinista.

Targatt odiaba la música y sufrió agudamente (para un neoyorquino) los ruidos persistentes y repetidos; pero Paul, un chico amable, también de largas pestañas, se trasladó a la habitación al lado de la de Hilda y le daba por practicar el violín todo el día y gran parte de la noche. La habitación estaba situada directamente encima de la que Targatt ahora compartía con Nadeja, cuyo espacio, si se excluía su mesita para el afeitado, le pertenecía exclusivamente a ella. Pero soportó el ruido de Paul, y fue Hilda quien «atacó». Dijo que amaba la música que le provocaba *Heimweh*[2], pero que ésta sólo le provocaba dolores de cabeza; y para mayor consternación de Targatt, anunció su intención de irse a finales de mes.

Fue el golpe más duro que él recibiera desde que una vez —y sólo una— se equivocó en los negocios. No tenía tiempo para buscar otra criada y estaba seguro de que Nadeja no sabría cómo encontrar una. Cuando se lo comunicó a Nadeja, ésta coincidió con su punto de vista en lo que se refería a su incapacidad.

—¿Pero para qué queremos una criada? Nunca lo entendí —dijo ella—. Y la habitación sería perfecta para mi hermana Olga, que está estudiando para cantante. Ella y Paul podrían ensayar juntos…

—Válgame Dios… —exclamó Targatt.

—Y podríamos ir todos juntos a los restaurantes; uno diferente cada noche; es mucho más divertido, ¿no crees? Y hay gente que

viene y limpia… ¿verdad? Hilda era una ladrona… Nunca quise decírtelo, pero…

Antes de que acabara la semana, la joven Olga, cuyas pestañas era aún más largas que las de Paul, se acomodó en la habitación de la segunda criada, y en menos de un mes Targatt había instalado un gran piano en su propio salón (donde ocupaba todo el espacio libre dejado por el diván de Nadeja), para que Nadeja pudiera acompañar a Olga cuando Paul no estuviera disponible.

III

Hasta aquel momento Targatt nunca había pensado demasiado en la familia de Nadeja. Tenía entendido que su suegro había sido un alto dignatario en los tribunales, con propiedades rurales y un ejército de esclavos; no, creía que ya no tenían ni esclavos ni siervos, o como se llamaran, en esos extravagantes países al este o al sur de Rusia. Targatt no era muy bueno en geografía. No tenía atlas, y aún no había tenido tiempo de ir a la biblioteca pública y recabar información sobre la patria de su suegro. De hecho, nunca tenía tiempo de leer o de pensar en ningún otro asunto que no fuera hacer dinero; sólo sabía que el viejo Kouradjine había sido un pez gordo en algún país donde los bolcheviques habían confiscado las propiedades de todo el mundo, y donde aparentemente todas las mujeres (y los hombres jóvenes también) tenían las pestañas largas. Pero todo esto formaba parte de un cuento de hadas desvanecido; ahora el viejo era sólo un número más en un Fondo de Ayuda a Oriente Próximo, mientras que Paul y Olga y todos los demás (Targatt ni tan sólo estaba seguro de saber cuántos eran) aparecían en otras listas similares, aunque a escala más modesta, ya que supuestamente eran capaces de ganarse la vida por sus propios medios. Pero ¿eran en verdad capaces de hacerlo, y había alguna

forma de ganarse la vida para ellos? Esto era lo que Targatt se empezaba a preguntar a medida que pasaba el tiempo.

Targatt no era un hombre especialmente sociable, pero en sus días de soltería le apetecía invitar a cenar a algún amigo de vez en cuando, principalmente para ver cómo se maravillaba por el brillo de su mesa de caoba y alababa el *Wiener Schnitzel*[3] de Hilda. Esto se había terminado. Todas sus comidas se realizaban en restaurantes: uno diferente cada vez, y, normalmente, compartidas con Paul, Olga, Serge (el pintor) y la hermana divorciada, Katinka, que tenía tres hijos y un amante refugiado, Dmitri.

Al principio, esta situación le resultaba muy incómoda e incluso dolorosa a Targatt; pero como al parecer era inevitable, se adaptó a ella y se enfrascó en una actividad empresarial frenética mientras dejaba a un lado las preocupaciones privadas.

Su actividad, de hecho, se veía triplicada por el hecho de que no se restringía exclusivamente a sus asuntos personales, sino que cada día más incluía esfuerzos tales como organizar una exposición de cuadros para Serge, encontrar financiación para las clases de violín de Paul, intentar convencer a alguien de contratar a Olga en un gira de conciertos, obligar a Katinka a trabajar como dependienta en la tienda de un modisto de postín y convencer a un amigo de un banco de que recomendara a Dmitri como intérprete para la clientela extranjera. Todo esto era suficientemente difícil, y si Targatt no se hubiera visto sostenido por el respaldo del tenaz optimismo de Nadeja, su coraje habría desfallecido; pero el problema supremo era cómo abordar el tema del hermano menor, Boris, que sólo contaba con diecisiete años y tenía las pestañas más largas de todos. Boris era demasiado mayor para ir a la escuela, demasiado joven para ponerse a trabajar en el despacho de un banquero o un corredor bursátil, y demasiado risueñamente irresponsable para mantener un trabajo veinticuatro horas, si se le hubiera ofrecido. Durante los tres años siguientes a su matrimonio, Targatt sólo tuvo una ligera idea de la existencia de Boris, ya que éste no había formado parte de la primera «remesa» americana de la familia. Pero de pronto llegó solo,

sin rumbo, de Odesa o de Atenas, y se unió al resto del grupo en el restaurante. Por aquel entonces la mayoría de los Fondos de Ayuda a Oriente Próximo estaban siendo liquidados y, a pesar de los esfuerzos de Targatt, fue imposible conseguir ayuda financiera para Boris, así que en los primeros meses éste se quedó agradablemente apoltronado en el diván de Nadeja sin nada que hacer, y como era muy exigente con la calidad de sus cigarrillos y consumía una gran cantidad a diario, Targatt empezó por primera vez a recelar ligeramente de un miembro de la familia de Nadeja.

Boris habría sido una cruz más llevadera si, en el momento en que llegó, Targatt hubiera conseguido que el resto de los miembros la familia se valieran por sí mismos; pero, por más que lo intentaba, siempre acaban por resultarle una carga. Serge no lograba vender sus cuadros, Paul no conseguía ningún empleo en orquestas, Olga había dejado el canto por el baile, con lo que su matrícula tenía que abonarse de nuevo; y pensar en Dmitri y Katinka y los tres hijos de Katinka no favorecía el descanso al final de un duro día en Wall Street.

Y no obstante, Targatt nunca había sido capaz de seguir enfadado mucho tiempo con ningún miembro de la familia Kouradjine. Durante algunos años esto no le sorprendió demasiado; puesto que no era muy dado ni al autoanálisis ni a la disección de los demás, excepto cuando se trataba de negocios. Le habían enseñado, casi desde la guardería, a discernir y a saber orientar los motivos de una operación mercantil; pero entendía tanto de las motivaciones humanas como si se hubiera quedado en la guardería. Era ligeramente consciente de que Nadeja lo sabía y de que le causaba una diversión apenas perceptible. Una vez que habían estado cenando con uno de sus amigos y su esposa, una pesada y metomentodo, que había conducido la conversación hacia el manido tema de cuánto debían las madres ilustrar a sus hijas acerca de «ya sabéis qué… simplemente, *¿cuánto* debemos enseñarles? Ése es un tema muy delicado, ¿no es verdad, señora Targatt…?», Nadeja se sintió acorralada de tal manera que hizo frente a la pregunta con

una mirada de genuina perplejidad. «¿Enseñarles? ¿Se tiene que enseñar *eso*? Creo que es la misma Naturaleza quien se lo va a enseñar, ¿no? Pero yo creo que primero de todo debería enseñárseles a coser y a cocinar», dijo con su enigmática sonrisa. Y en estos momentos, reconsiderando el caso Kouradjine, Targatt pensó de pronto: «¡Esto es! Por supuesto la Naturaleza enseña a los Kouradjine. Es un don, como tener una voz de tenor. El tema está en saber sacarle provecho al máximo», y empezó a reflexionar sobre este atributo descubierto recientemente. ¿Era… qué? ¿Encanto? ¡Dios nos libre! La mera palabra le ponía los pelos de punta, al recordar los tediosos picnics y las cenas aún más tediosas en las que, con repostería rosa en papel abarquillado, el menú principal giraba en torno a «¿Qué es el encanto?». «Huiría millas y millas de una mujer con encanto; y también lo harían la mayoría de hombres», recordó Targatt con estremecimiento retrospectivo. Y por primera vez intentó realizar un inventario de los encantos de Nadeja.

No era hermosa, de eso estaba seguro. Él no sabía ver a las personas, no las veía realmente, ni cuando estaban justo delante de sus narices, y podía aún menos visualizarlas en su ausencia. Cuando Nadeja no estaba, todo cuanto ella le suscitaba era algo agradable pero borroso. Pero no estaba tan ciego como para no ver cuando una mujer era hermosa. No obstante, la belleza estaba hecha para ser admirada, no para vivir con ella; él nunca había querido casarse con una mujer bella. Y Nadeja tampoco era inteligente; al menos en la conversación. (Y ésta, pensó él, era una de sus cualidades). Por lo que respetaba a otros llamados talentos sociales: tirar las cartas, ¿por ejemplo? Bueno, él sabía que ella y Katinka no se abstenían de sacar una vieja baraja y leer la buenaventura cuando creían que él no las veía; pero algo tan científico como el *bridge* la asustaba. Y tuvo la sensatez de no intentar aprender. Esto en cuanto al capítulo social; y en lo que respecta al hogar, bueno, no era precisamente una buena administradora, pensó. Pero acordándose de su madre, que había sido considerada un modelo en la materia, también dio las gracias por este defecto a Nadeja. Por último, se dijo a sí mismo:

«Parece que la amo por todas las cosas que *no* es». Esto no le satisfacía pero no sabía hacerlo mejor. «Bueno, de alguna forma encaja en el decorado», concluyó, pero como eso también sonaba inadecuado, le pareció que podía encerrar la clave para entender a los Kouradjine. Sí, realmente *encajaban en el decorado*, si bien te apretaban un poco y te pisoteaban algo más que un poco, pero nunca —y ése era el tema— te torturaban como una corona de espinas o te apabullaban, y ni siquiera se hacían indeseables…

Este hecho, del que había sido ligeramente consciente desde un principio, ahora concentraba su atención porque, de pronto, tuvo una visión de las posibilidades de negocio que ello suponía. El joven Boris sólo había tenido que tomarle prestados cien dólares para el viaje a Hollywood, ¡y hete aquí que ya estaba prometido con la estrella de cine más importante del mundo! En vista de este acontecimiento sorprendente, Targatt al punto se acordó de que, no hacía mucho tiempo, Katinka le había pedido si no le podría facilitar a Dmitri, que no había triunfado en la banca, una carta de recomendación para algún tipo de trabajo en la oficina de un viudo millonario que era la mayor lumbrera que había en el horizonte comercial de Targatt. Targatt había escuchado la sugerencia sin entusiasmo alguno.

—Tu hermana está loca —le dijo a Nadeja—. ¿Cómo puedo recomendar a este chico a un hombre como Bellamy? ¿Ha recibido alguna preparación para los negocios?

—Bueno, sabemos que el señor Bellamy está buscando un contable, porque te preguntó si conocías a alguno… —replicó Nadeja.

—Sí, ¿pero qué conocimientos tiene Dmitri? ¿Tiene la más remota idea de contabilidad?

—No, aún no. Pero dice que quizá podría comprarse un librito sobre el tema.

—Oh, Dios… —gruñó Targatt.

—Pero aun así, ¿no crees que podrías recomendarle, cariño?

—No, mucho me temo que no puedo.

Nadeja no insistió, nunca insistía.

—He descubierto un nuevo restaurante donde preparan unos *blinis* mucho mejores. ¿Les digo que nos vemos todos allí esta noche a las ocho y media? —sugirió ella.

Ahora, en vista de las noticias de Boris, Targatt empezó a reflexionar sobre esta conversación. Dmitri era un idiota sin remedio; pero Katinka… ¿y si le diera la carta para el viejo Bellamy a Katinka? Targatt no sabía exactamente cómo la formularía; pero se imaginaba que Nadeja le ayudaría. En esas cosas ella era realmente inteligente. Unos días más tarde, le preguntó:

—¿Dmitri ya tiene un nuevo trabajo?

Ella le miró sorprendida.

—No, como no lo pudiste recomendar, no sé compró el libro.

—Al infierno el maldito libro… Mira, Nadeja: ¿qué pasaría si le diera a Katinka la carta para el viejo Bellamy?

Había hecho la sugerencia con cierta vergüenza, casi esperando que debiera dar explicaciones. Pero no con Nadeja.

—Oh, cariño, tú siempre piensas lo más acertado —contestó ella mientras lo besaba; y tal y como se había imaginado, ella le dio las instrucciones sobre cómo debía escribir la carta.

—Y le dejaré mi zorro plateado para que se lo ponga —añadió Nadeja.

Claramente, la educación social de la familia Kouradjine había sido mucho más exhaustiva que la de Targatt.

Katinka visitó al señor Bellamy; y cuando regresó, informó favorablemente sobre la visita. Aún no se había decidido nada sobre Dmitri, puesto que se había visto obligada a confesar que no tenía formación alguna como contable; pero el señor Bellamy había sido muy amable y le había invitado a que volviera alguna tarde a su casa para ver sus cuadros.

De esta visita Katinka también volvió muy satisfecha, aunque parecía que no había conseguido nada concreto en relación con Dmitri. De todas formas, el señor Bellamy la había invitado a cenar y

a ir al teatro; y unas semanas después ella les comunicó a Targatt y a Nadeja:

—Creo que me iré a vivir con el señor Bellamy. Tiene un piso vacío que yo podría ocupar y él me lo amueblaría maravillosamente.

Aunque Targatt se enorgullecía de poseer una mente imparcial, se estremeció ligeramente al oír dicha insinuación. Le parecía cruel para Dmitri y decididamente incómodo respecto a Nadeja y a él mismo.

—Pero Katinka, si el señor Bellamy está tan encaprichado de ti como dices, creo que debería casarse contigo… —dijo con severidad.

Katinka asintió.

—Y tanto que debería… Y creo que lo hará después de que haya vivido unos meses con él.

Esto alteró todas las teorías que Targatt mantenía sobre los individuos de su sexo.

—Pero, mi pobre chica: si de entrada te vas a vivir con un hombre como… como cualquier otra mujer que él hubiera podido obtener con dinero, ¿por qué demonios debería querer casarse contigo después?

Katinka lo miró con calma. Sus pestañas no eran tan largas como las de Nadeja pero sus ojos transmitían la misma sabiduría.

—Por costumbre —contestó simplemente, y en unos instantes el mundo convencional de Targatt se hizo añicos a sus pies.

¿Quién sabía mejor que él que cuando uno se acostumbraba a los Kouradjine ya no había vuelta atrás? No dijo nada más y se puso cómodo para observar lo que le pasaría al señor Bellamy.

IV

El señor Bellamy no le ofreció un puesto de contable a Dmitri, pero poco después de casarse con Katinka, le acogió en su casa

como secretario privado. Targatt, en un primer momento, se sorprendió y mostró su desaprobación, pero vio que Nadeja no la compartía.

—Eso está muy bien —dijo—. Estaba segura de que Katinka no abandonaría a Dmitri, y el señor Bellamy es muy generoso. Adoptará a los tres niños de Katinka.

Pero no debe pensarse que la suerte de todos los Kouradjine marchaba igual de bien. Por un breve momento, Targatt se imaginó que el enamorado Bellamy se haría cargo de toda la familia; pero Wall Street empezaba a estar agitado y Bellamy limitó su hospitalidad a los hijos de Katinka y a Dmitri, y como muchos ricachones, expresó su nulo interés para con aquellos cuyas desgracias no incidían en su comodidad. Así pues, se disipó su sueño de una responsabilidad compartida, y Targatt se vio enfrentándose a un panorama comercial decididamente menos rutilante y aún con un considerable número de Kouradjine a su cargo. Concretamente, Olga era motivo de preocupación. Se adaptaba menos, *encajaba* menos en el decorado que los demás, y sus experimentos en el mundo de la música y el baile habían fracasado todos por falta de perseverancia. Pero ella (al menos eso creía Nadeja) era de lejos la más guapa de la familia; y al final Targatt decidió pagarle un viaje a Hollywood con la esperanza de que Boris hiciese de ella una estrella de la pantalla. No obstante, esta sugerencia se topó con un telegrama de Boris inquietante y fechado en la ciudad de Reno: «No mandéis a Olga, me divorcio de Halma».

Por primera vez desde el día en que se casó, Targatt se sintió realmente desanimado. ¿Había quizás demasiados Kouradjine, y el acostumbrarse a los Kouradjine había empezado a llegar a su fin? Las noticias de Boris perturbaron a toda la familia, y cuando —después del breve intervalo obligado en el que se inició el juicio contra la estrella de cine— Boris se marchó de Reno y apareció en Nueva York, su impertérrito buen humor se consideró poco apropiado para la ocasión. Nadeja, siempre optimista, lo interpretó como una señal de que se iba a casar con otra estrella —y quizá aún

más rica—; pero Boris dijo «Dios me libre de tal cosa», y que Hollywood se había acabado para él. Katinka y Bellamy no lo invitaron a visitarles ni a quedarse, y el resultado final fue que se le tuvo que preparar una cama en el diván del salón de los Targatt, y hubo de compartir baño con Targatt y Nadeja.

La situación se alargó de esta manera durante algunas semanas, hasta que un día Nadeja le comentó a su marido, en privado:

—Ha sacado tres millones —susurró ella con los ojos bien abiertos—. Lo supo sólo ayer. El cheque ya ha llegado. ¿Crees, cariño, que ella tendría que haberle dado más?

Targatt no lo creía así; no alcanzaba a decir nada de la hazaña de Boris.

—¿Y qué hará con este dinero? —jadeó.

—Bueno, creo que primero lo invertirá y luego se irá al Lido. Hay una chica joven allí de la que creo que está enamorado. Sabía que Boris no se divorciaría sin motivo. Se va allí a verla.

Targatt no pudo disimular su indignación. ¿Boris no haría nada por su familia antes de invertir los millones? Nadeja comentó que ella también había pensado lo mismo, pero Boris había dicho que ya había invertido el dinero esa misma mañana, y naturalmente no dispondría de los intereses hasta el siguiente trimestre. Y mientras tanto, estaba tan enamorado, que ya tenía pasaje para el día siguiente en el *Berengaria*. Lo encontraba de lo más normal, ¿no?

Targatt engulló su ira y dijo que sí, que suponía que ello era suficientemente razonable. Después de todo, si el chico había conocido a una chica joven a la que podía respetar y amar, y si tenía el dinero suficiente para casarse con ella y sentar la cabeza, nadie podía acusarle de apresurarse a pedirle la mano. Y Boris se había dado prisa.

Pero mientras tanto la eliminación de dos Kouradjine no había surtido el efecto deseado en cuanto a reducir el número total de miembros de la tribu. Al contrario, el total había aumentado puesto que, de pronto, tres nuevos miembros habían aparecido. Uno de ellos era una princesa rusa de provecta edad y completamente

arruinada (una prima lejana, explicó Nadeja) con la cual el viejo Kouradjine había decidido establecer una tardía alianza ahora que el resto de la familia estaba colocada. («No pudo hacer menos», coincidían misteriosamente Katinka y Nadeja). Y los otros recién llegados, que causaban sensación, eran dos hermosas criaturas conocidas respectivamente en la familia como Nick y Mouna, pero cuyos problemas con el organismo que expedía los pasaportes hacían pensar que había dudas legales respecto al apellido que acompañaba sus nombres de pila. Estas dificultades fueron finalmente vencidas gracias a los esfuerzos de Targatt, así que se consiguió arrebatarlos de las garras de las autoridades de Ellis Island, y Nick y Mouna se unieron alegremente al grupo en otro nuevo restaurante, El Transcaucásico, que Nadeja había descubierto recientemente.

La ahora inmensa y dilatada experiencia de Targatt con la naturaleza humana no le dejó lugar a dudas sobre el origen de Nick y Mouna, y cuando Nadeja le susurró una noche (a pesar del tumulto de las abluciones tardías de Boris en el baño contiguo) «sabes, el pobre Papá sintió que no podía dejarlos sin colocar», Targatt ni se atrevió a preguntar la razón de ello.

Pero ahora tenía ni más ni menos que a siete Kouradjine dependiendo en mayor o menor grado de él, y la noche siguiente se mantuvo despierto hasta tarde e hizo algunas cuentas, y reflexionó. Ni siquiera a Nadeja le podía contar francamente el resultado de su noche en vela; pero le dijo al día siguiente:

—¿Qué ha pasado con aquel piso de Bellamy en el que Katinka vivía antes…?

—Vaya, le cedió el contrato de arrendamiento a Katinka como regalo de boda; pero parece que la gente ya no es tan rica como antes, y como es un piso tan bonito y el alquiler es elevado, los inquilinos no pueden seguir manteniéndolo…

—Bueno —le respondió Targatt con repentina determinación—: pues dile a tu hermana, que si abarata un veinticinco por ciento el alquiler, yo retomaré el contrato de arrendamiento.

Nadeja se puso a jadear.

—¡Oh, James, eres un ángel! ¿Pero qué tienes planeado hacer con él?

Targatt se levantó.

—Vivir allí —manifestó temerariamente.

V

Había sido la primera vez (excepto cuando se casó con Nadeja) que él había sido temerario; y no se podía negar que disfrutaba con dicha sensación. Pero no había actuado sólo por placer; tenía una segunda intención. De qué se trataba es algo que, por el momento, decidió no comentar con nadie. Simplemente le pidió a Katinka —quien, bajo las enseñanzas del experimentado mayordomo del señor Bellamy, había desarrollado algunas ideas rudimentarias acerca de cómo llevar una casa— que le proporcionara sirvientes adecuados a Nadeja y que intentara enseñarle cómo utilizarlos; y luego anunció a Nadeja que estaba decidido a disfrutar un poco de la vida. Él y Nadeja ya habían conocido a algunos de los personajes de moda en casa de los Bellamy, así que procedieron a invitarles a su nuevo piso y a darles de comer platos exóticos y a estimularles con misteriosos cócteles. En estas cenas, los nuevos amigos de Targatt conocieron a los Kouradjine más jóvenes y encantadores: Paul, Olga, Nick y Mouna, y siempre se marchaban fascinados por los encuentros.

Esta nueva forma de vida significó un gasto considerable, y aún más cuando Nadeja, instigada por Targatt, invitó a Olga, Nick y Mouna a irse a vivir con ellos. Una inmensa gratitud invadió a Nadeja, que, como el resto de sus emociones, era tan exquisitamente modulada, que se posó sobre Targatt cual delicado rocío caído del cielo, e hizo simplemente que él sintiera mayor ternura por ella. Pero Targatt siguió sin explicarse. Tenía una idea, y

sabiendo que Nadeja no le molestaría con preguntas, se puso a esperar tranquilamente, a pesar de que Wall Street estaba cada vez más agitado, de que no habían recibido noticias de Boris, y de que Paul y Olga siguieran sin trabajo.

Las pequeñas cenas de los Targatt y los elegantes cócteles organizados por Nadeja se pusieron de moda entre los miembros de una clase superior a la de los Bellamy. Casi siempre había uno o dos de los encantadores Kouradjine, pero éstos iban tan buscados en las recepciones elegantísimas de Park Avenue —o la divertidísimas de Long Island—, que Targatt y Nadeja tenían que asegurarse de su presencia de antemano, si bien nunca se corría el peligro de que hubiera demasiados al mismo tiempo en aquellas cenas.

Al contrario, en alguna ocasión no se presentó ninguno de ellos; y una de esas noches, Targatt, consciente de la fiesta no había «funcionado», estuvo a punto de descargar su enfado contra el ausente Serge, cuando Nadeja le dijo con delicadeza:

—Siento que Serge no te lo haya dicho. Pero creo que se casó hoy con la señora Leeper.

—¿La señora Leeper? ¿No será la mujer de la pasta de dientes «Dazzle» a la que conoció en casa de los Bellamy y que quería que le decorara el salón de baile?

—Sí, pero creo que en el fondo ella no quería que él le decorara el salón de baile. Y en vez de eso se ha casado con él.

Un año antes, Targatt no hubiera abierto la boca y tan sólo hubiera emitido un gemido atónito. Pero desde entonces su educación había progresado rápidamente, y ahora se limitó a decir:

—Ya veo… —y volvió a su desayuno con una sonrisa misteriosa. Había recibido la factura del sastre de Serge el día anterior y se había pasado media noche ensayando lo que le diría a Serge cuando se vieran. Pero ahora tan sólo comentó—: Esa mujer tiene unos ingresos de dos millones de dólares… —y pensó para sí mismo que el experimento del piso estaba saliendo mucho mejor de lo que podía haber imaginado. Si se había podido deshacer de Serge tan

fácilmente, no había ningún motivo para desesperarse con Paul u Olga.

—¿La señora Leeper no tiene un sobrino? —le preguntó a Nadeja, quien, como si le hubiera leído el pensamiento, contestó con pesar:

—Sí, pero me temo que está casado.

—Ah, bien… ¡Manda a Boris a hablar con él…! —se mofó Targatt.

Y Nadeja, que nunca se reía, sonrió ligeramente y contestó:

—Boris también se casará pronto.

Le pasó a su marido el periódico de la mañana que aún no había podido hojear y éste leyó, en grandes titulares, el comunicado de la boda en Londres del príncipe Boris Kouradjine, vástago del príncipe Peter Kouradjine, soberano heredero de Daghestán y chambelán en la corte de su difunta Majestad Imperial el zar Nicolás, con la señorita Mamie Guggins, de Rapid Rise, Oklahoma.

—Boris ha exagerado un poco el rango de nuestro padre —comentó Nadeja; pero Targatt dijo pensativo:

—Nadie puede exagerar la fortuna de los Guggins.

Y Nadeja suspiró silenciosamente.

No debe de suponerse que este cambio de la suerte de los Kouradjine proporcionó algún beneficio directo a Targatt. Nunca lo había esperado, ni tan sólo deseado. Ninguno de los Kouradjine había insinuado devolver nada de las sumas de dinero que Targatt había invertido educando y vistiendo provechosamente a su irresistible familia política; tampoco las prodigiosas facturas del restaurante habían menguado, ya que nadie se había ofrecido a participar en ellas. Sólo la anciana princesa (con tantas princesas jóvenes alrededor, se hacía necesario llamarla así cuando no les oía) había dicho con lágrimas en los ojos el día de la boda:

—Créeme, mi querido James, que lo que has hecho por nosotros no se olvidará cuando volvamos a Daghestán…

Y hablaba con tan sincera emoción, con las lágrimas suavizándole sus cansados y magníficos ojos, que Targatt, en ese preciso instante, se sintió correspondido. Otros y más sustanciales rendimientos sacó

de su alianza con los Kouradjine; y era esta perspectiva la que gobernaba su conducta. Desde el día en el que se le ocurrió mandar a Katinka para que intercediera ante el señor Bellamy, Targatt ni una sola vez se había desviado de su propósito. Y lentamente, pero con paso firme, estaba empezando a cosechar los frutos de su esfuerzo.

El señor Bellamy, por ejemplo, no había encontrado manera de colocar a los Kouradjine más jóvenes; pero estaba lo suficientemente dispuesto a dejar que Targatt sacara tajada de unos de esos negocios lucrativos normalmente reservados a los que ya eran ricos. La señora Leeper, a su vez, le ofreció la oportunidad de comprar un parte importante de acciones de «Dentífrico Dazzle» a unas condiciones excepcionales; y como el mundo de la moda y las finanzas se fijaron en los Kouradjine más jóvenes, y se sentían fascinados por ellos, las oportunidades de Targatt para medrar en los negocios fueron ilimitadas. Y entonces sintió cómo una agradable sensación le recorría la espalda al pensar que todas las alianzas anteriores de los Kouradjine parecían insignificantes ante la asombrosa riqueza de la novia de Boris. «Boris realmente me debe un favor», caviló Targatt; pero no esperaba que Boris fuera consciente de ello. Se instó a la nueva princesa a que le pasara su vestuario descartado a Olga y a Mouna, y Boris regaló pitilleras a sus hermanos y su cuñado; pero ahí terminó el despilfarro. De todas formas, Targatt no estaba preocupado; durante años había deseado conocer al gran señor Guggins, ¡y ahora estaba, realmente emparentado con la única hija de ese caballero!

Cuando el señor Guggins se hallaba bajo los efectos de la felicidad familiar o etílica, casi era tan emotivo como los Kouradjine. A su regreso a Nueva York, después de despedirse de su única hija, le esperaban en el puerto Targatt y Nadeja, que le sugirieron que fuera esa noche a cenar con ellos a un restaurante nuevo y alegre con todos los demás Kouradjine. El señor Guggins se sintió tan interesado por la anciana princesa, a quien le confesó lo difícil que era encontrar buenos limpiadores de ventanas en Rapid Rise, que al día siguiente, Targatt, como se diría vulgarmente, pensó que tenía al

viejo en el bolsillo. El señor Guggins estuvo una semana en Nueva York, y cuando partió, Targatt sabía lo suficiente sobre las industrias Guggins como para hacer algunas nuevas inversiones muy provechosas; y la señora Guggins se llevó a Olga como secretaria particular.

VI

Estimulado por estos éxitos sucesivos, la imaginación de Targatt, que tanto había tardado en desarrollarse, crecía como una flor mágica japonesa. Ya no veía ningún límite a lo que se podía hacer con los Kouradjine. Había encontrado un puesto de trabajo para el viejo príncipe como representante en Nueva York en una empresa puntera de marchantes de cuadros en París; Paul y Nick trabajaban como bailarines profesionales en clubs nocturnos de moda, y de momento sólo Mouna, encantadora pero difícil, seguía pesando en la mente de Targatt y… en su nómina.

Era la primera vez en la vida que Targatt había probado los frutos de la tranquilidad, y los encontró sorprendentemente agradables. Ya no era joven, le costaba más que antes caminar por el campo de golf, y algunas veces le daba por contarle la misma anécdota dos veces al mismo interlocutor. Pero la vida era emocionante a la par que tranquila, y debía reconocer que sus intereses se habían incrementado enormemente. Todo eso, naturalmente, se lo debía en primer lugar a Nadeja. Pobre Nadeja; tampoco ella era tan joven como antes. Aún era esbelta y ágil, pero tenía pequeñas patas de gallos en los ojos y la boca un poco «caída». Otros quizá no notaban estos cambios, pensaba Targatt; pero a *él* no se le escapaban. Targatt, que en su día no supo ver la belleza, ahora se había vuelto un experto en el arte de valorarla, y sonreía de manera cómplice cuando sus amigos alababan los jóvenes encantos de Mouna, o

inclinaban la balanza en favor de Olga, mucho más «madura». No había nada que se le pudiera decir ahora sobre los «valores» de los Kouradjine: los tenía clasificados como si fueran vinos, y le reconfortaba pensar que Nadeja era, después de todo, la única cuyo valor de mercado era el menos considerable. Fue una pura suerte —una parte de la suerte de los Kouradjine— que su elección recayera en la Kouradjine menos proclive a los alborotos y escándalos; y después de un día apasionante en Wall Street, o de una fatigosa lucha por sacar a Paul o Mouna de algún nuevo apuro, se sumergía en su serena vida familiar.

No obstante, llegó un día en el que empezó a sentir que el contraste entre su esposa y las hermanas perjudicaba a Nadeja. ¿Era porque las otras tenían ropa más elegante o, como Katinka, mejores joyas? Pobre Nadeja, pensó, nunca había recibido otras joyas que su anillo de boda, que había sido además bien poca cosa. ¿Podía ser, conjeturaba Targatt, que a medida que la madurez se aproximaba, ella estuviera perdiendo sus encantos y necesitara los realces discretos de una modista y un médico de cirugía estética? Medio avergonzado, le sugirió que no debía dejarse superarse por Katinka, quien tenía dos o tres años más que ella, y reafirmó dicha idea con una cadena de diamantes de Cartier y la insinuación amistosa de que podría probar la modista de la señora Bellamy.

Nadeja recibió la joya con el éxtasis de rigor y apareció en la siguiente cena con un vestido que fue positivamente valorado por todos los presentes. Katinka dijo:

—Bueno, al menos la pobre Nadeja va *vestida* de verdad.

Y Mouna se enfurruñó visiblemente, y comentó a su cuñado:

—Si quieres que las personas idóneas me pregunten por ti, déjame que me compre alguna ropa en el mismo sitio que Nadeja.

Todo iba como tenía que ir, y la satisfacción de Targatt fue en aumento cuando observó que su esposa volvía a la flor de la vida. Le pareció divertido que hasta para una mujer tan sensata como Nadeja, la ropa y las joyas pudieran actuar como tónico, pero es que los Kouradjine *eran* gente rara, y sólo Dios sabe que Targatt no tenía

motivo alguno para envidiarles ninguna de sus pequeños caprichos; especialmente ahora que el compromiso de Olga con el hermano de la señora Guggins (representante de los intereses de los Guggins en Londres y París) había sido anunciado oficialmente. Cuando llegaron las noticias, Targatt regaló a su esposa un par de pendientes de esmeralda y le sugirió que pasaran las vacaciones de verano en París.

Fue el mismo invierno en que causó gran revuelo en Nueva York el anuncio de que el famoso pintor de retratos Axel Svengaart venía a «hacer» a media docena de modelos escogidos. Svengaart nunca había estado en Nueva York antes, y siempre había jurado que cualquiera que quisiera ser pintado por él debería acudir a su taller en Oslo; pero de pronto le pareció que el ambiente americano le podría dar una nueva orientación a su trabajo, y después de pintar a una mujer saliendo del coche frente al taller mecánico de su marido, y a la señora Guggins en primer plano con un pozo de petróleo escupiendo al fondo en Rapid Rise, apareció en Nueva York para organizar una exposición con estos sensacionales lienzos. Nueva York vibraba con la originalidad y la audacia de este nuevo experimento. Después de esperar que le pintaran a uno en el entorno tradicional de la biblioteca gótica o en un salón renacentista, resultaba increíblemente emocionante ser retratado literalmente rodeado de las fuentes reconocidas de la propia fortuna; y casi persuadió a la esposa de un fontanero fabulosamente rico de que se dejara retratar saliendo de la bañera, en un cuarto de baño de lujo equipado con los sanitarios más modernos.

Aureolado por tales logros, Axel Svengaart paseó su cabeza vikinga y su monóculo parisino de un salón neoyorquino a otro, tomando vistas, ponderando y hasta alguna vez elogiando, aunque esto raras veces, pero siempre rechazando por completo cualquier nuevo encargo así como todo aplazamiento de su partida. «Lo tengo todo aquí», decía mientras se tocaba primero la frente y luego el bolsillo; y el marchante que actuaba como su agente dejó entender que hasta las ofertas más desorbitadas serían rechazadas.

Targatt vio, por supuesto, al gran hombre. En el pasado, se hubiera sentido incómodamente turbado por el encuentro, pero ahora podía bromear fácilmente sobre los Guggins y hasta preguntarle a Svengaart si no le había llamado la atención su cuñada, la que estaba a punto de casarse con el representante en París del señor Guggins.

—Ah, la encantadora Kouradjine, sí. Nos preparó unos *blinis* deliciosos —asintió Svengaart con la cabeza en señal de aprobación, pero Targatt advirtió con sorpresa que, como artista, mostraba indiferencia ante las posibilidades plásticas de Olga.

—Ah, bueno, supongo que ya debe de estar harto de nosotros… He oído que se marcha esta semana.

El pintor dejó caer su monóculo.

—Sí, ya he tenido suficiente.

Era después de la cena, en casa de los Bellamy, y repentinamente se sentó en el sofá al lado de Targatt.

—No me gusta la comida congelada de este país —prosiguió—, sólo hay una cosa que haría posponer mi marcha. —Se reajustó el monóculo y miró a Targatt a la cara—. Si me diera la oportunidad de pintar a la señora Targatt; oh, por eso me quedaría otro mes…

Targatt lo miró fijamente, demasiado sorprendido para contestar. Nadeja… ¡el gran hombre quería pintar a Nadeja! La idea le planteaba tantas consideraciones encontradas, que su respuesta, cuando la hubo, fue un mero balbuceo.

—Vaya, realmente… esto es… una sorpresa… un gran honor, naturalmente…

La visión del precio por un simple retrato de Svengaart se le apareció horripilantemente ante los ojos. Svengaart, viendo que él se encontraba rodeado de millonarios, probablemente lo había tomado por un hombre muy rico, y hasta quizás estaba intentando maniobrar para sacarle una suma fuera de lo común. ¿Qué otro incentivo podía existir para querer pintar a Nadeja? Targatt formuló la pregunta en forma de chanza:

—Sospecho que me estará confundiendo con mi cuñado Bellamy. Él debería haberle persuadido de que pintara a su esposa. Pero mucho me temo que mis recursos no me permitirían…

El otro le interrumpió con un gesto de irritación.

—Por favor, mi querido señor. A mí no se me puede «persuadir» para que pinte un retrato. Y en el caso de la señora Targatt, no se me había ocurrido venderle el cuadro. Si la pintara, sería para mí mismo.

La mirada de Targatt se ensanchó.

—¿Para usted? Quiere decir… ¿que pintaría el cuadro sólo para quedárselo? —se rió avergonzado—. Nadeja se sentiría enormemente halagada, claro. Pero, entre nosotros, ¿le importaría decirme por qué desea pintarla?

Svengaart se levantó con una sonrisa apenas visible.

—Porque ella es la única mujer realmente «re-tratable» que he visto por estos pagos. Sus rasgos son incomparables para un retrato de cuerpo entero. Y no puedo ni describirle cómo me divertiría con el cambio.

Targatt continuó mirándolo de hito en hito. De sus labios resecos salieron murmullos de agradecimiento. Se acordó ahora de que el precio por un busto de Svengaart era de quince mil dólares. ¡Y quería hacer un retrato de cuerpo entero a Nadeja a cambio de nada! Solamente —Targatt se recordó a sí mismo—, el muy bellaco quería quedarse con el cuadro. Así que, ¿dónde estaba el beneficio? Sólo se conseguiría con ello la notoriedad de Nadeja, algo innecesario; y concederle todas esas sesiones de posado a cambio de nada… Bueno, parecía de lo más deshonesto, en cierto modo…

—Naturalmente, mi esposa se sentiría inmensamente halagada; pero está muy atareada: la familia, las obligaciones sociales, etcétera. No puedo decirle realmente…

Svengaart sonrió.

—Durante la preparación de un retrato, normalmente hago un buen número de estudios previos, algunos casi tan acabados como

el cuadro final. Si la señora Targatt estuviera dispuesta a aceptarme uno…

Targatt enrojeció hasta las puntas de sus ya escasos cabellos. ¡Un estudio de Svengaart sobre la chimenea del salón! («Sí, una bonita imagen de Nadeja, ¿verdad? Se reconocería a un Svengaart en cualquier sitio… Fue su idea; insistió tanto en pintarla…»).

Nadeja estaba recogiendo unas partituras encima del magnífico piano. Iba a acompañar a Mouna, que le había dado por ponerse a cantar. Mientras estaba de pie con los brazos alzados, con su silueta perfilada contra los tenues tonos de la pared tapizada, el pintor exclamó:

—¡Ajá, ajá…! ¡Ya lo tengo! ¿Ve por qué quiero pintarla?

Pero Targatt en ese momento no podía hablar. En el fondo creía que Nadeja estaba como siempre, quizá sólo un poco cansada; se había quejado de dolor de cabeza esa misma mañana. Pero su valor estuvo a la altura de las circunstancias.

—Ah… los famosas «rasgos» de mi esposa, ¿eh? Bueno, bueno… no se lo puedo prometer; sería mejor que nos visitara y usted mismo intentara convencerla.

Se sentía tan mareado con todo aquello que, mientras conducía a Targatt hacia el piano, el suelo de parquet de los Bellamy parecía como si fuera de cristal bajo sus pies vacilantes.

VII

El éxtasis de Targatt fue intenso pero breve. Nadeja pintada por Axel Svengaart: había medido el alcance de esta situación en un abrir y cerrar de ojos. Se había apartado un poco y la observaba con una sonrisa de profunda satisfacción mientras a ella se le iluminaban los ojos de asombro. Cuando Nadeja se volvió hacia él buscando su aprobación, él ya había asentido. Naturalmente que debía posar para

el gran hombre, daba a entender su mirada. Vio cómo Svengaart encontraba divertido que ella debiera pedir permiso a su marido, pero esto no hizo sino aumentar la satisfacción de Targatt. Ya se vería, ¡caray!, si a su mujer se le podía dar órdenes o no como a una modelo profesional… Quizás-el mejor momento fue cuando, al día siguiente, ella dijo tímidamente:

—Pero, Jim, ¿has pensado en el precio?

Él contestó con las manos en los bolsillos y una sonrisa nada forzada en los labios:

—No hay ningún precio en el que pensar. Lo hará sólo por la belleza de tus «rasgos». Y tendremos gratis una copia del cuadro. ¿Sabías que tienes unos rasgos preciosos, mi vieja Nad?

Ella le miró gravemente un instante.

—No había pensado en ello desde hacía mucho tiempo —dijo.

Targatt se rió y le dio un golpecito en el hombro. ¡Menuda niña estaba hecha! Pero luego se le ocurrió que ella no se había mostrado particularmente sorprendida por la petición del pintor. Quizás ella siempre había sabido que era «retratable», como decía Svengaart. Quizás —y en este momento sintió que un escalofrío recorría su cuerpo—, quizás Svengaart ya había hablado con ella y ambos habían llegado a un acuerdo antes de hablar con él. La idea le hizo sentir incómodo, y pensó que ésta era la primera vez en su vida de casados en que sospechaba de una doblez en Nadeja, aunque fuese la más inocente de las dobleces. Y esto, si fuera verdad, apenas podría considerarse como completamente inocente…

Targatt se apresuró en quitarse la idea de la cabeza. Se estaba comportando como el protagonista de la ópera *Pagliacci*[4] ¡Realmente esto de relacionarse con extranjeros podía acabar convirtiendo a un hombre de negocios de lo más normal en un personaje de ópera…! Llegó el día de la primera sesión de posado, y cuando él ya se iba para la oficina, le dijo a Nadeja:

—Bueno, ¡hasta luego! Y no dejes que ese tipo te vuelva loca…

No pudo sacarle apenas información sobre las sesiones a Nadeja. No es que ella fuera reservada, es que nunca había sido demasiado

dada a informar sobre conversaciones triviales y las cosas que pasaban fuera del círculo familiar; e incluso cuando la afectada era ella, todo le parecía tener un interés muy relativo. Y mientras tanto, las sesiones proseguían. A pesar de su libertad de estilo, Svengaart trabajaba lentamente y parecía que encontraba en Nadeja un tema difícil. Targatt empezó a darle vueltas al asunto: algunas personas encontraban bien parecido al tipo, como un galgo gris y esbelto, una persona cosmopolita, de buenas maneras, a la manera europea. Esto era a lo que Nadeja estaba más acostumbrada; ¿sentiría ella de pronto que era lo que había estando echando de menos todos estos años? Targatt se quedó petrificado sólo de pensarlo. Nunca antes se le había ocurrido lo aburrido que podía ser él mismo. Contemplar su cara en el espejo de afeitar se le volvió tan desagradable, que apartaba su mirada, y como resultado casi se hacía cortes en el cuello. El no tenía nada de un galgo gris, ni tampoco de un vikingo.

Lentamente, mientras estos pensamientos le rondaban por la cabeza, empezó a sentir que él, que lo había recibido todo de Nadeja, le había correspondido con muy poco, o con nada. Lo que había hecho por la familia de ella no contaba para nada en esta valoración del pasado de ellos dos. La cuestión era: ¿qué vida le había dado a Nadeja? Y la respuesta era: ¡ninguna! Ella había pasado los mejores años de su vida cuidando de otros, y no podía recordar que hubiera nunca exigido algo o emitido una queja por haber sido ninguneada. Y no obstante no era una persona ni aburrida ni insustancial; era simplemente Nadeja: una criatura con una tolerancia infinita, sin prejuicios, absolutamente generosa y de lo más desinteresada.

Bueno, sería raro, pensó Targatt, casi con un dolor físico, que nadie se hubiera dado cuenta de estas cualidades tan inusuales. Si a él le supuso diez años descubrirlas, otros puede que estuvieran menos ciegos. Él no se había fijado nunca en sus «rasgos», por ejemplo; ¡y en cambio el pintor ése, nada más verla por primera vez…!

Targatt estaba sentado en el estudio, retorciéndose nerviosamente en la silla. ¿Dónde *estaba* Nadeja?, se preguntaba. Había caído la noche invernal y los pintores no trabajan sin luz de día. La sesión diaria debía de haber terminado, pero ella no había vuelto. Normalmente, Nadeja siempre estaba allí para recibirlo cuando volvía del despacho. Ella le había enseñado a disfrutar del té de la tarde, con un pequeño emparedado de caviar y una rodaja de limón, y ahora el samovar ya murmuraba en el fuego. Cuando visitaba a cualquiera de los miembros de la familia, ella siempre avisaba para avisar si llegaría tarde, pero la criada había dicho que no había ningún mensaje.

Targatt se levantó y caminó impaciente, luego se sentó de nuevo, encendió un cigarrillo y lo tiró. Recordó que Nadeja no se había escandalizado en lo más mínimo cuando Katinka decidió ir a vivir con el señor Bellamy; se había limitado a preguntarse si el paso era oportuno, y al final estuvo de acuerdo con Katinka en que lo era. Tampoco las maniobras matrimoniales de Boris parecieron molestarla. Carecía de la más mínima capacidad de indignación moral. Esta realidad tan dolorosa se le hacía evidente a Targatt por primera vez. La crueldad la escandalizaba, pero en todo lo demás ella parecía creer que la gente debía hacer lo que le complaciera. Y no obstante, desde un principio, ¿había *ella* alguna vez podido hacer todo cuanto deseaba? ¡Ése era el enigma que le atormentaba! Era como si ella permitiera tales libertades a los demás y, en cambio, pidiera muy poco para sí misma.

De acuerdo, ¿pero no decían acaso los psicólogos que había un momento en la vida de toda mujer —de toda mujer abnegada— en que la personalidad reprimida de su ser se reafirma de repente, en cuerpo y alma, y entonces se olvidaban de todo, de sus deberes, de sus ataduras y de sus responsabilidades? Targatt rompió a reír amargamente. ¿Qué significaban para Nadeja «los deberes, las ataduras y las responsabilidades»? No más que para cualquier otro de los Kouradjine. Las palabras no significaban lo mismo para él que para ellos. De pronto sintió una sobrecogedora soledad, como si

durante todos estos años hubiera estado casado con un fraude, una criatura opalina salida del mar…

No, no podía ser que ella aún estuviera en el estudio; y si estaba allí, no era para posar. Maldito retrato, pensó, ¿por qué consentiría que ella posara para Svengaart? Pura codicia, la ambición esnob de poseer un Svengaart, la alegría de obtenerlo a cambio de nada. Cuanto más ahondaba en su motivación, menos le gustaba el personaje que salía a la luz. Pero por más que hubiera representado un papel hasta entonces, no iba a añadir ahora el de marido engañado…

—Maldición, iré yo mismo y veré qué está pasando… —dijo a regañadientes, poniéndose firme y andando con decisión a través de la habitación en dirección a la puerta. Pero justo cuando llegaba al vestíbulo, lo recibió el apenas perceptible ruidito de una llave: la música más dulce que había oído nunca. Nadeja estaba de pie en la entrada, pálida pero sonriente.

—Jim, no ibas a salir de nuevo, ¿verdad?

El se rió avergonzado.

—¿Tienes idea de la hora que es? Me estaba preocupando.

—¿Asustado por mí? —sonrió ella de nuevo—. ¡Dios mío, sí! Es casi la hora de la cena, ¿no…?

Él la siguió hasta el salón y cerró la puerta. Se sintió como un marido sacado de una obra de teatro con mensaje social y pasada de moda; y al instante ya se había puesto a hablar como si realmente lo fuera.

—Pero, Nad, ¿de dónde vienes? —dijo abruptamente.

—Pues del estudio. Ha sido mi última sesión.

—La gente no posa en la oscuridad.

Notó una ligera sorpresa en sus ojos mientras se inclinaba hacia el samovar.

—No, no estuve posando todo el rato. No al menos durante la última hora más o menos…

Ella hablaba tranquilamente, como solía, pero a él le pareció captar un temblor de resentimiento en su voz. ¿En contra de él, o

del pintor? ¡Pero cómo se estaba dejando llevar por la imaginación! Se sentó en su butaca habitual, cogió la taza de té que ella le alargó. Estaba resuelto a actuar como un ser razonable, aunque la razón nunca le había parecido tan desconectada de la realidad.

—Ah, muy bien; supongo que los dos teníais muchas cosas de que hablar. Svengaart te gusta bastante, ¿no?

—Oh, sí; me gusta mucho. ¿Sabes —le preguntó con seriedad— cuánto dinero ha ganado en su gira por América? Me lo dijo en confianza, claro. Dos cientos mil dólares. Y antes ya era rico.

Habló de una forma tan solemne que Targatt se echó a reír ligeramente.

—Bien, ¿y qué? No sé si demuestra muy buen gusto alardeando sobre cómo pluma a sus modelos. Pero esto demuestra que no hizo un gran sacrificio pintándote a cambio de nada —dijo él irritado.

—Cierto; y le dije que también hubiera podido pintarte a ti.

—¿A *mí*? —la risa de Targatt se hizo más estentórea—. Bien, ¿y qué dijo al respecto?

—Oh, se echó a reír justo como haces tú ahora —contestó Nadeja—. Pero dijo que nunca se casará… nunca.

Targatt dejó la taza con un ruido seco.

—¿No casarse nunca? ¿De qué demonios me estás hablando? ¿A quién le importa si se casa, al fin y al cabo? —dijo él, jadeando con la garganta seca.

—A mí sí —contestó Nadeja.

Hubo un silencio. Nadeja estaba levantando la taza de té hacia sus labios y algo de ese movimiento libre y calmado le recordó a Targatt el arrebato de Svengaart al verla recoger el montón de partituras. A Targatt le pareció estar mirándola por primera vez en su vida; y se preguntó si también sería la última. Carraspeó e intentó hablar, para decir algo inmenso, magnánimo.

—Bueno, pero si…

—No, no servirá de nada. No quiere escuchar. Yo le dije: «Nunca encontrarás una *plástica* como la de Mouna…».

—¿*La de Mouna*?

Nadeja se volvió hacia *él* encogiéndose de hombros ligeramente:

—Oh, mi pobre Jim, ¿tan ciego estás? ¿No te has dado cuenta de cómo todos hemos intentado conseguir que quiera casarse con Mouna? Creo que será casi mi primer fracaso —concluyó con un suspiro medio de disculpa.

Targatt apoyó la barbilla en las manos y miró hacia arriba, donde se encontraba ella. Parecía cansada, desde luego, y más vieja; demasiado cansada y vieja para alguien que no llegaba a los cuarenta. Mouna…, ¿por el amor de Dios, por qué se había empeñado en que ese hombre se casara con Mouna? Era indecente, espantoso, increíble… y no obstante no dudó ni un solo instante de que lo que ella le había contado era cierto.

—¿Mouna…? —apenas pudo repetir estúpidamente.

—Bueno, verás, cariño, todos estamos un poco preocupados por Mouna. Me puse tan contenta de que Svengaart quisiera pintarme, que pensé: ésta es mi oportunidad. Pero no, no ha podido ser.

Targatt respiró profundamente. Parecía estar inhalando algún elemento que le proporcionaba vida, y dijo con la severidad más superficial:

—No me gusta esta idea de lanzar a tu hermana en brazos de cualquier hombre.

—Es verdad, no ha servido de nada —suspiró Nadeja, como de costumbre ajena a los aspectos morales del asunto.

Targatt se levantó con inquietud.

—¿No la quería a ningún precio?

Ella negó con la cabeza y dijo:

—¡Qué hombre tan necio…!

Targatt se acercó a ella y la cogió con brusquedad por la muñeca.

—Mírame, Nadeja, a los ojos. ¿La rechazó porque te quería *a ti*?

Como siempre, ella se encogió de hombros ligeramente, y un color poco común se asomó a sus pálidas mejillas y dijo:

—¿Pero está no es la forma en que todos los hombres funcionan? Lo que no pueden conseguir…

—Ah, así que te ha estado echando los tejos todo este tiempo, ¿verdad?

—Pues claro que no, James. Lo que quería era casarse conmigo. Es un poco diferente, ¿no?

—Sí, ya veo.

Targatt soltó la muñeca y se apartó. Recorrió un par de veces la habitación, sin saber dónde estaba, igual que un hombre abandonado con los ojos vendados en otro planeta. Sabía lo que quería hacer y decir; las palabras que había preparado en su mente destacaban en letras de fuego contrastando con la oscuridad asfixiante.

«Eres dueña de hacer…». Cuatro palabras, ¡y tan fáciles de decir! «Completamente dueña de hacer… completamente dueña de…», le decía una voz que gritaba dentro de él. Era lo mínimo que podía hacer, si quería seguir con la cabeza bien alta, pero cuando abrió la boca, no salió ni un sonido. Finalmente, se detuvo delante de Nadeja otra vez, y su cara reaccionó como la de un niño asustado.

—Nad, ¿qué es lo que más te apetecería hacer en la vida? Si me lo dices, yo… ¡yo quiero que lo puedas hacer! —tartamudeó. Y con las manos heladas, esperó.

Nadeja le miró con una sorpresa. Se había vuelto a poner muy pálida.

—Incluso si… —continuó él, casi ahogándose—, ya me entiendes, Nad, incluso si…

Ella siguió observándole con su actitud grave, maternal.

—¿Es verdad lo que me estás diciendo? —preguntó ella muy bajito.

Targatt asintió.

Una leve sonrisa agitó los labios de Nadeja.

—Bueno, cariño, si hubiera podido casar como es debido a Mouna, te habría preguntado: ¿no crees que ya es hora de que nos permitamos un hijo?

LA PERMANENTE
(1935)

I

La señora de Vincent Craig sintió un escalofrío cuando pensó que casi había perdido su turno con Gastón. Había ya dos clientas que esperaban a que les hiciera la permanente, cuando entró precipitadamente: «tarde, como de costumbre», tal como decía siempre su marido, con voz tranquila y exasperante.

El peluquero la miró con asombro.

—Pero si la esperaba ayer, señora Craig.

—¿Ayer? Vaya, creo que se equivoca… Lo tengo apuntado aquí.

Rebuscó en el bolso su carnet de citas, pero sólo pudo sacar un pasaporte y un fajo de *traveller's checks*, que prefirió no mostrar, y que en seguida volvió a meter dentro.

—He debido de olvidar el carnet en casa. Pero anoté el día…

El peluquero se encogió de hombros.

—Yo también. Pero, de todos modos, su cita era para las dos de la tarde.

Después de esto, ella tuvo que emplear todo tipo de argumentos, razonamientos, fingidas indignaciones y hasta alguna vil adulación para convencer al ilustre peluquero de que no tenía derecho, ningún derecho en absoluto, a anular la cita simplemente porque llegaba con unos cuantos minutos de retraso. («Oh, ¿media hora…? ¡De

verdad que exagera Gastón! Mire mi reloj… bueno, fue mi marido quien me lo regaló. ¿Le extraña que a veces vaya retrasado respecto a los acontecimientos…?»). Y finalmente, con una sonrisita de connivencia y un gesto de exasperación dirigido a las dos señoras que echaban humo en su rincón, el artista introdujo subrepticiamente a la señora Craig en el santuario embaldosado.

Ah, qué alivio poder liberarse de aquella fría amenaza… Nalda Craig sintió varios escalofríos de miedo retrospectivo, como si hubiera tenido una crisis de sonambulismo y se hubiera despertado de pronto al borde de un precipicio.

¡Qué apuro más grande si hubiera debido encontrarse con Phil Ingerson, a la mañana siguiente, en la estación, con las mechas del cabello irregulares, lisas y sin brío…! Y es que necesitaba un buen corte tanto como una permanente; y a saber cuándo podría volver a estar peinada como es debido, en esos mundos dejados de la mano de Dios adonde iría con él. ¡Cómo envidiaba a las mujeres que tenían un ondulado «natural»! Ellas, al menos, no tenían ese tipo de problemas cuando se fugaban con exploradores… Claro que, de vez en cuando, debían pasar por el suplicio de una permanente, pero no tanto como ella… Bueno, si había buenos peluqueros en América Central, confiaba sencillamente en que Phil no protestase por el dinero, como hacía Vincent, que siempre protestó, al principio en tono de broma, luego con irritación y al final con una sonrisilla despectiva. «¿Cómo, otra vez una factura de peluquería? Veamos si de verdad has ido esta vez…». Y es que, a menos de que la examinara de cerca, concentrando su atención y su mirada distraída e incrédula en ella, jamás notaba si se había o no hecho la permanente.

¡Tanto mejor en este caso! Pues su última visita sólo remontaba a tres semanas, y si Vincent hubiera sido algo más observador, tal vez habría declarado, a la hora de la cena: «¡Vaya! ¿De nuevo unos ricitos de a veinte dólares?». Y como aquella noche iban a cenar a solas, y ella no podría esquivar sus preguntas, le habría costado dar explicaciones. Pero en realidad su marido se pasaría la velada

metido en la lectura de un libro, y habría dado lo mismo que ella se hubiese hecho la permanente o afeitado la cabeza entera: él no habría notado diferencia alguna.

Tal había sido su desilusión desde el principio del matrimonio; Vincent no se mostró en ningún momento muy atento que digamos al aspecto de ella, a su manera de vestir, a sus gestos, a sus pensamientos, a sus sentimientos. Más de una vez ella casi explotó diciendo: «¡Encuéntrame al menos un defecto!». Pero en las escasas ocasiones en que le encontró un defecto, a ella no le gustó nada la cosa. Su madre y su abuela la habían criado con unas ideas totalmente diferentes respecto a las obligaciones de un marido para con su esposa. «Mi marido se comportó conmigo hasta el final como un amante», sermoneaba la abuela activando todos los hoyitos de su rostro; y la madre de Nalda, que no se expresaba de modo tan romántico, solía repetir: «Por muchos defectos que pueda haber tenido tu padre (ello daba a entender que no sólo había tenido el defecto de ser un vividor), siempre se mostró galante con su esposa».

Todo aquello parecía sin duda cómico y pasado de moda. Traducido en jerga moderna, significaba que el marido era el compinche, y que debía apoyar a su mujercita contra viento y marea y pagar las facturas sin rechistar. Pero Nalda tuvo que tomar prestado dinero a escondidas más de una vez. Y cuando se peleó violentamente con la costurera acerca del precio de una chaqueta de astracán, Vincent no apoyó a su mujercita ni con un solo centavo…

Bueno, llevó su chaqueta de astracán en el primer encuentro que tuvo con Phil Ingerson. Fue en esa ocasión cuando fueron a patinar sobre hielo a invitación de las Pressly Norman; ¿acaso era culpa suya si era más bonita que las demás mujeres, si su abrigo de piel era de lejos el más vistoso, y si su pelo con la permanente recién hecha del día anterior brillaba como una castaña pilonga? Es tal vez curioso asociar un acontecimiento tan considerable —su encuentro con Phil Ingerson— con el hecho de haberse hecho una permanente el día anterior. Pero sin duda no hay nada, nada en absoluto, ni siquiera un

sombrero nuevo, que dé tanto ese sentimiento de seguridad y de poder que precisa una mujer cuando conoce al hombre que va a cambiarle la vida como una permanente bien hecha.

II

Es curioso que ahora recordara hasta qué punto aquellas sesiones de permanente solían exasperarla. Cuatro horas sin moverse; «en la picota» como decía Winna Norman. Una vez recorrida la reserva de revistas de Gastón e intercambiadas las cuatro tonterías habituales con las demás víctimas —en el caso de que fueran conocidas—, sólo se podía bostezar y menearse un poquito, y pensar en todas las preocupaciones y contrariedades que se podían olvidar jugando al bridge, al golf o al tenis, o yendo de un lado para otro, llegando a las citas siempre con un poco de retraso. Sí, hasta hace poco, siempre echaba pestes contra esa encarcelación, decía que era como «purgar una cadena perpetua»; pero desde que conocía a Phil Ingerson (unos seis meses, pues era la cuarta permanente desde que se conocieron), aguardaba con impaciencia aquellas cuatro horas de inmovilidad, como si fuesen una ocasión para reflexionar sobre su relación, hacer balance sobre ella y sobre él. Le parecía que no había ningún momento de inactividad lo bastante largo para ello. Miraba los rostros tensos de las demás clientas, desesperadas por deber padecer aquellas cuatro horas de encierro con sus propios pensamientos; y volvió a sumergirse en su baño de íntima beatitud. Eran tantas las cosas en que podía ocupar la mente. Cada palabra de Phil, cada mirada, cada sonrisa, los comentarios que hacía sobre la ropa que ella llevaba o sobre su aspecto (él sí que nunca pasaba por alto sus permanentes…); y sus juicios extraños y paradójicos sobre la vida y los hombres eran muy inesperados y, por lo tanto, infinitamente

excitantes; mientras que se podía adivinar lo que iba a decir el pobre de Vincent antes siquiera de que abriera la boca, y hasta decirlo en su lugar más rápidamente de lo que él habría sido capaz.

Y no es que no sintiera estima por Vincent, pensó ella, como de pasada. Claro que sentía estima por él, siempre había sido así. Sabía qué posición más eminente ostentaba en la profesión, lo mucho que la Universidad apreciaba sus conferencias y sus competencias en su sector. Y dado que la economía se había convertido en una importante especialidad, el nombre de Vincent Craig había rebasado el ámbito universitario; se iba a dormir tarde para poder escribir artículos en publicaciones mensuales de historia y revistas trimestrales de filosofía; y Nalda hasta llegó a que le dijeran en una recepción en Nueva York: «¿Es usted la esposa del famoso Vincent Craig? Y dígame: ¿él no ha venido?».

Nadie podría haberle reprochado el no haber valorado a Vincent; ¡no era tan estúpida! Sólo que, cuando un hombre sepulta su existencia en la economía, no le queda gran cosa para su esposa. Y por otro lado, ¿acaso el propio Vincent la había apreciado a ella? ¿No la había visto siempre como algo que iba de suyo, como la electricidad, la cocina o el techo de la vivienda? Nunca pareció prestar atención a su personalidad, que es lo peor que le puede ocurrir a una mujer. Cuando se marchaba por la mañana, ¿pensaba acaso que igual su mujer no estaría en la mesa a la hora de cenar? Se preguntaba si había conocido esa angustia palpitante que sentía ella cuando se separaba de Phil y le hacía preguntarse: «¡Dios mío, no sé si volveré a verlo!», o esa absurda emoción adolescente que hacía que Phil, cada vez que se reencontraban, exclamase: «¡Pensé que no vendrías nunca! ¿Qué es lo que te ha retrasado tanto?».

En definitiva, Phil pautaba su vida en función de los encuentros con ella; Vincent la suya con arreglo a sus tareas universitarias, sus citas profesionales, sus obligaciones editoriales, sus discusiones acerca del gas, la luz o los impuestos. Estos dos hombres vivían en mundos diferentes, y en estos últimos tiempos Nalda se había

sentido zarandeada entre ambos, como arrastrada por los flujos de los escrúpulos y de la pasión alternados…

Y es que se sentía anticipadamente apenada por Vincent. El detestaría verse abandonado por ella, por mucho que la ausencia de su mujer supusiese pocos cambios en su vida. Ella no había olvidado el día en que, estando en cama por culpa de una gripe tremenda agravada por una neumonía, Vincent estalló en lloros cuando por fin pudo entrar en la habitación, hasta el extremo de que la enfermera le pidió que saliera fuera por miedo a que «volviera la fiebre». Aquel recuerdo le inspiró una sonrisita de complacencia. Recordó que al día siguiente llegó con un paquete de un kilo de *marrons glacés*, ¡lo más indicado ciertamente para una enferma que a duras penas podía tragar un granito de uva! «Vaya, pensé que te gustaban los *marrons glacés…*», había farfullado. «Quizá te apetezcan más tarde». Y antes de salir había dejado el paquete pringoso y repulsivo al lado de ella en la cama… ¡El viejo y querido Vincent…!

Apenas tuvo tiempo de imaginar cómo se habría comportado Phil de estar ella enferma, pero algo en su fuero interno le decía que era mejor dejar aquello de lado. «No sabría cómo comportarse», pensó. Y retorció los labios, con el brusco sentimiento de la juventud y la fuerza de ambos, y la misteriosa intensidad de su pasión común…

III

Claro que Philip había ido a Kingsbridge tan a menudo los últimos meses por ella y sólo por ella. Decía que debía de haber más vida en una tumba que en una ciudad universitaria. Y especialmente en una ciudad universitaria de Nueva Inglaterra. Ciertamente, la vida universitaria al Oeste de las Rocosas no debía de ser mejor que eso, pero incluso la capital de las ideas prefabricadas poco podía ofrecer a un joven con ambiciones tan diversas y opiniones tan subversivas

como Phil Ingerson. Y le había confesado abiertamente a Nalda que se había *dejado caer* un fin de semana en casa de su tía Miss Marcham (uno de los pilares mundanos y financieros de la universidad) única y exclusivamente porque por entonces iba detrás de una chica monísima a la que había conocido en un crucero por las Antillas, y que se ocupaba de la casa de su hermano, un profesor de Kingsbridge. ¡Pobre Olive Fresno! Eliminarla fue para Nalda uno de los placeres de los primeros días de su relación con Phil. Aquella muchacha tenía sus virtudes (Nalda era la primera en reconocerlo), y sin duda la fácil promiscuidad de un crucero la había descongelado; pero de regreso al hogar de su hermano (profesor de teología comparada) se había convertido de nuevo en un trozo de hielo, un torturado y avergonzado trozo de hielo, al que era muy divertido provocar y ridiculizar. Había sido un juego de niños para ella hacer que la joven se eclipsara ante Phil, que tan fácilmente se aburría de todo.

Ahora, con sus mechas de pelo retorcidas como las serpientes de Medusa bajo el casco metálico de la permanente, Nalda sintió, de pronto, y sin saber por qué, remordimientos en relación con la pobre Olive Fresno. Pero no tenía la culpa de que nada más haberla visto Phil a ella (sí, aquella maravillosa primera vez en la pista de patinaje) el destino de Olive quedase sellado. No pensaba que si ella, Nalda, se hubiera comportado de otro modo, la pequeña Olive habría obtenido lo que deseaba. Temblaba ante la idea de que la felicidad de unos supusiera la infelicidad de otros. La vida estaba hecha de tal manera que, en cuanto uno conseguía lo que deseaba, había otro que pagaba los platos rotos. Esto era más viejo que el mundo. Pero tal axioma rudimentario se había convertido en una verdad acuciante para Nalda…

Aunque en realidad no se trataba de Olive Fresno. En el fondo la persona en la que pensaba, a través de su rival malhadada, era su marido. Por primera vez en la vida, pensaba en lo que Vincent iba a sufrir. Se lo había comentado una vez a Phil (sólo para ver si se ponía celoso), pero éste la había humillado contestándole con una

sonrisa: «¿Sufrir? ¿Pero por qué? No tiene más que casarse con Olive…».

No era la respuesta que esperaba de él, y se había sentido de veras herida. Pero ella misma no se preocupaba precisamente de su marido; lo había utilizado únicamente para pinchar a Phil. Pero ahora la cosa era distinta. Ahora todo se había decidido de manera irrevocable, tenía el pasaporte en el bolso, y por primera vez sabía lo que sentía Vincent; tenía incluso la curiosa sensación de que lo vivía en su interior; no sólo se trataba de ser la causa de su sufrimiento sino también de compartirlo…

Justo después, le entró un sentimiento de piedad hacia Phil. ¡Qué diferencia entre las carreras de ambos hombres! Vincent Craig había ido de éxito en éxito, acumulando honores universitarios. Hacía ya años que se había convertido en el «famoso» Vincent Craig. Mientras que Phil (como él mismo decía) siempre se había topado con la hostilidad del mundo académico. Incluso su tía, con todas sus influencias en Kingsbridge, se había visto incapaz de interesar a los peces gordos por lo que ella llamaba los descubrimientos de su sobrino (y que ellos llamaban sus suposiciones). Y los artículos que él había publicado sobre su expedición a América Central (costeada por Miss Marcham) habían pasado inadvertidos en las altas esferas.

La clienta que estaba más cerca de Nalda le dijo a su vecina:

—No lo hago a propósito, pero cada vez que vengo aquí, hay problemas en casa. Hoy ha sido por culpa de la nueva mujer de la limpieza…

—Pues yo no necesito ir a la peluquería para tener problemas con el servicio… —replicó la otra con tono monocorde.

Tras un largo silencio, la primera mujer dijo:

—He visto que este invierno se va a llevar mucho este terciopelo inarrugable.

—Pues yo sólo puedo decir que el mío estaba hecho un asco cuando lo saqué del baúl…

Nalda se sumergió en el calor de su ensoñación. A Dios gracias no debería padecer más aquel tipo de conversaciones. ¡No durante

años, eso esperaba ella…! No es que fuera indiferente a ese nuevo terciopelo inarrugable; de hecho, se arrepentía de no haberlo utilizado para su nuevo vestido, en lugar de la muselina con flores. Pero la muselina ocupaba mucho menos espacio, y Phil, como todos los hombres, era de los que se quejaban por el exceso de equipaje. Y, además, iban a tener muchas horas de vuelo…

Le entró de pronto una ansiedad. Sabía que Miss Marcham le había regalado a Phil aquel nuevo avión con el que debía ir a explorar las ruinas de Yucatán; aquella expedición, si se veía coronada por el éxito, confirmaría la teoría de la introducción de la cultura oriental en el Nuevo Mundo en el año… bueno, nunca recordaba si era antes o después de Cristo. De todos modos, Phil no se lo reprocharía. Decía que él no se fugaba con la *Enciclopedia Británica*. Ahora bien, si Miss Marcham, que era un personaje tan importante en Kingsbridge y que se tomaba tan en serio su posición en la Universidad… si Miss Marcham se enteraba de que el avión que había sufragado iba a ser utilizado por su sobrino para raptar a la esposa del profesor Vincent Craig…

—Es lo que digo siempre, es mejor hacer los encargos a la tienda de comestibles de Nueva York, pero evidentemente las cocineras lo detestan… A ellas lo que les gusta es que el tendero pase a diario a tomar nota del pedido…

Nalda le había comunicado sus temores sobre lo del avión a Phil, quien se lo tomó a risa.

«Si te consuela, querida, te diré que la primera expedición tampoco la hice solito…».

No la consoló en absoluto, pero puso fin a sus protestas. No quería que él pensara que ella era como aquellas a las que llamaba «las chinches de Kingsbridge». Y además, ponerse a buscarle los tres pies al gato, ahora que le iba a arruinar la vida a un hombre, abandonándolo… ¡Sí, la vida de Vincent quedaría destrozada! ¡Ah, otra vez esa corriente de aire frío en medio del tibio *Gulf Strearn* de sus ensoñaciones…!

—Pues cada vez que vengo a peinarme aquí, antes de abrir la puerta me digo: ahora no te preocupes de lo que haces… No importa lo que pase en casa, de todos modos no se puede hacer nada…

—Seguramente, pero agrava las cosas tener cuatro horas para pensar en ello.

En efecto, esta vez la vecina tenía razón. Cuatro horas era ciertamente demasiado rato para reflexionar sobre un dilema como el de Nalda Craig. Siempre es peligroso darle la vuelta por todos lados a un sentimiento; sobre todo, cuando se trata de la felicidad. La felicidad debe parecerse a una brisa primaveral que acaricia las ventanas, sin saber de dónde viene, transportando perfumes de flores invisibles. No se puede detallar ni resumir como una operación aritmética. Empezaba a perder la paciencia con su permanente.

—Pues me parece que le va a gustar mi trabajo, señora Craig —dijo Gastón pasando sus dedos de mago por los bucles castaños de Nalda. Las demás clientas habían sido liberadas, se habían marchado, y ella se había quedado sola en el salón. Podía sonreír a su reflejo con complacencia, sin correr el riesgo de verse sorprendida por miradas envidiosas. ¡Sí, estaba satisfecha! Echó la cabeza hacia atrás para abandonarse a las rápidas manipulaciones del peluquero. Ahora las cuatro horas no parecían tan largas…

—Bueno, me tengo que ir cuanto antes. Oh, mire, Gastón…

Sacó del bolso un billete de veinte dólares. Luego, maquinalmente, recorrió con la mirada las paredes familiares de la sala de operaciones de Gastón, como la llamaba Winna Norman. ¡Las cosas parecían tan extrañas cuando se veían por última vez! Se dio cuenta de que la vecina se había dejado una polvera para las mejillas sobre una tablilla.

Sus ojos recorrían lentamente el salón cuando se detuvo en seco y soltó un grito:

—¿Qué ocurre, señora? —dijo Gastón, que se aprestaba, junto a su asistente, a acoger a un nuevo cargamento de víctimas.

A Nalda le entró una risita nerviosa. Señalaba con el dedo un calendario en la pared.

—Lleva usted un día de adelanto, Gastón.

El hombre se volvió mirando en dirección a su gesto.

—No, no, hoy es jueves.

Nalda se puso a temblar por dentro.

—Hoy es miércoles, Gastón.

Gastón se encogió de hombros.

—Mucho me temo que es usted la que está en el día equivocado, señora Craig. Lo primero que hago por la mañana es arrancar la hoja del calendario. No dejo que nadie más lo haga.

—¿Pero está seguro de que hoy es jueves? —insistió ella, con voz estrangulada, como si no lo hubiera comprendido.

Pero una de las clientas, a la que la había quitado el turno, volvía enfadada para que le rizaran el cabello. Y Gastón estaba atareado instalándola.

Nalda salió del local sin ver nada delante de sí. Sólo se dio cuenta de ello cuando oyó la puerta cerrarse detrás de ella. Era jueves… jueves… Gastón había dicho que él mismo arrancaba cada mañana la página del calendario… ¡en lugar de dejar pasar los días, y arrancar un manojo de una vez, al azar, tal como hacía ella!

Su marido se había burlado tantas veces de ella. «Nalda nunca sabe a qué día estamos. Dice que perdería los papeles si lo supiera».

Un peluquero próspero no puede permitirse ser tan negligente. Si Gastón decía que era jueves, es que era jueves.

IV

Anduvo con paso vacilante, sorda y ciega a la agitación de la calle. Abandonó el barrio de los negocios y entró en la zona

residencial, sin darse cuenta de la dirección que tomaba, como si siguiera a sus piernas, en lugar de ser llevada por ellas.

Jueves… pero si era jueves, ¡Phil la había esperado en la estación a las diez de la mañana…! Su mente anonadada empezaba a tomar nota de aquello. ¿Y qué habría hecho él a la hora prevista al no verla? ¿No acudió raudo a casa de ella, no había mandado ningún mensaje, o llamado por teléfono? Evitaban hablar por teléfono por las mañanas porque su marido se quedaba en el despacho de casa hasta el mediodía, y había mucho riesgo de que saliera al pasillo a descolgar el aparato él mismo. De todos modos, si Phil había querido no perder el tren, no habría tenido tiempo de llamar por teléfono. Como el retraso de ella era tan grande, él debió de haber recorrido los andenes arriba y abajo de lo más enojado y mirado por la ventanilla del vagón hasta el último segundo. Y al arrancar el tren, él se marchó con el tren. ¡Aquello eran tan seguro como que ella se llamaba Nalda Craig!

Porque, por lo demás, ¿qué otra cosa podría haber hecho? El tren que habían escogido era el último que les permitía llegar a tiempo para tomar el barco en Nueva York, que era a su vez el único que partía aquel mes en dirección a Progreso. Los días y las horas los habían acordado con la pasión juvenil y maníaca que caracterizaba a Phil cuando se ocupaba del detalle de sus viajes. Inclinado sobre horarios y mapas, su rostro se arrugaba y se concentraba como un escolar. Y en Nueva York, ella lo sabía, él sólo habría tenido tiempo para recoger su impedimenta: ¡bastante le había hablado a ella de aquella impedimenta! Apenas el tiempo de recogerla y de subirse en un taxi en dirección al muelle… Para él, aquella expedición era prioritaria, cosa que siempre había tenido muy claro ella. Así tenía que ser, y ella así lo veía… Y si una pobre mujercita, que había pensado no poder vivir sin él se asustaba a última hora y le fallaba, pues bien, en tal caso, es muy probable que, en su fiebre exploradora, se hubiese encogido de hombros, ya que estaba totalmente volcado en su empresa, y dispuesto, si hacía falta, a prescindir de una compañera tan poco comprometida.

Y en efecto ella le había fallado, por simple despiste, a causa de una imperdonable estupidez, el error infantil de equivocarse de día de la semana; le había fallado, sí. Y él pensaría que se debía a una falta de valentía por parte de ella.

«Ya lo verás, querida, seguro que a última hora te rajas; a ninguna mujer le gusta la vida dura, y esta expedición no será precisamente unas vacaciones en Palm Beach», la había avisado Phil con tono burlón mientras giraba ligeramente el torso.

Se encontró delante de su casa, buscando las llaves en el bolso. No dio con ellas y llamó furiosamente al timbre.

—¿Hay algún telegrama?

No, la doncella que le abrió la puerta le contestó negativamente. Era evidente, no había telegrama. ¿Por qué hubiera debido haberlo?

—He perdido mis llaves —añadió Nalda, por decir alguna cosa.

La criada sonrió.

—Aquí están, el profesor las ha recogido en las escaleras.

Muy propio de ella, y aun gracias que no se le hubiera caído el pasaporte y la chequera, ya puestos…

Subió a su habitación. Pensó: «Si no me hubiera equivocado de día, habría subido estas escaleras por última vez. Nunca me habría dada cuenta del desgarrón en la alfombra y nunca me habría dicho que tenía que telefonear en seguida al tapicero para que mandase a alguien a repararlo».

Su marido le había repetido varias veces: «Por lo que más quieras, haz que reparen el desgarrón en la alfombra. Alguien se acabará matando. Esta noche he vuelto a tropezar…». Siempre le había contestado que sí y luego lo olvidaba: se debía a su manera de ser, con agujeros tan grandes como el de la alfombra de las escaleras, que en lugar de subir por última vez aquella tarde, iba a tener que subir a diario durante el resto de su vida. Era realmente extraño el modo en que las cosas sucedían, tan inesperadamente…

Mientras subía las escaleras seguía pensando en todas la posibilidades de enmendar su error. Pero ya tenía la sensación de que aquellos vertiginosos ejercicios de restablecimiento se producían en el vacío por parte de alguien que no era realmente ella misma. No, la auténtica Nalda estaba aquí, en las escaleras, pisando la alfombra raída, subiendo a la habitación que había sido el escenario de la monotonía de tantos y tantos años de matrimonio. Era curioso: ya no creía en la realidad de aquel futuro hacia el que tendían, sólo unas horas antes, todas las fibras de su ser. ¿Y por qué no salía ella inmediatamente, o al menos mandaba un telegrama al barco? No, tampoco era posible. El barco zarpaba a las siete, y el péndulo de la habitación (que no iba atrasado, pues Vincent se encargaba de dar cuerda a todos los relojes de la casa) indicaba que ya eran las siete y media.

Además, de haber tenido tiempo, ¿habría mandado el telegrama? ¿Qué habría podido decir en él? «Me he equivocado de día». Era demasiado humillante. Mejor que pensara que ella no había tenido la valentía suficiente, o bien que un sentido del deber… Pero no, eso no lo quería tampoco. Demasiado se habían burlado los dos de aquel tipo de coartadas, el sentido del deber y esas cosas…

Se quitó el sombrero y se sentó, cansada; aturdida por haber dado vueltas y más vueltas en su infinito laberinto, su ánimo se tornó de repente frío y sosegado. Se dijo que las cosas habían debido suceder así…

De todos modos, si era jueves, esa noche ella estaría sola, pues cada primer jueves del mes Vincent se iba cenar al club. Aquellas cenas rituales eran objeto de burlas descaradas y hasta de secretas ansiedades por parte de las damas de la Universidad, a causa de la hora tardía a la que regresaban los maridos. Pero eso nunca había preocupado a Nalda, que podía estar segura de que a las once en punto oiría en la cerradura el ruido de la llave accionada por el puntual Vincent. ¡Pobre y querido Vincent…! Se preguntaba cuál habría sido su reacción al no dar con ella a la vuelta de su cena…

Llamaron a la puerta. Se sobresaltó. ¿Tal vez un telegrama, a pesar de todo?

—¿Sí? —preguntó.

—La cena esta servida, señora. El profesor ha dicho que la avise.

—¿La cena? —repitió lentamente la palabra, intentando que le entrara en la cabeza—. No tengo ganas de cenar. El profesor va a salir, de cualquier forma, ¿verdad?

—No, no me ha dicho nada.

Atónita, miró a la doncella de hito en hito. ¡Era inaudito, extraordinario! Su marido, que nunca olvidaba nada, cuya memoria exasperante retenía todo y cada uno de los detalles, su marido había pues olvidado la dichosa cena en el club, el único acto social que parecía agradarle, la única cita no profesional que por nada anularía.

—¿Está segura de que el señor Craig no ha salido?

—Sí, señora. El señor Craig está en la biblioteca.

—Pero hoy le toca la cena en el club. Ha debido de olvidarlo… Voy a bajar…

Se levantó de golpe, pero se detuvo, vacilante. Le había alegrado tanto pensar que no vería a su marido aquella noche. ¿Qué podía haber pasado? ¿Se habría quedado adormilado delante de la chimenea? No solía dormirse durante el día, pero ella sabía que andaba con mucho trabajo últimamente, y que estaba en un punto delicado y controvertido en las conferencias que preparaba. Hasta Winna Norman, que rara vez se percataba de nada que no la afectase a ella directamente, había llegado a decir: «Dime, ¿qué le pasa a tu carcelero particular? Parece un muerto viviente. Harías bien en mandarlo a algún sitio, para que cambie de aires…».

Nalda no había notado nada en ese momento. No tenía tiempo de fijarse en el aspecto de Vincent, y se había imaginado que Winna, a la que le gustaban los chismorreos, y que debía de olerse su aventura con Phil, había querido simplemente asustarla, o darle un aviso. Fuera lo uno o lo otro, el caso es que Nalda no lo había tomado en consideración. Estaba demasiado confortablemente instalada en su sentimiento de felicidad. Sólo que ahora se daba

cuenta de que su marido, es cierto, parecía haber envejecido en los últimos días, que caminaba curvado… Bajó lentamente las escaleras, giró lentamente el pomo de la puerta de la biblioteca.

—¿Vincent…?

Estaba claro que no dormía. El hombre se levantó con viveza y la acogió con una sonrisa crispada.

—¿Llegando tarde, como de costumbre? (Oh, ¿por qué tenía que salir ahora con esa frase odiosa?) Me gustaría cenar ahora, si no tienes inconveniente.

—Pero cenas fuera esta noche, ¿lo has olvidado?

En medio de las espesas nubes de todas sus cuitas, al menos ella tenía ocasión, por una vez, de recordarle que él había olvidado una cosa.

El rostro de Vincent se ensombreció.

—¿Cenar fuera? ¿Otra vez? Maldita sea… No hace ni una semana me hiciste la solemne promesa de no aceptar ninguna invitación hasta que yo no hubiese acabado mi trabajo…

—Y no he aceptado nada. Es que hoy toca tu cena en el club.

—¿En el club? —parecía aliviado—. Te equivocas de un día, querida. Mi cena en el club es mañana.

—Pero si siempre ha sido los jueves…

—Es que mañana es jueves.

Nalda no pudo evitar una risita nerviosa.

—No, hoy es jueves.

—¿Jueves, hoy? —Vincent volvió a sonreír—. Me pregunto a veces cómo puedes anotar tus citas, y no digo ya las mías…

—¡Pero si hoy es jueves… jueves! —repetía ella con todas sus fuerzas, como si después de todo lo que había padecido, tuviera que ser jueves ahora, ahora y siempre, a poco que ella lo dijera.

—Le guste más o le guste menos a tu cabeza de chorlito, hoy es miércoles.

—¿Miércoles?

—Sí, miércoles, ¿qué problema hay? ¿Es una molestia para tus planes que hoy sea miércoles?

Inmóvil delante de él, Nalda se puso a temblar. ¿Qué demonios significaba aquella pregunta? Se agarró, a tientas, al respaldo de una silla.

—¿Mis planes?

—Pensé que quizá irías a visitar a Winna Norman, para hablar de trapitos… —se burló él.

Nalda volvió a reírse, esta vez con alivio. Pero se detuvo en seco al notar cómo la hilaridad empezaba a ondular peligrosamente en su garganta.

—Estamos realmente a jueves, sabes… —insistió ella con voz estrangulada.

Él cogió el calendario de la mesa y se lo alargó.

—Cada mañana le doy yo mismo la vuelta. No dejo que lo haga nadie más que yo —dijo él retomando extrañamente las palabras del peluquero.

Ella leyó: MIÉRCOLES, en mayúsculas, y una risa incontrolable la sacudió de repente, haciendo que abriera sus labios crispados. Se dejó caer en la silla en la que se estaba apoyando, y siguió riendo, riendo, riendo…

Lo que recordaba luego fue el rostro devastado por la preocupación de su marido, inclinado sobre ella, y lo que pensó al verlo: «Winna tenía razón… Pobre Vincent… Realmente parece un muerto viviente. Tendré que llevarlo a alguna parte».

Entonces notó que él la tomaba en brazos, que la tendía en el sofá, lentamente, con precaución, que le apartaba los cabellos que molestaban su respiración, que le arreglaba las piernas con un gesto piadoso, como si la preparara para el reposo eterno…

—Pobre Vincent… —murmuró de nuevo, mientras la bruma se cerraba encima de ella.

POSTFACIO

Edith Wharton en la distancia corta

(1862-1937)

El recientemente fallecido novelista e historiador neoyorquino Louis Auchincloss cuenta en uno de sus artículos que a Edith Wharton le encantaba que se dijera que en su América contemporánea había dos «self-made men»: Theodore Roosevelt y ella misma. Wharton, una mujer refinada, elegante y de gran cultura, decidió dedicarse a las letras desoyendo los consejos de su madre que, como tantos miembros de las clases altas de Nueva York, consideraban que la escritura no resultaba adecuada para las mujeres y que las hacía vulgares.

De hecho, desde su infancia Wharton parecía predestinada a dedicarse al mundo literario. Edith Newbold Jones, su nombre de soltera, nació en el seno de una familia acomodada de Nueva York. Aunque nunca asistió a la escuela, fue educada por los mejores tutores privados y pronto pudo leer a los grandes autores europeos en sus lenguas originales: francés, alemán e italiano. Según la misma autora explica en su autobiografía *A Backward Glance (Una mirada atrás*, 1934), la pequeña Edith pasaba muchas horas devorando los libros de la biblioteca paterna. Es así como una jovencísima Wharton leyó a Plutarco, los diarios de Samuel Pepys, los dramaturgos franceses Corneille y Racine, y los grandes clásicos del mundo anglosajón como Longfellow, Irving, Coleridge, Gaskell, y las hermanas Brontë, entre muchos otros. Su pasión por la lectura

llegó hasta el punto de que años más tarde Wharton escribiría que en su solitaria infancia rodeada de libros «los muertos eran mis compañeros más vivos».

Aparte de la influencia ejercida por su padre —y en especial por su inmensa biblioteca—, sin duda alguna la relación que más marcó su vida fue la intensa amistad con el escritor Henry James, a quien ella admiraba y al que se dirigía como «Master». James y Wharton compartieron durante años su pasión por la literatura y algún que otro viaje motorizado por Europa. Esta relación de amistad también le causó algunos quebraderos de cabeza, especialmente en sus primeros años de profesión, ya que la mayoría de críticos insistieron en definir a Wharton y a su obra como una especie de versión femenina de Henry James. En una carta a W. C. Brownell, en 1904, Wharton escribió que estaba harta del «comentario permanente de que soy un eco del Sr. James». Progresivamente fue acallando las voces que la describían como una mera imitación del famoso escritor y se forjó una reputación propia. Muchos han querido ver su novela *The House of Mirth* (*La casa de la alegría*, 1905) como la obra clave que le proporcionó esta independización del «estilo James».

La prolífica obra de Edith Wharton abarca varios géneros; novela, relato corto —incluyendo cuentos góticos—, libros de viajes, estudios de decoración y diseño e incluso una autobiografía. De entre todos ellos, fueron sus obras de ficción, con su crítica social, sutileza e ironía, las que la han convertido en uno de los principales nombres propios del panorama literario norteamericano de todos los tiempos. Gran conocedora de la sociedad neoyorquina, la retrató sin piedad pero con gran elegancia, siendo así fiel a sus convicciones estéticas: «Escribo sobre lo que me es más cercano, que es ciertamente mucho mejor que crear "cowboys chic"», explicó en una carta de 1904. Según cuenta la crítica Elaine Showalter, Wharton rehusaba por completo la etiqueta de «escritora femenina», puesto que este concepto se asociaba inmediatamente a autoras como Louisa May Alcott o Harriet Beecher Stowe, que escribían relatos y novelas sentimentales, en gran medida restringidas al ámbito doméstico. Es

más, ella misma una vez describió su forma de escribir como una combinación de la precisión masculina y la sensibilidad femenina: «concibo mis temas como un hombre —es decir, más arquitectónica y dramáticamente que la mayoría de las mujeres— y luego los ejecuto como una mujer». La misma Showalter explica que a menudo Wharton empleó un narrador masculino para darle a su texto ese giro, esa perspectiva que le permitía alejarse de un estilo narrativo más sentimental, pero sin dejar a un lado su interés por el estudio del mundo de las normas y las limitaciones que rodeaban a la mujer. La mayoría de sus obras son aún hoy admiradas por sus impecables y profundos retratos psicológicos de caracteres femeninos que ya forman parte de la literatura universal como Lily Bart o la condesa Ellen Olenska. No obstante, Wharton fue por encima de todo una gran estudiosa del ser humano y, en especial, de las tensiones con las que vivían los miembros de las clases sociales más favorecidas. Así, en las novelas y relatos de Wharton asistimos a la elegante disección de la hipocresía de los ricos, las renuncias personales frente las presiones sociales, la crítica a la institución del matrimonio, y los sueños frustrados de sus personajes.

Los relatos que se incluyen en el presente volumen constituyen una amplia muestra de la trayectoria de Wharton como escritora de ficción corta. Al igual que James, se sentía fascinada por la parte más formal del oficio de escritor; a Wharton le apasionaba estudiar los procesos de construcción narrativa. Sus opiniones al respecto fueron publicadas en el célebre *The Writing of Fiction (Escribir ficción,* 1925); un estudio donde Wharton describió varias de las virtudes del relato corto y la novela.

En las narraciones aquí recogidas nos encontramos con una galería de personajes típicamente whartonianos; caracteres procedentes de las clases americanas acomodadas que, a veces con mucha ironía, y otras de forma más dramática, nos ofrecen una amplio radiografía de la especie humana; de nuestros defectos, virtudes, debilidades, obsesiones y, muy a menudo, de nuestras

mezquindades. Cabe resaltar no obstante que en casi todas las historias presentes en este libro —y como en la mayoría de su obra artística— hay un especial énfasis en el estudio del matrimonio. Los autores más celebrados de la literatura universal, como Jane Austen, Anthony Trollope, Ivan Turgenev, León Tolstói o Gustave Flaubert se han ocupado de esta institución en sus textos, pero como subraya uno de los biógrafos de Wharton, R. W. B. Lewis, ninguno de ellos la exploró con la multitud de aspectos y dimensiones que nos ofrece la obra de ficción de Wharton. Muchos han querido ver en este análisis sistemático de la vida conyugal un reflejo de la propia y dramática experiencia personal de la escritora (se casó con Teddy Wharton, un hombre con el que no compartía ninguna afinidad y de quien se divorció en 1913). Wharton llegaría a afirmar al final de su vida que casarse con él había sido el mayor error que jamás había cometido. Sea como fuere, los relatos de Wharton son auténticas pequeñas obras maestras que un siglo después de haber sido publicados continúan desprendiendo modernidad y arrancándonos más de una sonrisa cómplice.

Dra. Laura Gimeno Pahissa
Barcelona, octubre de 2010



EDITH WHARTON (Edith Newbold Jones, de soltera) nació en 1863 en Nueva York, en el seno de una familia de la alta burguesía. Pasó gran parte de su infancia en Europa, primero en París y luego Alemania y Florencia. Desde pequeña dio muestras de una inteligencia e imaginación excepcionales. De adolescente escribió poemas y en 1877 un cuento: «Fast and Loose». Con 23 años se casó con Edward Wharton, doce años mayor que ella, con quien no compartía ningún interés intelectual ni artístico (acabó divorciándose en 1913). En 1891 apareció su primer relato, «Mrs Manstey's View» en el Scribner's Magazine, donde se recogerían regularmente sus textos. En 1897 publicaría *The Decoration of Houses*, en colaboración con su amigo el arquitecto Ogden Codman, que tuvo un éxito inmediato. En 1902, se instala en The Mount, la casa que los Wharton habían construido en Lenox, pero pronto regresará a Europa, y en 1903 conocerá en Inglaterra a su «queridísimo maestro» Henry James, con quien mantendrá una gran amistad hasta la muerte de éste en 1916. En 1905 aparece *La casa de la alegría*; en 1907, se instala en París, y ya nunca abandonaría

Francia. Durante la Primera Guerra mundial fundó los American Hostels for Refugees, por lo que fue condecorada con la Legión de Honor. En 1920, *La edad de la inocencia* obtiene el Premio Pulitzer. En 1923 se convirtió en la primera mujer doctor honoris causa por la Universidad de Yale. El 11 de agosto de 1937 padeció una crisis cardíaca que le causó la muerte. Sus restos reposan en el cementerio de Versalles. Su última novela, inacabada, *The Buccaners*, se publicó póstumamente en 1938.

Notas

[1] «Mujer incomprendida», en francés en el original (Todas las notas son de los traductores). **<<**

[2] Añoranza de la patria (en alemán). **<<**

[3] Escalope al estilo vienés. **<<**

[4] «Payasos»: ópera de estilo «verista» del italiano Ruggero Leoncavallo, estrenada en 1892. **<<**